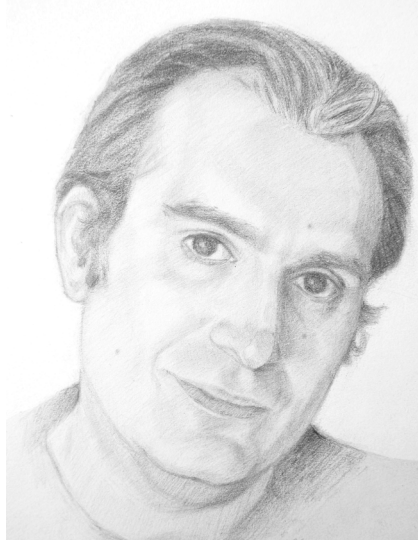


# Saga nostra

ficciones y relatos



## GASTÓN SEGURA

Nació en Villena en 1961. Se trasladó a Caudete a los siete años, y entre ambos pueblos pasó su vida hasta que, a su debido tiempo, marchó a Valencia para licenciarse en Filosofía. En 1990, se instala en Madrid, y tras probar suerte en diversos oficios, en 1996 decide dejarlo todo para dedicarse a la escritura.

En 1999, resultó finalista absoluto del XXIII Premio Azorín con su primera novela, *Las calicatas por la Santa Librada*, editada por Drácena en 2019. Ha publicado las crónicas africanas *A la sombra de Franco* (2004) e *Ifni: la guerra que silenció Franco* (2006), también la crónica local, *El coro de la danza* (2006), el ensayo *Gaudí o el clamor de la piedra* (Asimétricas, 2011), que resultaría seleccionado como lectura recomendada en los cursos de doctorado de Escuela Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid y la novela *Stopper* (2008), que también sería distinguida como «lectura imprescindible» por el Dpto. Lenguas Modernas de la Universidad Estatal de California. Añadiremos que Drácena le ha editado *Los cuadernos de un amante ocioso* (2012), y las novelas *Las cuentas pendientes* (2015), *Un crimen de Estado* (2017) y *Los invertebrados* (2021).

# Saga nostra

**GASTÓN SEGURA**



**DRÁCENA**  
ficciones y relatos

MADRID  
2024

EDICIÓN DE:  
Leire Pérez de las Vacas Castro

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. NINGUNA PARTE DE ESTA PUBLICACIÓN PUEDE SER REPRODUCIDA, ALMACENADA O TRANSMITIDA EN MANERA ALGUNA NI POR MEDIO ALGUNO, YA SEA ELECTRÓNICO, QUÍMICO, MECÁNICO, ÓPTICO O DE FOTOCOPIA, SIN PERMISO PREVIO DEL EDITOR.

© DEL TEXTO: GASTÓN SEGURA VALERO, 2022  
© CONCEPCIÓN DE CUBIERTA: RAUL BIRNENBAUM, 2024  
© RETRATO DE G. SEGURA: INMA GONZÁLEZ SALVADORES, 2013  
© DE LA EDICIÓN: DRÁCENA EDICIONES, 2024

ISBN: 978-84-127062-9-1  
DEPÓSITO LEGAL: M-14656-2024

DRÁCENA EDICIONES S.L.  
FELIPE IV, 9, 1º IZQ.  
28014 MADRID

*A mi primo Juan Andrés,  
imprescindible para este relato*



*... Si queréis  
Que ame todavía, devolvedme  
Al tiempo del amor. ¿Os es posible?  
Imposible como aplacar ese fantasma que de mí evocasteis.*

LUIS CERNUDA





## Una pregunta en el fútbol

El día menos pensado, Guille se lo preguntará; cuando eso suceda, Agustín, como su madre, hace un buen puñado de años, se anegará de rubor sin encontrar el tono desembarazado que precisa una aclaración tan determinante para reconocerse, para arraigarse, para ponerse una camisa o para pisar la calle sabiendo quién es uno. De aquella ocasión, Agustín, poco recordaba y todo amargo: el azoro de su madre, la mirada huidiza por el vasar y un temblor apenas mitigado en el estrujar con ambas manos de la bayeta, o del paño, o del delantal o de lo que realmente agarrase entonces, porque en cada dolorida evocación Agustín le había puesto algo distinto; solo permanecía invariable aquel gesto entre abochornado y titubeante de su madre, en aquella cocina estrecha de baldosines mates, con unas cuantas y dispersas calcomanías de personajillos de Disney y de frutillas pegadas no se sabía cuándo, pero tanto como para que su gracejo y sus colorines se mostrasen trasnochados, mientras la luz de una media tarde otoñal, vertida desde aquel ventanuco, incómodo por alto, los dividía en la estrechez; su madre, a un lado del torrente dorado, en una penumbra repentina, contra los grifos y el salpicadero, y él, al otro, entre la puerta y el frigorífico, aguardante, punto menos que ansioso, en el último cuarto de aquella que fue su casa tantos años, a espaldas del pueblo, al borde mismo de la carretera comarcal, como si en aquella postergación no se hallase ya la respuesta que andaba demandando.

En efecto; algún día Guille se lo preguntará pero, mientras, Agustín lo mira desde la grada cómo se faja en cada entrada

al contrario. Le había salido futbolista y aguerrido, serióte hasta casi el pasmo, y larguirucho como los hermanos de Xènia. Desde que le van a hacer una prueba en el Espanyol, Guille ha cambiado; de pronto, ya no haraganea con la *PlayStation*, ni mata las tardes sobre el móvil deseoso de saber por dónde andorrea sus amigos. Ahora, se tumba en el sofá del salón y no mira, escruta, partidos de fútbol pasados en el televisor o en la *tablet*, y ha cambiado las Coca-Colas por unos zumos energizantes y otros potingues de ese estilo; aunque todavía le contesta con vagos síes o noes a las largas consideraciones que Agustín le endilga cuando le da por ejercer de padre. En su parquedad, cierto, Guille es el mismo, pero en lo demás... Y Agustín respira aliviado; solo imaginárselo un desdichado remedo del botarate en que ha acabado su amigo Manolito o del drogata y medio fugitivo del tío Guillem lo enervaba y lo desasosegaba. No siempre, esa es la verdad; solo durante esos ratos del ocaso cuando, decaído por la fatiga o tras una torcida jornada, palpaba, abatido, el desangelo del divorcio y la soledad árida y desengañada de su apartamentito en Sants... Bueno, no tanto; cuenta con Mireia; nunca se tomaron en serio y así habían transcurrido cuatro años entre encuentros disfrazados de ocasionales contra lo que cualquiera percibía en cuanto los trataba: que formaban una pareja envidiable y que se amaban sin decírselo, como si tanta sinceridad los avergonzase.

Sí, algún día Guille se lo preguntará; eso se repetía sentado en la grada, por fin sin la mascarilla tan molesta y presente en los partidos anteriores, sobre aquel campo de césped artificial, que siempre se le antojó excesivo para aquellos futbolistas de doce años; o quizá Guille no se lo preguntase nunca porque Xènia, su madre, tan puntillosa con las genealogías desde que se separaron, ya se lo hubiese detallado con esa ceremonia impostada y ese tono falsamente inocentón con que se dirigía al chico cuando iba a corregirle un dengue inapropiado en sociedad o reve-

larle un hecho capital de la vida como, por ejemplo, la concepción de las criaturas. Aquella fue de las pocas veces que Agustín asistió, y casi por obligación, a una de estas representaciones de Xènia, y le bastó verla cómo afelpaba su tono de voz y asobarcaba sus hombros para investir sus palabras de una secreta confidencialidad, para darse cuenta de que era una manida representación aprendida en vete tú a saber dónde; entonces, Agustín se asombró de que hubiese habido un tiempo, hacía catorce o quince años, cuando no poderla contemplar una tarde, aunque fuese cinco minutos para tan solo cogerle la mano y saberla viva, para perseguir el chispeo de sus pupilas y admirar esa tenue coquetería de retirarse la greña con un leve giro del cuello, le suponía un quebranto indecible... Pero eso, ya digo, fue hace catorce o quince años, y ahora, Agustín, sentado en la grada del campo municipal de l'Horta, teme esa pregunta ineludible de su hijo, mientras lo mira atajar y pasar certeramente un balón. Sin duda, la culpa de este obtuso y repentino temor era de Mireia: el viernes, mientras comían juntos en un bar cerca de su farmacia, se quedó mirando al televisor y le dijo entre una media sonrisa:

—Cada día os parecéis más... Físicamente, digo.

Agustín levantó la vista hacia el televisor del final de la sala y allí estaba la imagen del nuevo *conseller d'Administracions Territorials i Comarques*.

Agustín asintió con indiferencia y volvió la mirada sobre el salteado de *moixernons*.<sup>1</sup> En efecto, cada día se parecía más a su hermanastro, ¿pero cómo no iban a semejarse cuando Agustín era el vivo retrato del abuelo de ambos, aquel todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia que llegara un día de febrero, al frente de las banderas de Navarra? Y

<sup>1</sup> Todas las notas a pie de página, salvo una, corresponden a traducciones de las voces y diálogos en catalán aparecidos durante la narración.

**moixernon:** perrechico o seta de san Jorge.

ojalá eso fuese todo; cuando Agustín sabía de sobra que, por sus facciones, y solo por sus facciones, los Arrate lo internaron en Olot, y luego, cuando de adolescente su cara ya se había vuelto un clamoroso pregón, en aquel hotel de Cala Galdana como botones y chico para todo, donde verano tras verano aprendió, amén de un fluido inglés, la gramática parda imprescindible para considerarse un tipo con mucho mundo antes de pisar la universidad. Pero con tanto alejamiento del pueblo —y ahí le dolía y no poco—, se fue distanciando de su madre, su única y verdadera familia, hasta que un día, al descender del tren, no tuvieron nada que decirse, salvo mirarse a los ojos con un rendido agradecimiento.

Y aunque ahora, sentado en la grada del campo municipal de l'Horta, se obsesionase neciamente, Agustín sabía de sobra que en cualquier momento tendría que contarle a Guille, se lo preguntase o no, que ellos no deberían apellidarse Cañizares sino Arrate, como el nuevo *conseller d'Administracions Territorials i Comarques* al que *La Vanguardia* y satélites auguraban, tras las elecciones de febrero que habían mitigado un tanto la inflamación independentista, un porvenir admirable. Y no se le ocurría mejor modo para comenzar a relatarle la truculenta peripecia familiar, que bien mirada no era sino un pequeño y fidedigno retrato de la historia del país, si no cómo él la conoció; o mejor dicho, en cómo empezó a sospecharla.

Fue pronto, tanto que aquellos días se le aparecían como un manojo de estampas sueltas e inconexas anteriores a la película que sustentaba su memoria. Por supuesto, ya vivía en aquella casa de una planta con un pequeño patizuelo trasero, abocada a la carretera comarcal, cuando atemorizado —sí, atemorizado más que incómodo o receloso— se supo sin padre. No recordaba cómo lo averiguó; en cambio, todavía sentía aquel estremecimiento friolento de saberse carente de padre; una rareza gélida y agarrotadora; todos tenían padre: el Quim, el Miquel, el Ignasi... Debió de preguntárselo a su

madre; sí, debió de preguntárselo y seguramente con alguna insistencia y con esa lengua de trapo de los chiquilines, pero por más que se esforzaba ahora, en la grada del campo municipal de l'Horta, apenas conseguía inventarse algunas torpes evasivas: que si se había ido a Alemania, que si un día volvería, que no tuviese prisa, que ya vendría para las Navidades..., sabiendo que estas pretendidas respuestas de su madre no eran sino socorridos parches extraídos de algún *telefilm* visto hace años o de cualquier escena familiar cazada en un parque para llenar el vacío de aquellos días borrosos, hasta que, finalmente, cuando ya era más hombrecito, tanto que debió de exhibir una determinación inusual para su edad de párvulo, se lo preguntó por las bravas, aquella tarde de un otoño recién llegado, en la cocina; entonces y ante su apremiante mirada, su madre sucumbió en el azoro y en la vacilación... Entre tanto, algunos hombres entraban con familiaridad en su casa, pero ninguno era propiamente su padre, alguien que llegase y se quedase sentado frente al televisor aguardando el *sopar*<sup>2</sup> como los padres de sus amigos. Por ejemplo, cuando no andaba desaparecido por esos mundos, venía el tío Guillem; sí, cuando estaba en el pueblo, se lo encontraba en casa al volver de la escuela, con sus melenas y su aire simpáticamente distinto a cualquiera que lo rodease, y tan a menudo que a veces le parecía que siempre hubiese estado sentado allí, en el sillón destinado al padre ausente, con su sonrisa amplia, sus invenciones extravagantes y su pluma, porque entonces, el tío Guillem no presentaba una pluma sino un marabú completo que esparcía por aquí y por allá con una gracia contagiosa. Aún hoy, cuando baja a Barna, pasa a verlo, comen o cenan juntos, le secretea muerto de la risa confidencias de viejo bujarrón y, de cuando en cuando, le deja caer alguna maliciosa anécdota de esa familia que nunca lo admitió. También entraba en su

<sup>2</sup> *sopar*: cena.

casa, cada quince días o así, el *mossèn*,<sup>3</sup> don Feliu, a veces de cura, con alzacuellos y de negro, y otras, con una camisa de aquellas de Terlenka a listas bajo una modesta rebeca, y siempre aparcaba su *Dyane 6* a la puerta, para que se supiese en todo el pueblo y zanjar cualquier habladuría de si lo habían visto entrar o salir de aquella casa a esta o a aquella otra hora. El *mossèn* lo miraba compadecido y le traía unas golosinas que con los años le resultaron baratas y hasta detestables, pero en absoluto entonces cuando se aupaba de puntillas para ir alcanzándolas una a una del montoncito que el cura había colocado cuidadosamente sobre el mantel de ganchillo, mientras su madre le servía un café y un White Horse con dos cubitos de hielo en aquellos vasos chaparros y con hojitas biseladas. Don Feliu, por su parte, sobre la mesa camilla y junto a los caramelitos, había dejado una bolsa de provisiones que luego su madre se afanaba en distribuir por las alacenas y, claro, también los visitaba aquel otro hombre de voz grave, retumbadora y en catalán; aunque entonces seguramente nunca le hablase en polaco, Agustín siempre lo evocaba así, en catalán. Y revivía cómo aquel hombre lo miraba desde la penumbra del zaguán con la sonrisa poderosa de quien manda y mucho, antes de encerrarse con su madre en la habitación y que él se quedase tiesecito, entelerido y agarrado al marco de la puerta por asir su desespero, notando cómo los lagrimones se le escurrían, uno a uno, densos. Ahora bien, ni chistaba, porque su madre le tenía prohibidísimo que cuando viniese aquel hombre y cuando entraran en la habitación se quejase, menos aún, que llorase; al contrario, debía limitarse a darle un beso y responderle con comedimiento a cuanto le preguntara y con una sonrisa —«que no se te olvide, ¿has oído bien?... ¡Con una sonrisa!», le reconvinó con un timbre tan amenazador como para no olvidarlo durante el resto de

<sup>3</sup> *mossèn*: cura o sacerdote.

sus días—. Sin embargo, Agustín nunca se ha sentido en la vida más abandonado que durante las imprevistas y temidas apariciones de aquel hombre; una vez hasta, incontinentemente de desamparo, se orinó encima. Unos cuantos años después —no demasiados—, descubrió que ese hombre era su padre aunque jamás pudiese llamarlo así; para entonces también sabía su nombre completo: Gerard Arrate i Genís, padre del hoy *conseller* y de sus altivas hermanas Elisenda y Mònica, y alcalde convergente del pueblo, como antes lo había sido su progenitor, el todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia, ese de quien Agustín era neta y descarada copia y al que aún veía bajando, entre las columnas jónicas, los tres escalones de la puerta del Cercle Industrial i Pesquer, con pujos del arrogante provisional, habilitado a teniente, que irrumpió una mañana soleada de febrero y a cuerpo descubierto por el Carrer Major —de inmediato, claro es, Avenida del Generalísimo Franco—, con un nueve largo al cinto, una fusta en la derecha y sobre un par de polainas de montar que, de lustrosas, aterraban.

—Debía de haberse vuelto a Zurgena como querían los Arrate; hasta le daban dinero y no sé si le compraban allí una casa, o a lo mejor esto de la casa son figuraciones mías; vete tú a averiguar... —A Agustín se le había venido de pronto la confesión de Lolica, una mañana de domingo plácida, cuando recién regresado de Menorca con cuartos frescos y abundantes del hotel de Cala Galdana pasó por su piso de La Rambla para regalarle unos bombones por su cumpleaños. Lolica, la prima segunda de su madre, era el único familiar de Almería que tenían allí, en Busaña, y quien la había reclamado a Zurgena cinco o seis años antes de que él naciese, cuando apenas había dejado de ser una niña, «porque aquí había faena, algo que entonces en el pueblo...».

—... pero tu madre le tenía miedo a tu abuelo, el tío Damián y, claro, a la vergüenza de volverse con el bombo y sin marío... Eso, ni pensarlo; además, el Gerard, tu padre, le

prometió, a escondidas de tu otro abuelo, don Gerardo, que le conservaría el puesto en el hotel tras el alumbramiento... En eso se portó, y hasta le pagó el parto en la clínica de don Felip y le puso tu casa; de sobra lo sabes... Claro que cumplidoras y dispuestas como tu madre, pocas habrán pasado por el hotel de los Arrate. Y como yo me lo sabía de verla trajinar de chiquilla, allá, en Zurgena, durante la recogida de la oliva o en la casa de tu abuelo, el tío Damián, la llamé pa que se viniese... En eso de trabajadora y en lo guapa, pocas, ya lo creo... Porque tu madre, ahí donde la ves ahora, era muy fina y muy guapa, y claro, el amo, el Gerard, tu padre, un bocaico así, de perderlo, ni por pienso. Al contrario, quería disfrutarlo él solo y bien a gusto.

—Lo que pasa es que mi hermano siempre estuvo enamorado hasta las cachas de tu madre; a su manera, claro, pero siempre estuvo enamorado... Cosa distinta es que lo reconociese; eso, ni a sí mismo, menos aún ante la familia o ante Busaña, ¡antes le sacan la piel a tiras! —le dijo una vez el tío Guillem. Ahora lo recordaba con una larga coleta y el pelo ya algo cano, y quizá, cuando se produjo esta confidencia, ni siquiera se hubiesen puesto de moda las coletas entre los hombres, pero a Agustín se le aparecía, en la grada del campo municipal de l’Horta, con coleta y escuálido hasta el estrago, como siempre fue por su neta casta de Arrate y, sobre todo, por su azarosa vida de marica perdularia. Sin embargo, Agustín lo veneraba, casi tanto como a su madre, por eso había llamado a su hijo con su nombre y lo había impuesto, contra el disgusto de la familia de Xènia, como padrino del bautizo—. Mi hermano, a lo sumo, hubiese reconocido que era una debilidad; ya ves tú, ¡una debilidad que le duró treinta y tantos años! No *fotis*. ¡Debilidades las que yo tenía cada noche en Ibiza! *Això sí eren debilitats*.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> No jodas [...] Eso sí que eran debilidades.



—Pero tú no tienes de qué quejarte —se remató Lolica, aquella mañana de domingo, mientras daba un buchito bien saboreado al vaso de cerveza— porque te han pagado los estudios en los escolapios de Olot y te han buscado una profesión en ese hotel de Menorca, aunque ahora, tu madre ande mareando al amo con que te pague la universidad. Espabilado y buen mozo, ya se te ve, pero eso de la universidad, y en Barcelona, me parece a mí que es picar muy alto... Bueno, ella verá si lo consigue.

Y lo consiguió. Al año siguiente o al otro se matriculó en la escuela de ingenieros industriales de la Diagonal. Gerard, su padre, cuando se lo propuso, acompañado de su madre con el uniforme de gobernanta del hotel, en el amplio y recóndito despacho de la primera planta, le escrutó fríamente las pupilas a ver si iba de farol o de imbécil presuntuoso, porque aquella pretensión de Agustín se suponía —aunque nadie lo mentase durante toda la entrevista— que iba a apoquinarla él. Por supuesto, le constaba que durante todos sus veranos en Menorca, en el hotel de Cala Galdana, había cumplido abnegadamente como el primero o más que el primero, sin una falta salvo algún que otro encontronazo con otro botones a cuenta de su mal genio, pero eso, Gerard Arrate i Genís debió ponerlo en el haber de Arrate, porque don Gerardo era de armas tomar y ordenancista; Gerard, no; Gerard tiraba más a los Genís, cauteloso, ordenado y, sobre todo, enemigo silencioso y perseverante; incluso en la apariencia eran distintos, Gerard de rostro suave, hasta agradable, un tanto chaparro y de ademanes medidos; en cambio, Agustín, bajo sus cejas pobladas de navarro y su cara escueta y rectilínea, presentaba un gesto enérgico y, aun sin pretenderlo, desafiante; igual que su abuelo.

Luego, a Gerard Arrate i Genís se le escapó una media sonrisa que trató de ocultar bajando la vista sobre el escritorio, mientras concluía:

—*Bé, noi, ho estudiarem... Ja li diré alguna cosa a la teva mare.*<sup>5</sup>

Eso fue todo y algo más que resultó tan sorprendente como embarazoso para los tres: inopinadamente Gerard Arrate i Genís se levantó del escritorio y en lugar de tenderle la mano como había hecho siempre, acometió el ademán de darle un abrazo, pero solo el ademán, porque se contuvo al instante, cuando, la verdad, Agustín, aunque le guardase un ardiente rencor, lo estaba deseando; quizás, era lo que más había deseado desde que se recordaba. Pero no sucedió; Gerard Arrate i Genís se contuvo con sus brazos casi en el aire y atolondrado le estrechó la mano. Después, emitió un carraspeo para disipar el pellizco de emoción que le había sobrevenido y escapando de la mirada de Agustín hacia su madre, que también se había alzado con los ojos vidriosos por aquel imprevisto reconocimiento de paternidad, le dijo:

—Y, tú, no te preocupes. A la semana que viene, ya te diré algo... Venga, venga; que hay faena.

Y ahora, en la grada del campo municipal de l'Horta, volvía a reconvenirse sobre lo mucho que debía a su madre para no acabar, como cualquiera hubiese vaticinado ante su adulterina orfandad, de humillado celador en uno de los hoteles de los Arrate o tal vez de quinqu consumado con varias condenas tatuándole el alma. En efecto, le debía tanto a ella y a sus visitas dominicales al internado de Olot, cuando lo fustigaba —sí, lo fustigaba; o Agustín sentía que lo fustigaba— con aquel lamento de «hijo, estudia, porque mírame a mí, en qué acabado: fregoteando suelos y haciendo camas, y aguantando lo que no debería aguantar... O mira a tu abuelo Damián, un bruto que no sabe ni hablar ni conducirse... Agustín, tú tienes una oportunidad; ¡por Dios, no la estropees, hijo...!» Y entonces, el niño Agustín recordaba los tres o cuatro

<sup>5</sup> —Bien, muchacho, lo estudiaremos... Ya le diré algo a tu madre.

viajes que habían hecho a Zurgena, tras algunos años de esquivas ocultaciones y otras escurridizas excusas de su madre, cuando allí habían digerido —mal, por supuesto— su nacimiento. Zurgena, de inmediato, le supo a calamidad: la huera y desprovista casa de sus abuelos y las trazas y modos de la familia le repelieron; todo le resultaba abrupto, precario, zafio. De acuerdo, su madre y él vivían en una casa raquítica, desmerecida y en las traseras del pueblo, pero su forma de hablarse y de tratarse, que su madre, tras absorberla cuidadosamente de los clientes del hotel, cultivaba e imponía entre ambos, era muy otra; se diría que hasta distinguida contra aquellas maneras de la familia de Zurgena, tan sobona y efusiva, pero tan desastrada en el vestir y violenta en el sentarse a la mesa y en el dirigirse la palabra y, sobre todo, en algo que como niño le espantó: aquel acento atroz, donde jamás asomaba una ese y que le tornaba las frases incomprensibles. Es más; allí, en aquel pueblo de cuevas, apesado entre colinas cenicientas de chaparral, con su torre blanquísima en lo alto, el Reloj, descubrió admirado cómo su madre se había empeñado en perder aquel habla dura, jalonada de hirsutas jotas y carente de todo ado o ido al final del verbo, que, sin embargo, su madre pronunciaba livianamente entre sus paisanos, aunque al hacerlo se invistiese de un impostado remilgo. Pero a Agustín no le importó, al contrario. Y con este sentir ya se comprenderá que su familia zurgenera, salvo Lolica, la prima segunda que había atraído a su madre a Busaña, se le quedó para siempre extraviada en aquel otro mundo blanquecino y atrabiliario que definitivamente nunca sería el suyo. El suyo, que siéndolo desde sus primeras estampas, se le hacía ahora raro pronunciarlo: el suyo; ese de pinares suavizándolo todo con su inmediatez, ese del mar tras unas cuantas calles y ese de oleadas estivales de turistas esparciendo disparatados colores y un jovial dispendio, ese mundo que ahora, desde la inflamación independentista, no se atrevía a llamar suyo con toda

propiedad, y recordó que allá en Olot, a Manolito y a él los llamaban *la parella de xarnegos*. Por la calle, ya no se gastaba esta palabra: charnegos; Pujol la había prohibido y *tothom*<sup>6</sup> obedeció al instante. Sin embargo, el resto de niños los llamaban así y con encono, porque formaban un dúo violento y de temer, una sociedad cerrada con sus cambalaches y sus trastadas como internos y pobretones, y de padres *castellans*.<sup>7</sup> El instigador de las travesuras y de las pequeñas venganzas era Manolito; el pegón, él. Pobre Manolito, no dio una a derechas; la última vez que se encontraron en Barna, andaba por Castelldefels de camarero y de camello de perico; «del fetén», le precisó con un guiño. Ya entonces, en Olot, Manolito prefería lo ilícito y urdía todo tipo de martingalas —entre ellas, naturalmente, copiarle los exámenes— para aprobar las asignaturas sin pegar ni chapa; Agustín, en cambio, acosado por el lamento dominical de su madre se quemaba las pestañas y acumulaba los sobresalientes, tanto que ni su constatada fama de matón consiguió que los escolapios le diesen más allá de una sonora pero inocua reprimenda o lo sometiesen a algún que otro castigo ridículo. Claro que no es menos cierto que también contribuyeron, y no poco, a su tozudo empeño los iracundos celos que le producía el contemplar a sus hermanastros, los tres Arrate, el *conseller* y sus dos hermanas, sentados con su madre, doña Teresa Bussot i Verger, en la terraza de una heladería del Passeig Marítim. Es más, ahora, sobre la grada del campo municipal de l’Horta, Agustín no sabía determinar cuál del par de heridores acicates alentó más su férrea determinación por superar holgadamente los cursos: si las dominicales lamentaciones de su madre o aquella ciega envidia hacia sus hermanastros. Fuera como fuese, sus pequeños y constantes triunfos en el

<sup>6</sup> **tothom**: todo el mundo.

<sup>7</sup> **castellà**: castellano; aquí gentilicio.

internado, coronados con su título de ingeniero industrial, le habían germinado una altiva soberbia que trasmitía tanto su mirada como, hasta en ocasiones, su misma piel. Ni siquiera las pillerías juveniles que compartió con Manolito o todas las trampas y timos, incluidas las muchas maneras de mentir el amor, que aprendió en sus veranos de botones, le habían suavizado aquella aristada soberbia; en absoluto, más bien le habían curtido la suspicacia con que completaba su altivez, y el colmo ya fue cuando se casó con Xènia, que si no pertenecía propiamente a las Cuatrocientas familias, las frecuentaba con desenvoltura. Ese era el desquite que andaba persiguiendo para sacudirse aquella enfermiza envidia, y que se produciría en cuanto les restregase por las narices a sus hermanastros su magnífica boda; pero, vaya, aquel desquite aliviador se quedó en el aire porque lo suyo con Xènia duró dos años de noviazgo, divertido y jalonado de juergas desbaratadas, saturadas de pastillas y de otros jolgoriosos estimulantes, y tres de un matrimonio que, por su súbita formalidad y sus compromisos sociales, se les volvió insoportable a ambos. Xènia se encontró ante lo que había eludido hasta entonces: que Agustín no solo era un charnego sino un hijo de soltera y, además, triste gobernanta de un hotel de la Costa Brava; y él, que todo aquel deslumbramiento con que la envolvía, de tanto poseerla cada noche y de tanto enzarzarse en estruendosas broncas de acerados y certeros reproches, se le había agotado mientras le crecía un acerbo odio. Al obsesivo que profesaba a sus hermanastros, no llegó; pero hubo unos meses que casi lo frisaba. Y se acabó: lo exiliaron del morigerado piso de Travessera de les Corts a su apartamentito de Sants. En realidad, también contribuyó, y no poco, que el áspero talante de Agustín no le granjeaba un rápido ascenso en la Schliemann AGs; más bien, al contrario: se había estancado como el técnico más intransigente, fiable y eficaz de la sucursal de Barcelona, pero sin ninguna opción previsible a los puestos directivos

ni de aquí ni de Bremen. Eso se lo soplaron a Xènia o a uno de sus hermanos en algún *cocktail* mundano, y de pronto se abrió la vía de agua que enviaría a pique su matrimonio; de sobra le constaba porque era el dardo más escocedor e inapelable que le arrojaba Xènia en cada una de aquellas furiosas discusiones. Y si a eso se le añade la repentina hambre de ascenso social que se había despertado en ambos y su afición de entonces por la cocaína, se entenderá el resto.

Y a los cinco o seis años, cuando Agustín aún se condolía de la tortuosa borrasca en que había acabado su matrimonio, entró en su vida Mireia. Y todo cambió sin apenas notarse salvo para los amigos como el Sergi, el Julio o el Domènec. Mireia era de Igualada y con farmacia propia y bien situada en Hospitalet y, sobre todo, presentaba una elegancia esbelta y decidida bajo su pelo negro y ensortijado, que la tornaba ligera, escurridiza, inalcanzable, a veces, hasta ausente; con lo que, salvo durante sus arbitrarias escapadas de fin de semana o durante aquellos otros días de vacaciones en Grecia o en Sicilia o en donde Mireia prefiriese, Agustín no acertaba nunca a atraparla y, por tanto, no conseguía agotar su pasión. En cambio, Mireia, escarmentada de sus desengaños anteriores, mimaba esta rara propensión suya a la fugacidad —incluso, se diría que a la distancia—, sobre la que se mecía su convivencia y que la tornaba imperceptible para quien no los conociese íntimamente.

De pronto Agustín se dio cuenta de que apenas quedaba un minuto de partido y que el Damm iba a ganarle tres a uno al Segre. A la salida, Guille le mostraría esa sonrisa entre humilde y de perdonavidas que se le pintaba cada vez que vencían, y apenas le comentaría nada hasta que estuviesen sentados en la mesa; entonces, sí, entonces se volvería locuaz, relatándole minuciosamente algunos lances, o lo que les había dicho en los vestuarios el *mister*, o lo paquete que era este o aquel compañero; después, cuando hubiese desahogado su entusiasmo, caería en su

atonía habitual pero tras esa sonrisa desengañada tan suya que ponía cuando ganaban.

Agustín aún no había decidido adónde irían a comer; mejor que eligiese Guille, se lo merecía; había hecho un partidazo con varios recortes de una frialdad admirable, digna de un profesional. Y cuando le hubiese resumido todo lo vivido durante el encuentro, quizá se esparciese el sosiego necesario para detallarle aquello que había estado rumiando en la grada: que ellos no deberían apellidarse Cañizares sino Arrate, como el nuevo *conseller d'Administracions Territorials i Comarques*. O tal vez no fuese entonces, en el restaurante, sino más tarde cuando ya se hallasen en el apartamentito de Sants, aguardando ante un viejo partido o ante una peli de marcianos la llamada de Xènia, para comunicarles que ya había llegado del *mas*<sup>8</sup> de la Selva y que podía acercar al Guille hasta el portal de Travessera de les Corts.

«Ya veremos...», se dijo Agustín levantándose de su asiento. Mientras, los jugadores, imitando a los de primera, se retiraban del campo entre saludos y abrazos.

<sup>8</sup> **mas**: apócope popular de masía; a veces, también se utiliza *manso*.





## Por los recuerdos ajenos

Guille no solo conocía ya por Xènia cuanto Agustín había estado rumiando en la grada del campo municipal de l'Horta, sino que abandonó la *tablet* sobre su vientre y le preguntó, desde el sofá donde se tendía a lo largo, cómo era su abuelo.

Sorprendido por aquel imprevisto interés de su hijo, vaciló:

—¿Cuál, el navarro o el otro, el de Almería?

—¡Cuál va a ser, papá! El de aquí; el don Gerardo.

—Ah... —Agustín se sentó en su sillón predilecto con un *gintonic* sepultado en hielo, y de nuevo lo vio descender los tres escalones del Cercle Industrial i Pesquer, con aquel terno gris perla de pulcra sastrería que ya no se estilaba de ninguna manera en los ochenta, impostando una tiesura con la que disimular su centón de achaques y aquel pelo ceniciento que no quería rendirse del todo a las canas, como él mismo no quería rendir su mando absoluto de tantos años sobre cuanto contemplaba desde su último rezago de arrogancia. Sin embargo, para todo el vecindario era ya una reliquia, y como tal, era saludado por cuantos pasaban, no sin alguna reticencia, pero saludado, porque su hijo, Gerard, era ahora el alcalde, y además, rico; mucho más de lo que hacían suponer su ático de toda una planta sobre el Passeig Marítim y sus tres o cuatro coches. En efecto, los Arrate seguían ostentando el poder; por supuesto, de otra manera porque mediaban las votaciones y por el carácter más afable, *més de casa nostra*,<sup>9</sup> de Gerard

<sup>9</sup> más de aquí.

Arrate i Genís, pero seguían ostentando el poder, porque aun cuando no se trabajase, directa o indirectamente, para ellos, acababa siempre necesítandose los para resolver cualquier problema en Gerona o en Barcelona; por tanto, convenía demostrarles, por más antipáticos que a cualquiera le cayesen, una deferencia.

Agustín podía haber comenzado por ahí, pero esa, ni mucho menos, era la respuesta que aguardaba Guille. Dio un trago a las burbujas del *gintonic* y se le vino como una posible respuesta aquella señora del abrigo de imponente cuello de piel plateada, a la salida de la iglesia, una tarde invernal —sucedió más veces, pero la memoria de Agustín escogía siempre aquella tarde de vísperas de Navidad, con la noche recién caída, la humedad del mar satinándolo todo y los arcos luminosos pregonando el Bon Nadal desde el balcón del ayuntamiento y sobre el resto de calles principales—, mientras don Gerardo, a su espalda, observaba cómo lo llamaba con un ademán discreto y cariñoso. Era su abuela, doña Elisenda Genís y Dalmau.

—Anda, ve —le animó su madre.

Y el niño Agustín se soltó de su mano y se acercó cautamente a la señora, que sacaba unos billetes doblados de su monedero.

—¿Me das un beso? —le dijo acariciándole la carita.

Agustín asintió.

La señora se agachó, lo besó y añadió:

—Ten, hijo, y guárdatelos porque te harán falta. —Y le entregó aquel par de papeles dobladitos que Agustín adivinó un dineral.

Luego supo que era quien mandaba a don Feliu, cada quince días, con aquella bolsa de sabrosas conservas y finos embutidos que su madre colocaba cuidadosamente en las alacenas, y seguramente también les enviaría, de cuando en cuando, alguna cantidad de dinero; no demasiado, pero el suficiente para terminar el mes con holgura. Sí; tal debía de ser, porque su madre, aunque no se acercase y le

respondiese al saludo desde la distancia, la miraba siempre con un rendido agradecimiento. Por su parte, don Gerardo se limitaba a vigilar la escena sin apearse de su severidad. Quizá dibujase alguna levisima sonrisa de complacencia, quizá...

Lo cierto es que a Agustín le costaba recordarlo sonriente. Alguna vez debió sorprenderlo distendido y como desenvuelto; incluso creía recordarlo así mientras charlaba con el *mossèn* en la acera del Carrer Major, o con algún miembro de la directiva de la cofradía de pescadores durante el pregón de las fiestas patronales o en cualquier otra de esas celebraciones de pontifical y, desde luego, con el padre de don Felip, el médico. Con don Cristóbal, el padre de don Felip, siempre lo recordaba explayando su sonrisa y hasta olvidaba su envaramiento y expandía sus ademanes. No en balde, don Cristóbal era su mejor amigo e incluso había sido su mano derecha en aquel otro ayuntamiento bajo su gobierno, porque ambos entraron juntos en Busaña aquella mañana de febrero, de hacía ahora más de ochenta años, uniformados de requetés. Pero salvo con don Cristóbal, a Agustín le costaba recordar a su abuelo sonriente o al menos desprovisto de aquel gesto autoritario.

—*I tant, noi, i tant...*<sup>10</sup> —le confirmó, muerto de la risa, el Roc, mientras el Magí corroboraba, con el porrón en la mano, desde sus ojillos incisivos y vivaces, como de ratoncito sabihondo, sentado sobre un banco basto y descolorido, con un platito de tajadas de *llonganissa*<sup>11</sup> y otro de olivas con los que estaban celebrando aquel sábado primaveral, mientras los coches de los conocidos, al pasar ante ellos, los saludaban con un par de golpes de claxon o sacudiendo el brazo desde la ventanilla.

El Roc y el Magí era una pareja de urdemalas, que tanto estaban embarcados en un buey de arrastre como

<sup>10</sup> Y tanto, chico, y tanto...

<sup>11</sup> **llonganissa**: longaniza; embutido de magro picado de cerdo.

azacanados, sobre un *Dos Caballos* que de puro viejo amenazaba con desguazarse por las calles de Busaña con menesteres de fontanería, de pintura o de cualquier cosa que se necesitase para reparar un apartamento tras la temporada de verano. Y, claro, cuando volvían a asomar los primeros turistas, en atender sus variadas y torpes necesidades. El Magí hasta le había abierto una *botigueta*<sup>12</sup> a su hijo y a su nuera donde despachaban gafas de bucear y otros apechusques playeros, como salvavidas con cabezas de patitos bobos, colchonetas inflables de estruendosos colores y largas toallas estampadas de áncoras, entre los consabidos expositores con postales de Busaña y de Cataluña y la nevera de helados a la puerta. El Roc, no; el Roc había escapado como pudo de cualquier obligación que no fuera ocasional y habitaba, a salto de mata, dos portales más allá de su casa, en una copia igual de raquí-tica pero con un enorme corral, donde el niño Agustín contempló su primer y más instructivo zoológico. Allí convivían, tras sus jaulones de tela metálica, desde pavos y gallinas hasta conejos, torcaces y gansos, y en ocasiones señaladas, pizpiretas perdices y lechoncillos correteadores; en fin, cualquier bicho que sirviese para dar lustre a la cazuela y satisfacción al bandujo. Entonces, al niño Agustín le parecían el Roc y el Magí, por sus pelos canosos y sus caras estrujadas de arrugas, viejísimos, y en absoluto lo eran porque apenas llegaban a mocosos muertos de hambre y atemorizados por los bombardeos italianos cuando su abuelo, don Gerardo Arrate Goitia, entró en el pueblo con la pistola, la fusta y sobre aquellas lustrosísimas polainas de jinete; toda una proclama de su mando sin tasa.

Y había sido el Roc, apostillado de cuando en cuando por el Magí, quien le había comenzado a responder a esa misma pregunta que Guille le había lanzado, tendido en

<sup>12</sup> *botigueta*: tiendecita, comercio.

el sofá, esta tarde en su apartamentito de Sants. Sí, había sido el Roc quien lo inició en la memoria familiar mientras le daba de comer o cambiaba a sus animales de jaula para limpiarla, porque su madre o lo ignoraba casi todo, salvo eso de que don Gerardo había sido siempre el alcalde y que mandaba mucho en la diputación y hasta en Barcelona, y de que era el dueño de dos hoteles allí, el Tritón y el Mar Brava donde ella trabajaba, y de algunos más, por Playa de Aro y por Lloret de Mar e incluso por Salou y por Menorca, o tal vez su madre no quisiese remontarse al pasado para no meterse en política, asunto que ni entendía ni quería entender más allá de lo que dijese el telediarario; o a lo mejor, simplemente era por el respeto casi pavoroso —como décadas más tarde averiguó Agustín— que le profesaba a su padre, a Gerard Arrate i Genís, que para entonces ya se había destapado como un preboste del pujante nacionalismo. Si bien su padre nunca se atrevió a las proclamas que lanzase su hermanastro, el ahora *conseller d'Administracions Territorials i Comarques*, cuando se aupó a jefecillo provincial de las Joventuts d'Esquerra y comenzó con la cantinela de la independencia. No; Gerard Arrate i Genís nunca se atrevió a tanto, y menos aún le convenía para sus negocios tras el Pacto del Majestic, aunque para que emergiesen estos ardores políticos en su hijo legítimo, Gerard Arrate i Bussot, todavía faltaban por cumplirse bastantes años desde aquellos días cuando el niño Agustín, durante las breves vacaciones del internado de Olot, se colaba en casa del Roc y, ávido por indagar sobre su linaje, empezaba a preguntarle, con un tiento inconcebible para Guille durante esta tarde en el apartamentito de Sants, pero ingénito en Agustín por su condición de hijo de soltera, y no de una soltera cualquiera, sino de la amante predilecta y más duradera de Gerard Arrate i Genís, sucesor en la alcaldía de su padre, el don Gerardo Arrate Goitia, y tan poderoso y mucho más rico que este. De modo que Agustín solo había osado aquel cauto interrogatorio con el

Roc, un tipo libérrimamente ajeno al vivir del resto de los busañeses, y porque, además, le suscitaba una confianza que Agustín, entonces, solo encontraba en el tío Guillem.

—*Tu te'n recordes; veritat, noi?*<sup>13</sup> —le espetó el Roc al Magí mientras bajaba por la escalera de mano de adecentar la jaula de las tórtolas. El otro sacudió una afirmación, pero no al Roc sino hacia Agustín, que se hallaba expectante entre ambos.

Así y bendecidos por un sol que inundaba todo el corralón recordaba ahora cómo le relataron ambos la entrada de su abuelo en Busaña, aquella mañana, más húmeda que fría, solo, erguido y retando a un silencio espectral sobre unas polainas relucientes. Ellos, un par de traviesos escapados del desespero de sus madres, cuyos maridos se habían fugado por la frontera, se divertían husmeando entre los edificios abandonados por el arisco espanto de la huida para ver qué encontraban de extraordinario o de valioso. En aquella excursión hubiesen preferido una lata de conservas del Socorro Rojo o un saquito de habichuelas o qué se yo; por ejemplo, una bomba de mano o cualquier otro trofeo bélico de los muchos que habían visto durante aquel trienio de acero candente y venganza presta; pero, lástima, de momento debían conformarse con un puñado de aquellos billetes impresos por el ayuntamiento en casa del Primitiu y que no tuvieron más curso que el local y que, salvo por los comités de incautaciones, por nadie más eran aceptados con agrado.

Entonces, desde la esquina entre el Carrer Major y la plaza de Sant Pere, lo vieron. El teniente Gerardo Arrate Goitia ya los observaba dando pequeños golpecitos con la fusta contra la polaina derecha. Al Roc y al Magí, encontrárselo allí, en mitad de la calle y con aquel uniforme coronado por una boina roja de larga y airosa borla dorada

<sup>13</sup> Tú te acuerdas; ¿verdad, muchacho?

se les antojó surgido de una nada no por más anunciada, menos temible; y el susto los atenazó.

El teniente, desde su silencio, simplemente los escrutaba con guasa; ellos ni respiraban. Pero apenas alzó la fusta, echaron a correr. Y no, no les ordenó que se detuviesen, ni tampoco soltó dos o tres carcajadas burlonas ante su miedosa carrera; debió solo sonreírse con los ojos, como le conocieron luego de alcalde que hacía cuando alguien le pedía un imposible. Se metieron con el corazón en el gañote por el portal de la casa de don Antoni Murt, un patrón con flotilla propia y dueño de la fábrica de salazones al que enviaron preso a Palamós y ya no se supo de él, y menos de su familia, que también desapareció una mañana de agosto del treinta y seis, decían que hacia Francia, a bordo de una de sus arrastreras de altura con otros carcas pregonados. Su casa, amplísima y un tanto dominantona sobre el Carrer Major, con aquellas pomposas molduras modernistas de historiadas escayolas en los marcos de balcones y puertas, había servido, primero, de sede y cuartel del PSUC y, más tarde, cuando llegaron desde el interior los primeros heridos de los bombardeos, de apurado hospital pero, aquella mañana de febrero de 1939, estaba absolutamente abandonada y abierta de par en par en un grito desgarrado por donde se habían colado el Roc y el Magí, hasta que alcanzaron lo que fue el suntuoso comedor del primer piso y se pegaron contra la pared jadeantes, sudorosos y atemorizados.

De inmediato comenzaron a escuchar órdenes en la plaza y, escondidos en sus amplísimos desvanes, contemplaron como alrededor del teniente se fueron congregando más soldados de boina roja y manta terciada que venían en dos filas por las aceras del Carrer Major, oteando sus balcones, y hasta uno que, en lugar de empuñar el máuser, traía al hombro un crucifijo de esos sobre largo y plateado varal que precedían a los entierros. Después, llegaron otros oficiales y la bandera; se intercambiaron saludos cas-

trenses y taconazos para acá y para allá, también mulas cargadas con provisiones y otros fardos, y el Roc y el Magí adivinaron que ya estaba allí toda la unidad porque de inmediato formó la tropa en la plaza de Sant Pere, mientras una camioneta con una bocina sobre la cabina emitía un bando de guerra por las calles, cuya conclusión era la convocatoria a una misa de campaña, esa misma tarde, en La Rambla —en pocas semanas, Paseo de José Antonio—. De seguido, se dispersaron pelotones para ocupar el ayuntamiento, el cuartelillo de los *escamots*<sup>14</sup> de Esquerra, el ateneo libertario y su escuela adjunta e incluso la vieja y destartalada Torre del Francés, reabierta durante años como modesta Casa del Pueblo, hasta que el PSUC la convirtió, por su lejanía, allá, al borde de la playa d'en Cabanyes, en su checa para anarquistas y poumistas y, por supuesto, la chamuscada iglesia, que había acabado siendo el almacén central de abastos; otra broma siniestra de aquellos años, según el Roc, porque nunca hubo con qué llenarla y todo, hasta el pescado, se volvió escaso y, a veces, podre. *Que no és veritat, Magí?*<sup>15</sup>

—*Quina fam més horrible aquella, Roc...*<sup>16</sup> —corroboró el Magí sacudiendo pequeñas y ofuscadas negaciones contra sus recuerdos.

—Mi madre se presentó en el ayuntamiento para verlo; ya mandaba aquí a su antojo, y debió de gustarle mucho porque no cedería el puesto durante los siguientes cuarenta años —le había confesado con los ojos perdidos en el ayer el tío Guillem. Y prosiguió, tras una chupada al peta de hachís—: Sí; tu abuela se presentó con el mejor traje que le quedaba y con un peinado que le habían compuesto

<sup>14</sup> *escamot*: comando; organización paramilitar del Estat Català, nutrida de la facción más radical de Esquerra Republicana de Catalunya.

<sup>15</sup> ¿No es verdad, Magí?

<sup>16</sup> Qué hambre más horrible, Roc.



sus hermanas para impresionarlo; solo que la impresionada resultó ella... Tras aquellos tres años de guerra que fueron empobreciendo no solo el trato entre las personas sino hasta las trazas para reducirlo todo una lamentable y desgredada calamidad; tu abuelo, allí, tras su mesa de alcalde, de viril uniforme y tan re peinado como acostumbraba, le pareció Gary Cooper; según ella, claro. Yo, en cambio, siempre le encontré un aire a Gregory Peck, pero en muy borde y con una rudeza en los rasgos que ni mucho menos presentaban esas estrellas u otras de Hollywood, y que lo delataba de inmediato como hijo de un caserío de Elizondo —y Agustín hubiera deseado comparar aquella vaga descripción de su tío Guillem con alguna de las fotografías que había visto enmarcadas en plata por aparadores y veladores la única vez que había pisado la casa Genís, en mitad de la plaza de Sant Pere. En efecto, al ya adolescente Agustín le hubiese gustado porque creía recordar que había visto una de don Gerardo donde posaba en uniforme de paseo y con todas sus cruces ganadas en combate atravesándole el pecho.

Aquella muy anterior visita a la casa Genís fue una ocurrencia del tío Guillem, cuando, estando sobre el muelle curioseando los barcos y sus aparejos, le preguntó con picardía:

—Agustinet, ¿quieres que te enseñe mi casa?

Al niño Agustín, que para entonces ya sabía quién era su padre, casi le revienta el corazón de ganas.

—Pero no puedes decírselo a nadie, y menos, a tu madre... ¿Prométeme que no se lo vas a decir a nadie?

Y el niño Agustín sacudió una ansiosa descarga de negaciones.

Por supuesto, en aquel caserón, que Agustín evocaba durante el resto de su infancia como un palacio, aquella mañana se ausentaban todos sus habitantes salvo la vieja Roser, que cuando comprobó que las voces eran del señorito Guillem con un niño, volvió a sus cocinas sin prestarles la menor atención. Por lo demás, como fue una rauda

incursión furtiva, Agustín, al año siguiente o al otro, ya no recordaba sino la amplitud de cuanto allí se guarecía: altos techos, cuadros imponentes, ampulosos sillones de cuero y una escalera de voluptuosa curva por la que ascendieron hasta las alcobas; porque aquellas estancias, al contrario de la sufrida y coquetuela habitación de su madre, o de la suya, con su camita, su breve escritorio de railite y sus *posters* del Barça y de *La guerra de las Galaxias*, merecían llamarse alcobas como pronunciaban en las películas; bastaba ver sus enormes camas, sus imponentes armarios y sus provistos baños contiguos; si hasta sus abuelos disponían de un ropero con paredes de espejos, que el tío Guillem llamó vestidor, donde cabía holgadamente la mitad de su casa. Después, e incluso ahora, este fugaz recuerdo le suscitaba un ámbito demasiado aparatoso como para ser el hogar de alguien, pero eso fue después, cuando ya pasaba sus veranos en el hotel de Cala Galdana y sus pupilas habían absorbido algún mundo.

Y sería por estas últimas fechas, con Agustín recién entrado en la febril adolescencia, cuando el tío Guillem le relató este primer encuentro de sus abuelos en el despacho de la alcaldía y, por supuesto, también del comandante de la plaza. Y como tal, el teniente Arrate Goitia recibió a la señorita doña Elisenda Genís, hija mayor de don Eusebio Genís y Bru, «miembro del Fomento del Trabajo Nacional y eminente industrial del corcho entre otros negocios, como la empresa conservera local y como la gran serrería Genís y Dalmau del vecino ayuntamiento de La Corbera de Busaña, entre otras propiedades rústicas y arriendos agrícolas esparcidos por toda la comarca», fallecido durante el verano del treinta y seis, a consecuencia de «las flagrantes vejaciones infligidas por la horda bolchevique»; en realidad, porque no pudieron administrarle la insulina contra su diabetes y el resto de medicamentos para aquellos otros males que oscuramente le acechaban. Pues don Eusebio no había sufrido más allá de una hosca mirada de desprecio y algún mordido insulto,

dado que, como luego su nieto, Gerard Arrate i Genís, el padre de Agustín, se bandeó siempre astutamente entre tirios y troyanos, con donaciones a izquierda y a derecha; si hasta contribuyó con sus buenos y sonoros duros al traslado a un local más higiénico y amplio del ateneo libertario, allá por el treinta y tres; por supuesto, todo bajo manga, que era como acostumbraba a manejarse en asuntos políticos. Lo que en absoluto eximía a don Eusebio, desde que estalló la sublevación militar y la consiguiente revolución anarcoproletaria, de sentir su vida y, por descontado, sus propiedades al albur de cualquier encono o de aquellas asambleas que organizaban una noche sí, y la siguiente, también, en lo que había sido el Cercle Industrial i Pesquer —o sea, el casino de los patronos— dirimiendo la dirección y gestión de las industrias y talleres colectivizados, entre los que, naturalmente, se incluían sus sociedades.

En cuanto a la entrevista solicitada, dos años y pico después, por la señorita Genís al teniente comandante de la plaza, tenía por objeto reclamarle la devolución de estos mismos bienes incautados por los distintos comités que formaron los anarquistas y los del POUM a partir del Decreto del treinta de julio del treinta y seis. Le daba igual el calamitoso estado en que se hallasen, pero «ahora que vuelve a imperar el orden —añadió mirándolo cautamente, se diría que hasta timorata, desde sus pupilas amieladas—, es de justicia que me los devuelvan a mí, como heredera y representante de mi madre y de mis dos hermanas», y depositó sobre la anchurosa mesa las escrituras de propiedad de aquellas sociedades y de un buen puñado de predios más.

El teniente, en tanto, la había estado observando y, sobre cuanto le solicitaba, solo veía en Elisenda Genís una delicadeza inesperada y digna de pretenderla; además, si cuanto aquellos documentos certificaban era tan valioso como aparentaba, Elisenda Genís le convenía y no poco, porque allá, en Elizondo, lo que le aguardaba, hechas las

particiones entre los siete hermanos Arrate, como mucho, le permitiría convertirse en un hidalgo con pretensiones, pero únicamente con pretensiones.

Por su parte, las tres hermanas Genís, con su madre, doña Tecla Dalmau, vivían, en aquel momento, en el *mas* d'en Sureda, una casona de nobiliario trazo por su esbelta logia de arcada toscana, en mitad de una vaguada, resguardada por fornidos alcornoques y airosos pinos romanos, entre Busaña y La Corbera. Las Genís se habían refugiado allí para ser vistas lo menos posible, por aquello de que ojos que no ven, corazón que no siente (ningún rencor, se supone). Y allí sobrevivieron austeramente, según su desconsolada afirmación, cuando comieron, durante toda la guerra, bastante mejor que la mayoría, gracias a la huerta que aprendieron a cultivar y a los pollos y conejos que les respetaron los faístas, en correspondencia con la pródiga memoria de don Eusebio, que rescató con un discurso de enorme efecto Ruperto Ortiz, un practicante llegado de Barcelona para atender el dispensario del gremio de pescadores y de convicciones libertarias, educadas en la fraternal corriente de Federico Urales y que, por fortuna para las Genís, gozaba del suficiente predicamento entre los arriscados piquetes del mono azul y el máuser al hombro, como para interponer aquella emocionante elegía por don Eusebio en el momento oportuno y que desistiesen de su repentina apetencia por aquel trío de señoritas finas y desamparadas en aquel bucólico paraje. Es más; tan emotiva resultó la alocución del practicante Ruperto Ortiz que hasta les permitieron quedarse con los suficientes animales de corral como para que, por mera procreación, les cundiesen durante toda la guerra. Ellas, por corresponder con aquella dádiva imprevista, cedieron de buen grado —claro, esto es un decir; ya se entiende— su casa de la plaza de Sant Pere al jefe del piquete, el Liborio Menéndez, un carpintero de ribera asturiano, analfabeto pero muy redicho y avisado. Y fue mano de santo para la casa Genís, porque el Liborio

Menéndez se hallaba tan a gusto aposentado entre aquellos lujos de la plaza de Sant Pere que mimaba cada mueble con arrobó, al contrario que le sucediese a las otras casas grandes de Busaña como la casa Murt o la de don Julio Massot, que quedaron desguazadas tras ocuparlas un tropel de desheredados que se disputaban sus estancias en continua rebatiña, mientras el comité de incautaciones no tomó medidas y se hizo cargo de esos inmuebles para albergar estamentos oficiales con los que salvar cuanto se pudiese. En cuanto al Liborio Menéndez, pobre, no le duró mucho el goce de aquellas suntuosas alcobas; con la excusa de los sucesos de la Telefónica en Barcelona, los del PSUC y los *escamots* de Esquerra lo bajaron amarrado y a culatazos por toda La Rambla hasta la Torre del Francés; después, nunca más se supo de él.

Todo esto lo conoció Agustín, claro es, por el Roc y por el Magí, cuyos padres eran de la FAI, aunque libraron de las purgas en la Torre del Francés, porque en un primer momento se hallaban en el frente de Aragón con Durruti y, cuando regresaron, se emboscaron tras un sigiloso silencio y, al poco, se alejaron alistados en una unidad de artillería, antes de que los de Esquerra azuzasen a los comunistas del PSUC y los desapareciesen; arte pavorosa en la que los siete u ocho jóvenes socialistas del pueblo, convertidos desde octubre del treinta y seis en inflexibles estalinistas, se demostraron habilísimos.

Pues bien, hacia aquel paraje virgiliano que componía el *mas* d'en Sureda con sus bosques circundantes se encaminó el teniente Arrate Goitia, a lomos de una alazana que trajo desde Navarra, cuando apenas se había cumplido una semana de la visita de la primogénita de las Genís al ayuntamiento.

—Mi padre se informó por el meapilas de Piferrer, que había escapado con vida, oculto tras un armario, como luego hicieron tantos otros desdichados del bando contrario —prosiguió el tío Guillem, mientras se servía un chorrito de *whisky* para acompañar las últimas caladas

de hachís—, de quién era tu abuela y de cuánto valían realmente las posesiones de las Genís... En fin, que cuando se lo vieron aparecer a caballo, remangado y sudoroso, aquellas tres pánfilas (o sea, mi madre y sus dos hermanas) se enamoraron de golpe. Debió parecerles la viva estampa del paladín victorioso que habían estado anhelando durante tres años o quién sabe si desde antes, desde que leyesen *Ivanhoe* u otro novelón de ese estilo... Por supuesto; el muy ladino de mi padre debió notar enseguida que desmontó y pisó el *mas* que se hallaba en terreno conquistado y que el resto ya solo era dejarse caer por allí, de cuando en cuando, y agilizarles la devolución de las propiedades y, claro, ganarse a mi abuela Tecla, lo que no le costó nada: la trajo entre honores militares, porque le puso una escolta de requetés de aquellos de la boina roja, desde el *mas* hasta nuestra casa de la plaza de Sant Pere, y mi abuela ya se deshizo por su futuro yerno. Y, desde luego, ya había escogido: se casaría con mi madre, que para eso era la mayor y, por tanto y a falta de varón, la heredera. Aunque, tras esta justificación tan asquerosamente interesada que debió repetirse a menudo para fortalecer su propósito, tu abuelo no quisiese reconocer que se bebía los vientos por aquella ligereza quebradiza, casi etérea, con que se movía mi madre.

El tío Guillem se quedó mirando la ventana del patio y, de pronto, le brotó desde el estómago una incontenible carcajada. Cuando se sosegó, lo que no le resultó fácil porque cada vez que iba a serenarse le atacaba de nuevo la risa, añadió con los ojos vidriosos del cáñamo:

—Cosa más enrevesada resultó cómo comunicárselo a mis tías, la Joana y la Teclita, y apaciguar la tormenta de celos que iba a estallar entre las tres hermanas. Para eso confiaba en mi abuela, al tiempo que buscó entre sus camaradas de aquí y de Barcelona cómo quitárselas de encima, porque él ya tenía decidido aposentarse como dueño y señor y, sobre todo, en paz, en el caserón de la

plaza de Sant Pere, y con tanta mujer allí metida se podía esperar cualquier cosa menos paz.

Sin duda, por aquel impedimento capital —buscarles novios o al menos pretendientes con viso de acabar en noviazgo a las hermanas de su prometida—, su boda se demoró un par de años, al punto que el teniente —ya en la reserva y alcalde de Busaña— Gerardo Arrate Goitia asistió antes al matrimonio de la que sería de inmediato su cuñada, Juana Genís y Dalmau, con un comandante, joven pero promovido rápidamente a la estrella de ocho puntas por méritos en combate, Evaristo Gancedo y Muñoz. Y, claro, Juana y Evaristo iniciaron su peregrinaje según lo fueron imponiendo los destinos militares; en cambio, Teclita, la más pequeña de las tres hermanas Genís, se desenvolvió sola y la mar de bien entre las chicas de la Sección Femenina, así que, por esas mismas fechas, cuando se casaban sus hermanas mayores, ya residía en Barcelona con un empleo en la Delegación Provincial de Educación, mientras obtenía, primero, el título de comadrona y, posteriormente, el de ginecóloga, «y cuando ya nadie lo esperaba; es más, todos se figuraban en silencio que había salido como yo, torcida —le contó en otra ocasión el tío Guillem—, se casó con un directivo de la Caixa de Pensions, el tío Cecili... De esa boda, tendría que acordarme porque debía de tener cuatro o cinco años, y la tía Teclita, treinta y tantos; y ya ves, Agustín, nada de nada; ¡que ni mirando las fotos en casa consigo recordar algo!».

Entonces, Agustín se dio cuenta de que llevaba por lo menos una hora relatando recuerdos ajenos sobre su abuelo; el salón se había entenebrecido al compás del ocaso y Guille lo escuchaba boquiabierto, quizá, por primera vez en su vida.





## Una confesión en el ocaso

—Ni te imaginas cuánto le debemos tu abuelo y yo al tal Codina... —suspiró mientras Agustín miraba a aquel casi octogenario médico desde sus diecisiete años con una cerveza radiantemente gélida en la mano. El anciano, por su parte, apuntalaba sus últimos bríos del atardecer con un *whisky* tan aguado que el ambarino de su color era tan solo una pretensión. Le dio un trago antes de remacharse con un—: Tipo singular, aquel Codina...

Se hallaban sentados en una terraza ante el mar aplomado de esa hora cuando el sol, ni en sus estertores, se podía contemplar desde allí, tal como se guarece Cala Galdana.

Al verlo pasar, don Cristóbal lo había llamado. Agustín adivinó que deseaba conversación donde matar el ocaso antes de regresar al hotel para la cena, y qué mejor que con un paisano —en puridad no lo eran; en quinquenios, de sobrado; don Cristóbal era vecino de Busaña desde mediados de febrero de 1939 y su médico hasta la jubilación, y aun después, más reputado y querido. Prestigio que había heredado su hijo y que le permitió abrir la clínica, que si comenzó con vacilaciones, los sucesivos veranos, con su suministro inagotable de accidentados turistas, la habían asentado, y hasta engrandecido con un soberbio edificio y un selecto equipo facultativo, para convertirla en una mención casi obligada entre los pudientes de la provincia—, aunque la reunión de aquella tarde había comenzado hacía un par de mañanas cuando don Cristóbal se le quedó mirando en el vestíbulo del hotel con extrañeza. De inmediato, lo llamó; Agustín de sobra lo

había reconocido desde que lo viese atravesar ese mismo *lobby* hacia el mostrador de la recepción dos o tres días antes y, por tanto, se le acercó con una sonrisa superior a la habitual e intrigado por averiguar cuáles eran las demandas de aquella persona casi familiar para él.

—¿No se apellidará usted Arrate por casualidad y será de Elizondo o de alguno de sus barrios? —le preguntó el viejo médico.

—No, don Cristóbal —le respondió resuelto—, soy Agustín Cañizares y soy de Busaña, como usted.

—¡Caramba...! Ya, ya sé quién es usted. Dispense, joven, que no lo haya reconocido antes... La edad, ya sabe...

—No se disculpe, don Cristóbal, porque desde hace años, con este trabajo aquí durante el verano y con los inviernos en el internado de Olot, apenas piso por el pueblo.

Don Cristóbal asintió admirado todavía por el parecido de aquel jovencito con su viejo amigo Gerardo Arrate Goitia; hubiera jurado que hasta sus tonos de voz eran idénticos... De pronto, se acercó su mujer desde el comedor, y aquel breve encuentro se disolvió con la cortés retirada de Agustín. Pero esta otra tarde, cuando, desembarazado del uniforme de botones y de los vetos que le imponía, Agustín salió hacia una tasquita abierta a los cuatro vientos donde caían otros pillastres como él, con eventuales empleos veraniegos, y también su mayor aliciente: jóvenes turistas con dinero fácil y enormes y expansivas ganas de diversión lícita e ilícita en las que ellos eran avezados peritos. Don Cristóbal lo había descubierto desde su mesa en aquella terraza al pie del hotel, y le hizo un gesto para que lo acompañase.

Sabedores ya de quiénes eran el uno y el otro, pronto la conversación discurrió hacia quien los unía de verdad: el todopoderoso don Gerardo y, sobre todo, hacia aquel tiempo cuando ambos, Cristóbal Zabala Núñez y Gerardo Arrate Goitia, como provisionales con la galleta negra de habilitados a tenientes, gobernaban aquel pueblo y su franja de litoral a sus anchas; la guerra concluía pero aún

era difícil precisar cuándo: si en un mes, en dos o hasta era posible que en tres o cuatro porque Madrid, con los puertos de Valencia, Alicante y Cartagena abasteciéndola, resistía. Ahora bien, los busañeses podían respirar tranquilos, y hasta retomar sus tareas del campo, porque las incursiones de la aviación italiana habían terminado; algo era algo. En cuanto a la pesca, la industria nueva y más provechosa del lugar hasta el viernes 17 de julio de 1936, se había acabado por carencia de barcos para las faenas a mar abierta; evidentemente, se podían practicar las artes tradicionales como tirar la jábega en la bahía y hasta probar con la sonsera, pero aquellas capturas menores de sardinas, a veces de anchoas y de *verats*,<sup>17</sup> daban para el mercado local, pero en absoluto para reabrir las dos o tres industrias de salazones y conservas, como la de las Genís o la de los Murt, en el caso de que algún día pudiesen lograrlo según era notorio por el deterioro de las máquinas envasadoras. Sí; los barcos útiles para adentrarse en el bravo y traidor Golfo de León habían desaparecido, atestados con cuantos pudieron huir para Francia en cuanto se supo la derrota del Ebro, mientras que los tres o cuatro que quedaban pregonaban su naufragio inminente.

—La verdad, el hambre era el único problema que teníamos, porque rojos, no quedaba ni uno; todos se habían dado el piro o estaban combatiendo por Valencia. Un par de masones; sí, un par de masones, que no habían roto ni un plato y que seguramente se pasaron la guerra atemorizados con los de la FAI y con los comunistas por ser del comercio; fueron los únicos a los que pudimos detener. Yo hubiese hecho la vista gorda, pero tu abuelo, no; tu abuelo, no ya por estricto, que le gustaba echárselas de eso, sino por hacerse notar ante el mando, los envió detenidos a la comandancia... —Y entonces se llenó el vaso

<sup>17</sup> *verat*: caballa, verdel o xarda; pez.

de *whisky* con más agua hasta casi hacerlo rebosar—... Aunque, claro, nuestro gran problema era la escasez que me multiplicaría los pacientes en cuanto me descuidara, como si no tuviese pocos con los que me habían endosado los médicos de entonces: don Jacint, un hombre achacoso y agotado, absolutamente agotado, por la inclemencia de los tres años de guerra, y el otro, don Fidel, un jovencito desquiciado porque su mujer (parece ser que muy guapa y de rompe y rasga) se le había fugado con un miliciano a Francia, y que, tras beberse todas las cosechas de vino del país, acabó matándose un par de años después. Tu abuelo, en cambio, andaba en otras: en pretender a las Genís y en meterse en el bolsillo a los tres o cuatro falangistas que se nos presentaron nada más tomar Busaña y que nadie sabía que lo eran hasta ese día, o los que nos llegaron después de Barcelona y de Burgos, dándose unos humos muy antipáticos y, además, queriendo meter las narices en todo... Pero, bueno; tu abuelo se entendió con ellos y los fue nombrando concejales provisionales de esto y de aquello para mantenerlos entretenidos, porque en última instancia él lo decidía todo *manu militare*. Yo, no; yo bastante tenía con sostener el dispensario en condiciones para ir mitigando aquella calamidad que preveía en aumento como luego sucedió; que si sarna, que si pelagra, y lo que me espantaba de verdad: un brote severo de tuberculosis. ¡Y menos mal que nos libramos del piojo verde! ¡No te imaginas ahora cuánta necesidad, carecíamos de todo! — Dio otro trago y añadió con un insospechado énfasis—: ¡Y de pronto se acabó! Habíamos ganado; todo debía de cambiar, que para eso habíamos hecho una guerra. Pues, nanay; seguíamos en las mismas, si no estábamos peor...

Y tras aquella expresión amarga, Agustín adivinó que don Cristóbal, fuera por el *whisky* o fuera porque lo consideraba lo suficientemente alejado de su círculo en Busaña como para que cuanto le confiase aquella tarde llegara alguna vez a oídos de quienes pudieran

perjudicarlo, estaba por soltar la lengua; y Agustín se repantigó ante los secretos que ningún otro podía saber de aquellos días cuando el teniente Gerardo Arrate Goitia afincó sólidamente los cimientos del porvenir opulento de su saga. Desde luego que fue así, se repantigó y abrió los oídos todo cuanto pudo, como ahora hacía el Guille sin quitarle la vista al teléfono, puesto que cuando sonara la llamada de Xènia, toda aquella vieja memoria familiar se interrumpiría hasta el próximo fin de semana y eso sería... Ninguno de los dos sabía en aquel momento cuándo sería, porque estaban por medio los exámenes finales en el British y luego el campamento en Irlanda, y entre una cosa y la otra ignoraban si se volverían a encontrar con aquella intimidación que les había procurado aquel domingo de la victoria por tres a uno frente al Segre, más aún cuando la liga de fútbol infantil de honor catalana había concluido, y con ella, los fines de semana de Guille con su padre en el apartamentito de Sants.

—Ah, el don Cristóbal ese; *bon metge, de debò, però vaja...* —recordó las palabras del Roc mientras preparaba la merienda con unas *torrades amb tomàquet i llonganissa*—. <sup>18</sup> Al principio no había quien le hablase; siempre andaba desquiciado de acá para allá, visitando enfermos, hasta montó un hospital; ahí, donde había estado durante la guerra, en casa Murt, no, por si se presentaban una mañana los Murt desde Francia o desde donde se hubiesen escondido; lo abrió en la escuela de la CNT, aquella que paraba junto al ateneo libertario, y como era una estrechura de dos pisos, en un par de días lo tenía repleto; *i és clar: així qualsevol perd el nord. Vaja, que es veia que la tasca li podia...* <sup>19</sup> —Y el Roc en aquel instante lo estaba

<sup>18</sup> buen médico, de veras, pero vaya [...] tostadas con tomate y longaniza.

<sup>19</sup> y está claro: así cualquiera pierde el norte. Vaya, que se veía que el asunto le superaba.

contemplando: flaco y más bien menudo, con el pelo a lo Valentino y aquel bigotito en lista como las estrellas del cinematógrafo, y siempre con los ojos exaltados y el gesto violento hasta que se acercaba con su maletín a la cama de un paciente, como su tío l'Andreu; ordenaba silencio, se sentaba, sacaba un cigarrillo, le daba los rituales golpecitos al canto y comenzaba a auscultarlo, a tomarle la temperatura, a mirarle las amígdalas y a dirigirle lentas y muy bien vocalizadas preguntas para que el enfermo entendiese su castellano; entonces, aquel tipo de uniforme caqui y corraje (eso sí, sin pistola), parecía otro, se transformaba en un hombre apacible y el doliente, que de inmediato se sentía envuelto por su consuelo y su ciencia, como por sortilegio, iniciaba su mejoría—. Después, cuando se echó novia con la maestra esa tan sabihonda, se fue apaciguando... Yo creo que se quedó aquí por eso, por la novia, l'Amalia Sentís, que era de La Corbera; su padre tenía una ferretería allá, en el Carrer Sant Vicent. Era muy dispuesta y marimandona, y dirigía el Auxilio Social, pero como se conoce que le pareció poco, se convoyó con tu abuelo y se quedaron con la comarca entera; estos dos, l'Amalia Sentís y el don Cristóbal, a la chita callando; tu abuelo, no: tu abuelo de alcalde y presidiendo las procesiones y lo que se presentase.

—Menuda es l'Amalia Sentís; la única persona a la que mi padre teme de veras; él sabrá por qué —le dijo el tío Guillem una mañana de invierno mientras jugaban a lanzar piedras contra el mar a ver quién las hacía botar más lejos. Después, arrojó con los dedos en pinza la pava del porro de hachís a las olas y muerto de la risa, añadió—: Una vez los sorprendió a ella y al don Cristóbal en plena faena, en su despacho de Auxilio Social. Mi padre jamás comentaba nada de esos asuntos; siempre ha sido, supongo que por navarro, muy estricto y reservado en cuestiones de cama y de iglesia, pero como era Noche Vieja y se le había ido la mano con el vino, pues, se le escapó. Todos nos quedamos,

hasta mi madre, boquiabiertos y con ganas de que nos lo contase con pelos y señales. Él quiso volverse atrás y callar, pero ya era demasiado tarde. Sí; los cogió dale que te pego en la mesa de su despacho; ahí donde la ves, tan peripuesta y escrupulosa con que si los arcos de las fiestas no son los suficientes, con que si las flores del patrón este año son una birria, con que si la *pubilla*<sup>20</sup> lleva un traje de tres perras gordas... Pues se conoce que cuando se suelta el pelo es un volcán, porque mi padre, contra su costumbre, abrió la puerta sin llamar, alarmado por sus berridos, pensando que la estaban matando y no; no, era el don Cristóbal que estaba tirando... —Y estalló en una estruendosa carcajada que el niño Agustín apenas atinó a comprender.

Lo cierto es que era para eso y más, porque imaginarse en tan apremiado como lúbrico trance a aquella pareja: el don Cristóbal, siempre tan atildado, sin una arruga, con sus trajes de príncipe de gales de chaqueta cruzada, y ella, algo más alta y metida en carnes —Agustín, claro, siempre la recordaba metida en carnes, aunque le constaba que había sido una joven de cintura de avispa pero, eso sí, de muy lucida delantera—, con sus camándulas de perlas y su majestuosa mantilla en las procesiones solemnes, o con un vestido de Pedro Rodríguez o de Santa Eulalia o de Pertegaz, según se decía —o mejor, según le comentaba su madre, tan atenta siempre a la etiqueta— en los salones del Cercle Industrial i Pesquer, producía no ya el choteo, sino aquella descomunal carcajada que soltó su tío Guillem en la playa d'en Cabanyes. Y, claro, la inmediata pregunta era: ¿de dónde sacaban los cuartos para semejante vestuario que era la envidia local y hasta provincial? Porque de la consulta de don Cristóbal, por reputación que tuviese, imposible.

<sup>20</sup> **pubilla**: hija mayor destinada a recibir una herencia; se llama también así a la reina de las fiestas.

Era la respuesta que también pretendía obtener Agustín, aquella tarde, en Cala Galdana con su fría cerveza por delante.

—Tu abuelo, una vez que se ganó a doña Tecla para atar la boda con tu abuela Elisenda, calculó, cuando se le pasó la euforia por convertirse en el pretendiente de la señorita más distinguida de la localidad, que la conservera, sin barcos y con el aceite por cupos, era una mera quimera; en cuanto a la serrería de La Corbera de Busaña, quizá la pusiese en marcha, pero debía de buscar a sus trabajadores, si es que quedaba alguno. Y luego estaban las tierras, que no eran pocas; pero necesitaba un *masovero*<sup>21</sup> de confianza para recuperarlas cuanto antes, porque, aunque habían sido colectivizadas, la guerra las había ido dejando en barbecho. En fin, que lo más inmediato eran los préstamos que había hecho don Eusebio durante la República a este o aquel, pero poca cosa iba a recoger; los iba a exigir, claro, que para eso ostentaba el mando en la plaza, aunque con la miseria que conseguiría, por más que apretase a los deudores, a lo sumo daría para que las Genís volviesen a creerse algo en su caserón de la plaza de San Pedro, pero para nada más. —Y don Cristóbal se sacudió otro trago de *whisky* bien aguado—. Y comenzó con sus viajes a Barcelona, donde entonces (bueno, como ahora) se manejaba todo. Allí alternaba con unos y con otros; me insistió varias veces para que lo acompañase. Por esto o por aquello y, sobre todo, por estar cerca de Amalia, dado que tu abuelo se pasaba allí tres o cuatro días, siempre me resistí... Una vez, cierto; una vez le acompañé y me di cuenta de que apenas lo conocía por más que hubiésemos estado tres años juntos en el frente: en Barcelona era otro; vaya si lo era. Perdía aquella adustez que le era genuina para transformarse en

<sup>21</sup> *masovero*: literalmente habitante de la masía; pero se entiende normalmente por el capataz de la finca.



un tipo simpático y que le seguía la corriente a todo quisque y, claro, aprendió, y mucho, pero nada bueno... Por lo demás; lo conocían todos, desde los primeros alcaldes, Mateu Pla y el barón de Terrades, hasta Luys Santa Marina y, desde luego, Ribas Seva y los Trías Beltrán y el resto de la plana mayor de Falange. Y entre ellos y, sobre todo, entre su corte de hampones, durante aquellas noches de *cabarets* y de señoritas, y también de inacabables partidas de *poker*, consiguió los contactos para adueñarse de por vida de Busaña, solo que para llevarlo a cabo necesitaba una meticulosidad y una dedicación de la que carecía entonces con todo el pueblo desmantelado y al borde del hambre... Pero la encontró... En Codina... Ahora mismo no recuerdo cuándo se lo trajo. —Don Cristóbal se quedó suspenso, con las pupilas revolviendo entre el tumulto de sus recuerdos.

Sin embargo, acababa de descubrir algo inconcebible para Agustín: a aquel otro Gerardo Arrate Goitia, el amable y hasta el juerguista; alguien absolutamente ignoto para todos; es más, su leyenda en Busaña y hasta entre su familia se fundaba firmemente en lo contrario y, no obstante, don Cristóbal, en aquel momento, quería abandonar aquel estruendoso descubrimiento para reparar en Silverio Codina; por supuesto, alguien sin quien era inconcebible la imparable pujanza de los Arrate, como, tras lo escuchado, Agustín sopesaba que tampoco lo sería sin aquella otra índole golfa y desconocida del todo severidad don Gerardo Arrate, por la que parecía desinteresarse en ese instante don Cristóbal. ¿No se ocultaría en aquellas andanzas ese secreto que temía don Gerardo de l'Amalia Sentís y que había intuido el tío Guillem? Quizá; lo que indicaba que don Cristóbal sabía más, mucho más, porque lo había acompañado no una vez como ahora afirmaba pasajeramente, sino bastantes veces a aquella Barcelona sometida a los señoritos de la camisa azul y a los capitostes de la Lliga, que en aquel momento pretendían sepultar

sus orígenes catalanistas y se habían vuelto más leales que nadie; no de España sino, claro es, de Franco. Pero ¿a quién podía recurrir Agustín para averiguar cuán extensa era la complicidad de don Cristóbal con su abuelo en aquella Barcelona? Y de existir tal persona, ¿conocería también ese delicado o terrible secreto sospechado por el tío Guillem? Porque desde luego su escaso trato con don Cristóbal no le permitía tirarle de la lengua a su gusto, sino dejarlo que se explayase y escuchar atentamente a ver si cometía otra indiscreción como aquella de que su abuelo tenía una cara oculta... En estas cavilaciones se hallaba Agustín, cuando don Cristóbal dijo:

—Yo creo que se lo trajo cuando aún estábamos militarizados, en el verano del treinta y nueve o, a lo mejor, durante ese mismo otoño; no más tarde... —Y don Cristóbal los vio descender del *baiga* aquel del Lluïset que utilizaban para ir y venir de Gerona o de Barcelona. En efecto, Gerardo Arrate Goitia aún iba de uniforme, en cambio el otro era un hombrecillo, sepultado en un traje astroso por la braveza de la cárcel y más que a la lástima, invitaba a la compasión; ese era Silverio Codina: anónimo, pequeño, débil en aquellos días inclementes, donde el redoble estremecedor del alba parecía regirlo todo.

Se lo había señalado un capellán, de esos a los que don Gerardo era tan aficionado para hacer sus averiguaciones, como un rojo raro, del partido de Companys, que se pasaba el día con el *Kempis* en la mano y que le había demostrado —se suponía que en secreto de confesión, claro— una verdadera fe cristiana y, además, no solo a él, que muy ocasionalmente acudía para asistir las carencias espirituales de los reclusos del Palacio de las Misiones, sino a los otros padres destinados en aquella cárcel, tanto es así que se ofrecía todos los domingos para ayudar a misa. Evidentemente, ante tal caso «era un acto de absoluta misericordia cristiana arrancarlo de aquella chusma, que no podía sino corromper su feble alma», más cuando le

constaba, porque lo había investigado, que no había en su contra sino «aquella flaqueza» —así la calificó el cura, lo que arrancó una sonrisa de Arrate mientras se lo contaba a su amigo Cristóbal— de haberse afiliado a aquel pernicioso partido antiespañol; nada de asaltos a congregaciones religiosas, ni mucho menos delitos de sangre había contra aquella pobre alma caída.

Como fuese, don Gerardo Arrate Goitia debió de interrogarlo y averiguar que le faltaba un curso para ser perito mercantil y que había llevado la contabilidad durante cinco o seis años en un almacén de curtidos, y pensó que más que el empleado preciso para avivar las ruinas del emporio de su futura suegra, dispondría del confidente leal y medroso, por la cuenta que le traía, para dominar y dirigir aquellas industrias a su antojo; sí, claro, él, desde su mando y con sus contactos en Barcelona, era capaz de proveer lo necesario para resucitarlas. Porque Gerardo Arrate Goitia era muy consciente de que apenas contaba con un par de años de Derecho en Valladolid y un Bachiller en el seminario, pero poca o ninguna noción del comercio, salvo el visto a su padre en el caserío, que consistía en tratos con el ganado y otros de aparcería que repudiaba, como rechazaba la sola idea de retornar a su tierra atávica y abrupta. Él, Gerardo Arrate Goitia, alentaba otras pretensiones desde el seminario que le impidieron ordenarse y que, luego, fue macerando en Valladolid, empapándose de los ademanes sosegados y sólidos de los señores mientras paseaban por la calle Santiago o se sentaban a leer *El Norte de Castilla* y a departir en los cafés de la Plaza Mayor; tan distintos de aquella rudeza de los hombres emboinados y enfajados de su infancia al pie del Pirineo, con sus gestos ariscos y su brevedad vasca que, tras recibir aquellas dos estrellas y codearse entre la oficialidad, se le presentaban, en sus ensueños de las noches de guerra, con un tufo primitivo y detestable al que ya no regresaría mientras le quedase un ápice de fuerzas. Sí; algo así o

semejante animaba a Gerardo Arrate Goitia cuando se trajo a Silverio Codina para Busaña; la consecuencia, ponerlo a reavivar las propiedades de las Genís, fue inmediata.

Eso es lo que había intuido durante aquella conversación en el ayuntamiento de Busaña Cristóbal Zabala, mientras su amigo le detallaba cómo había encontrado a Codina y más o menos que le tenía dispuesto allí, que en aquel instante definió como «el hombre ducho que necesita la madre de Elisenda para poner en orden sus propiedades; veremos si sirve...».

Y tanto que sirvió, pero no a doña Tecla, no; sino a él, a Gerardo Arrate Goitia, su rescatador y dueño. En cuestión de semanas, doña Tecla disponía de un capataz para todas sus tierras, ya lo era de antes, pero don Gerardo, tras localizarlo Codina, hubo de hacer valer sus estrellas para sacarlo del castillo de San Fernando, en Figueras, donde su vida pendía de si cabía o no en el camión del amanecer; en cuanto a los empleados de la serrería, fueron acudiendo solos al caserón de la plaza de Sant Pere apenas las Genís volvieron a instalarse allí; no todos, claro, pero los suficientes para intentar abrirla; tarea distinta y mucho más ardua era rescatar a los clientes. Y quedaba la conservera; el más provechoso negocio en aquellos días de Primo de Rivera, cuando se inauguró, y durante el quinquenio posterior, cuya nave permanecía ahora cerrada, lóbrega y carcomiéndose por el salitre del puerto contiguo. Entre sus muros, milagrosamente indemnes a la aviación italiana, no como los de los Murt, que habían sufrido dos obuses devastadores o su mismo patio de carros, cuya larga marquesina se abatía por los suelos, Codina se encogía de hombros con resignación haciéndose más pequeñito de lo que ya era, en tanto don Gerardo paseaba ante sus cubas vacías y sus detenidas máquinas de envasar, intentando imaginárselas en funcionamiento y con un trasiego de obreros de acá para allá con cestas chorreantes de plateados pescados, por más que cuanto viese a su alrededor era un silencioso y hosco abandono, donde el

único atisbo de movimiento era el zigzagueo del polvo bajo el torrente de las lucernas. Pero los inconvenientes para activar aquella industria, sin barcos y con el aceite restringido, eran excesivos, casi insuperables.

—Debemos ingeniarnos algo; esto no puede permanecer así... —dijo recorriendo con una mirada incisiva toda aquella desolación.

—Por supuesto, don Gerardo; algo se nos ocurrirá...

Y Gerardo Arrate Goitia se giró con aquella severidad suya; y al clavarle los ojos, Codina supo que era él y no don Gerardo el encargado de concebir ese algo y, además, cuanto antes.

Seguramente no sucedió así, pero a don Cristóbal le gustaba imaginarse esta escena como la detonante del siguiente y ya arriesgadísimo paso que dio su amigo y donde él, empujado por su prometida, l'Amalia Sentís, comenzó a participar en los negocios de los Arrate, algo que, en mayor o menor medida, ya nunca dejaría de hacer; se trataba del más oscuro y común mercadeo de la época: el estraperlo.

Don Gerardo lo barajaba desde sus visitas a Barcelona pero no confiaba, por su condición de navarro y de requeté, en sentirse del todo impune, hasta que lo animó Codina. Es más, no podía iniciar estos furtivos cambalaches con lo habitual del momento: la harinera, porque era ya de otros, y desde las dos almazaras de la comarca, porque las administraba un camisa vieja muy bien visto por el Gobierno Civil; al extremo que sus primeros pasos por este tenebroso sendero los dio haciéndose el desentendido y, por descontado, beneficiándose con algunos chanchullos ocasionales planeados desde la capital y que se desarrollaron en las costas de Busaña. Pero, entonces, Francia se rindió a los alemanes, y a Codina se le ocurrió trasladarse a la zona de Vichy para readquirir los barcos de Busaña u otros semejantes, que en aquel momento se venderían a buen precio y, además, a husmear por allí qué podían adquirir bajo cuerda y, claro, a establecer poco a poco una red de

suministradores, como hacían los de Barcelona, pero por su ubicación, más al norte, mucho más rápida y dirigida solo por ellos. Codina no fantaseaba, porque contaba por allí con un primo segundo huido ya cuando la República por pistolero, no de la FAI, sino de los hermanos Badía, y que había hecho alguna fortuna por Marsella y ahora pensaba seguir haciéndola con o sin los alemanes encima. Se valdrían como tapadera de la envasadora para ocultar y transportar en sus pesqueros cuanto de interesante hallasen; vamos, productos finos y, sobre todo, caros; muy caros por apetecidos. En cuanto a la conservera en sí, la reducirían a un mero almacén de distribución de pescado para los mercados del interior de la provincia; algo que sería muy agradecido ante la penuria reinante, saludado encima por las autoridades de Gerona y hasta jaleado por la prensa.

—Tu abuelo y Codina andaban con el trajín del estraperlo desde Francia; me lo propusieron, pero yo... En fin, que Amalia me convenció y me convertí en contrabandista; fíjate, Agustín, ¡en contrabandista...! —Don Cristóbal lo declaró, entre negaciones, como si lo repudiase—. Nada serio, incluso te diría que necesario —se disculpó tras aquella indiscreta e inesperada proclamación de sus delitos—, porque eran productos que aquí no se podían encontrar salvo a unos precios disparatados. —Y alzó sus cejas de un golpe para enfatizar su carestía.

Claro que Agustín, desde hacía años, contaba con otra versión, la del Roc, que hasta entonces le había sonado a película de *gangsters*, y que ahora, ante aquel *mea culpa* extemporáneo de don Cristóbal, se le representaba no solo como absolutamente veraz, sino mucho más apegada a la tierra; o en este caso, al mar.

—*Totes les nits, noi, totes...*<sup>22</sup> Íbamos a la cala d'en Boira y otras veces a Ses Aigües Serrades, que era mucho

<sup>22</sup> ¡Todas las noches, muchacho, todas...!

más peligrosa por los escollos, y allá con unas barcas que teníamos amagadas, pues nos tirábamos hasta los pesqueros con una linterna para el santo y seña como en las películas y, hala, a desembarcar fardos; otras veces, era al contrario: embarcábamos de aquí aceite y cosas de la tierra, había noches que, incluso, cajas de envasados y conservas; se conoce que en Francia andaban también a dos velas con la ocupación alemana... Duró tres o cuatro años, y todo lo dirigía el Codina, pero por allí, por las calas, no se presentaba nunca; iba en su nombre l'Escorxador, un falangista tuerto que era del Maresme y tiraba a la mínima de pistola; un tipo de temer, de veras, *noi*.

—Quesos, perfumes, hasta bombillas eléctricas y chismes de capricho, como radios; cualquier cosa que faltase, y, claro, medicamentos suizos... —añadió don Cristóbal como punteando aquellos objetos en su memoria—. Tu abuelo los colocaba en Barcelona, tras regar por aquí, por Gerona, y enseguida se conquistó al mando y comenzó a mangonear en la diputación y en la caja de ahorros y en lo que se presentase, porque nadie le hacía ascos a los buenos quesos franceses, ni a la mantequilla de verdad, ni al café de Portugal, ni a una tableta de chocolate auténtico, no como aquellas de algarroba que se veían por los pueblos. Y entonces, fue cuando se quedó, con un pase de manos, con la Torre del Francés, que como había sido de la UGT, estaba ahí, a disposición del ayuntamiento, y levantó (bueno, levantamos, porque yo también puse algunos cuartos) el primer hotel, el Tritón, y donde la conservera de su suegra abrió la fábrica del hielo y, no sé si entonces o después, las primeras gasolineras (ahí, en las gasolineras, también tenía y tengo participaciones), y también creó la agencia de transportes que, por supuesto, se obtenía por concesión gubernativa... En fin, que así se fundó el imperio de los Arrate: con las influencias de tu abuelo para pasar de matute toda apetecida golosina, con una mano, y con la otra, obtener con regalos por aquí y por allá lo que se le

ocurriese a él o a Codina o lo que necesitasen para hacerlo funcionar, hasta préstamos a fondo perdido y, claro es, con la imprescindible constancia de Codina para controlar los trasiegos y para embeberse del BOE hasta la última línea buscando oportunidades crediticias y sindicales, en aquel despachito del entresuelo de la calle Mayor, encima de Novedades Infantas...

Una oficina que Agustín sabía por el Roc que primero se titulaba «Sucesoras de Eusebio Genís»; a los tres o cuatro años, «Genís y Arrate, Sociedad de Fomento Mercantil», y finalmente, «Arrate y Genís S. A.», cuando ya presentaba un bajo en La Rambla, donde don Gerardo ocupaba un despacho ampuloso y presidido por el retrato oficial del Caudillo con capote, Codina, el anterior, más funcional pero desde cuyos teléfonos y libros contables se dirigían minuciosamente todas aquellas sociedades, y en el salón de entrada, varias mesas para los oficinistas, y superado su mostrador de recepción, en un rincón y sobre una silla, un botones, que, mientras no había recados que atender en bicicleta o a patita, se empapaba de *La Vanguardia* y del *Noticiero Universal* y, sobre todo, donde ya se leía en el cartel corrido sobre su ventanal: «Arrate y Genís, Sociedad Anónima».

Lo intrincado y a la vez divertido fue cómo explicarle a Guille qué era aquello del estraperlo; si a él, a Agustín, nacido en 1978, ya le había costado entenderlo y, sobre todo, imaginarse aquella España de pura calamidad a la que pertenecía el Roc e incluso su otro abuelo de Zurgena, el Damián. A su hijo, que vino al mundo en el 2006, era como sumergirlo en un túnel ciego donde nada, absolutamente nada, presentaba alguna agarradera con este presente de consumo y tarjetas de crédito, de conexiones a una velocidad súbita y de viajes a los antípodas con una facilidad insólita, salvo, claro es, por ese personaje por quien se había mostrado tan interesado aquella tarde: el todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia. Y se sentaron ante Internet para buscar reportajes de entonces en Youtube; Guille estaba,



más que entusiasmado, pasmado con aquellos personajes que le impresionaban por su aparatosidad en los gestos y por aquel español de una retórica tan desconocida que lo suspendía entre la risa y el asombro, cuando sonó el teléfono; naturalmente, era Xènia.



## Algunos parientes cercanos

—*Què fas?*<sup>23</sup> —Era Mireia en su socorro; había concluido su guardia dominical en la farmacia y de sobra sabía que Agustín se hallaría abrumado por la soledad de su apartamentito; bien en la cocina, intentando obtusamente averiguar qué le apetecía cenar, o bien ante el televisor, transitando de canal en canal, sin sentir el menor apego por alguno. Siempre que dejaba a Guille en el portal de Travessera de les Corts le invadía aquella tristeza, porque era incapaz no tanto de soportar la separación de su hijo como el hecho irreversible del fracaso de su matrimonio.

—Pues, ya ves... —lamentó Agustín. De inmediato, carraspeó para animar su tono de voz y añadió como si fuese una noticia crucial para la ciudad entera—: Han ganado tres a uno a los de Lérida.

—Estaría contento, ¿no?

—Bueno, sí; pero ya sabes cómo es... —Y su voz volvió a deslizarse hacia un falso hastío.

—¿Quieres que me acerque aunque no me quede a dormir? —Era evidente que Mireia lo había notado más decaído que otros domingos—. Y salimos a cenar por ahí; ¡además, sin mascarilla!

—No estaría mal... Ah; ¿sabes? —su voz, de momento, cobró un timbre vivaz—, Guille me ha estado preguntando por la familia; además, muy interesado...

—Hombre, eso está muy bien; ya lo creo.

<sup>23</sup> —¿Qué haces?

—Claro que sí; ha estado toda la tarde boquiabierto con la aventura de mi abuelo, el don Gerardo; ¡ni rechistaba el tío...!

—Entonces, habrás disfrutado de sentirte padre, ¿no, chato?

—Sí, la verdad; yo creo que nunca me había prestado tanta atención y tanto tiempo seguido...

—*En dos quarts et trucaré, oi?*<sup>24</sup>

—Vale. —Y Agustín colgó.

Se abrió una lata de Voll-Damm y pensó en cambiarse de ropa e incluso en ducharse, cuando de pronto se acordó de que no había conocido la fábrica de hielo mencionada en Cala Galdana por don Cristóbal, aquella —hoy, con los frigoríficos al alcance de cualquiera— estrafalaria industria, situada en el hangar del puerto, donde antes de la guerra estuvo la envasadora de pescado y tan celebrada que los de Busaña aún llamaban así a la nave larga, imponente y cuadrangular: «la conservera de Genís»; como aún menos conoció la serrería, en La Corbera de Busaña; su memoria no se remontaba a tanto, pues cuando Agustín nació, no solo aquellas manufacturas habían desaparecido hacía lustros, sino que el turismo había dejado de ser una novedad practicada por ricos extravagantes y cortesés, para transformarse en riadas populosas que habían engrandecido a Busaña hasta la placidez, y a su padre, a gran piloto de la familia y del pueblo y hasta soterradamente de Cataluña, mientras que su abuelo, el don Gerardo, se resignaba a ser ya el antiguo alcalde; «ese que gobernó aquí sin traba alguna hasta casi las vísperas de la muerte del dictador», momento cuando adivinó el fin de su época y cedió su mando periclitado a un interino ambicioso. Esta cesión, ni mucho menos se parecía a aquella otra de mitad de los cincuenta; entonces le convino ser substituido, durante

<sup>24</sup> En media hora te llamo, ¿de acuerdo?

cuatro o cinco años, por el meapilas de Piferrer, para darle un poco de figuración a un lugareño de toda confianza e inofensivo; bastaba para calibrar el grado de la farsa con saber que quien seguía yendo a Gerona y a Barcelona a darse abrazos y a tratar con los gerifaltes era él, Gerardo Arrate Goitia, bautizado por el tío Guillem como el Todopoderoso, mote que a Agustín le asaltaba cada vez que lo recordaba bajando los tres escalones, entre las columnas jónicas, de la puerta del Cercle Industrial i Pesquer, con aquel apresto arrancado, en un último esfuerzo, a su vieja e indomable soberbia de ganador de guerra. No; esta vez, el todopoderoso don Gerardo sabía que su retirada era definitiva y la muerte de su general en jefe, meses después, durante un amanecer de noviembre, en un brumoso y lejano Madrid, no hizo más que confirmárselo. Sin embargo, tampoco le supuso más que una cesión amarga e impuesta por la vida, porque ahí estaba su hijo, dirigiendo las empresas y presto para retomar el mando de la comarca e influir en el destino de la provincia y hasta del principado, al punto que, cuando Agustín vino al mundo, a su padre, a Gerard Arrate i Genís, apenas le faltaban unos cuantos meses para convertirse en el nuevo alcalde, aunque con el aval de las urnas y bajo unas siglas incómodas para el viejo requeté, que hubiese preferido otras más propincuas a su antigua galleta negra con aquellas dos estrellas doradas de teniente. Pero su hijo no le admitió ni un reproche; es más, lo obligó a claudicar por primera vez desde que pisase Busaña. Aunque bien mirado, Gerard Arrate i Genís consiguió tan fácilmente el reticente silencio de su padre porque este ya había abdicado tres años antes cuando dimitió de la alcaldía convencido por sus amistades en Barcelona de que ya era agua pasada y que le convenía ponerse a resguardo seguro donde defender con mayor capacidad de maniobra todo lo obtenido, «porque tú, sobre eso, no te quejarás; ¿verdad, Gerardo?», le espetaron en Barcelona; y él, simplemente, les mantuvo la mirada, pero sin arrogancia; más bien con tristeza, la del vencido. Sin

duda, por eso, un trienio después, acató los argumentos de su hijo, con desagrado y refunfuñando; y lo vio integrarse, y no solo eso, sino invertir con largueza en aquellas siglas, tan de la tierra, tan «montserratinas y de sardaneta», como mordió el viejo en su despacho de La Rambla, donde ya no lo visitaba nadie salvo Margarida, la secretaria de siempre, y por obligación. Para entonces, todo el poder se había desplazado a aquella otra oficina de la primera planta del hotel Mar Brava, recóndita, como secreta, incluso con las ventanas sobre las cocheras y no sobre las piscinas y frente a la playa d'en Cabanyes, como si el nuevo señor, Gerard Arrate i Genís, no la considerase el centro de su imperio, sino una de sus guaridas, y de hecho lo era, porque disponía de otra en las nuevas y espléndidas naves alzadas sobre la antigua serrería y que desde hacía quince años o más era una fábrica de muebles con exportaciones a dos o tres continentes, o como tenía otra más en el matadero industrial que fundase su padre, el todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia, para abastecer sus hoteles y los de sus socios, o la que pronto iba a conquistar, la de alcalde de Busaña, que no se convertiría sino en otra guarida, como también lo era la casa de Agustín, cuando de improviso se presentaba una tarde.

Por esos días, hacía años que la fábrica de hielo, o la serrería o el mismo Codina eran vagas menciones que Agustín había escuchado alguna vez al Roc con aquello de «si querías trabajar para los Arrate, tenías que entenderte con el señor Codina, y si este no te recibía ahí, en su despacho de La Rambla, entonces recurrías a l'Amalia Sentís; a don Gerardo, si le pedías faena o cualquier otra cosa que no fuese del ayuntamiento, siempre te enviaba al Codina, haciéndose el desentendido de sus negocios y como si viviese solo para la política. En realidad, todos sabíamos que era una estratagema para quitarse de encima estas engorrosas peticiones...» Ah; el todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia con esas argucias de sacristán; le

parecía mentira y hasta inconjugable con la distante soberbia que se gastaba; pero ¿cuánto sabía en realidad del todopoderoso don Gerardo aparte de esas estampas atrapadas en la lejanía? ¿Cuánto sabía de los Arrate, de verdad, vivido por él mismo y en absoluto por lo escuchado al tío Guillem, al Roc y al Magí o a su misma madre...? ¿Cuánto?, se preguntaba mirando el armario sin decidirse ni cuál camisa ni cuál americana escoger, ni tan siquiera si iba o no iba a sumergirse bajo la ducha... Poco, porque en cuanto se convirtió en una neta confirmación de un chisme local, *que el fill de l'Agustina... Sí, aquesta, la d'Almeria, és de l'Arrate; només cal veure-li la cara*,<sup>25</sup> lo desterraron a Olot, donde se empeñaría en vencer su postergación, su mancha, su bastardía con un encono furioso; el mismo encono, bien mirado, que le animaba a prestar una atención desmedida cada vez que escuchaba algo de los Arrate, y a guardarlo en la memoria por saberse un poco más incluido en aquella familia que no lo aceptaría nunca. Pero él, tozudo y enrabiado, no cejó en atesorar cada comentario, cada detalle de los Arrate; en memorizarlos y en aguardar el día cuando su hermanastro Gerard, o Elisenda, o Mònica se le acercase y le dijese: «hola, sé que eres mi hermano y que te llamas Agustín; ¿quieres que nos sentemos ahí, en la cafetería, y me cuentas algo de ti...?». Una escena tan cursi, tan de serial televisivo y tan ansiada por Agustín y que jamás se produjo, por más que hubiese notado como cada uno de sus hermanastros en alguna ocasión o, quizá, en varias se le quedase mirando al haberlo reconocido; no de la manera fija y extrañada con que lo observó don Cristóbal aquella vez en el vestíbulo del hotel de Cala Galdana, en absoluto; de otra manera donde no cabía la duda, porque ellos, Gerard, Elisenda y

<sup>25</sup> que el hijo de Agustina... Sí, esta misma, la de Almería, es del Arrate; no hay más que verle la cara.

Mònica, sabían de sobra quién era; aunque Agustín atisbase la misma admiración y hasta el mismo asombro en sus caras que en la de don Cristóbal por su exacto parecido con el abuelo común, con el todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia. De modo que su dolor se acendró con mayor furia en aquellos cuantos metros que distaron siempre, como un surco infranqueable, entre él y alguno de sus hermanastros mientras se cruzaban esas miradas de reconocimiento; y le aumentó más todavía tras el fracaso de su boda, que había barajado en secreto como el remedio infalible para franquear aquella barrera. Luego; con la soledad, en el apartamentito de Sants, se le mitigó la inquina y le quedó ese amargo hastío que no le consolaba ni su hijo, porque hasta Guille se le escapaba y se integraba a cada paso, por obra de Xènia, en aquel otro lado del surco, en el mundo donde se asentaban cómodamente los Arrate, que para algo su abuelo, de quien portaban legítimamente el apellido, había ganado una guerra. ¿Y a él, mientras, qué le quedaba? Por supuesto, su idéntica estampa y su arrogancia, esa misma que le impedía ascender en la Schliemann AG, ese genuino genio de Arrate que no observaba —si alguna vez había estado tan cerca como para observarlo con el mínimo detenimiento— en su hermanastro el *conseller d'Administracions Territorials i Comarques*, y que en cambio percibía en sus hermanas, Elisenda y Mònica; o a lo mejor, estas apreciaciones eran meras figuraciones tuyas germinadas por los comentarios del tío Guillem; seguramente. Sin embargo, ahora, al borde de la ducha, no podía recordar algo donde apoyar estas cavilaciones entre lo dicho por el tío Guillem sobre ellos; en cambio, se le venían cientos de chismes e invectivas sobre sus otros tíos, los hermanos de Guillem y de su padre; aquellos otros Arrate i Genís que salieron hacía muchos años de Busaña y que se habían establecido en Barna, como él; Eusebi y Elisenda, al parecer, ambos con su misma antipática catadura de Arrate.

—Mi hermano Eusebi es imbécil; cada vez que viene por aquí tenemos bronca. ¡Qué le costaría callarse para



tres días que aparece por Busaña! Pues nada, a sacar de sus casillas a mi padre —había rumiado al desgaire su tío Guillem una vez mientras disputaban una partida de parchís; juego que le había enseñado desde muy niño y en el que se entretenían mientras su madre preparaba algo así como una cena para los tres.

La imagen de su tío Eusebi era mucho más reciente, extraída de un coloquio en TV3 o de una foto en *La Vanguardia*, y en absoluto de los días cuando exhibiese aquellos resabios beligerantes que incubó desde que comenzara, con el francés recién dominado en un colegio de verano, en Suiza, a instalarse como paseante de París, durante las sucesivas vacaciones previas a iniciar su licenciatura en Derecho, que luego acabaron siendo dos, en Económicas y en Historia, y con un doctorado en Lovaina, más un puñado de menciones distinguidas por aquí y por allá, que al tío Guillem, incapaz de concluir Bellas Artes, le producían una indisimulada envidia; bastaba escuchar cómo las enumeraba con un pérfido retintín. Es más; durante sus años universitarios, Eusebi Arrate i Genís siguió acampando a la vera de la Torre Eiffel, en la mansarda de algún amigo, mientras confraternizaba con los exiliados de allí o se enredaba con toda rubia francesa o vagabunda extranjera como él que le saliese al paso. «Todo eso me parecía muy bien y hasta las ideas de las que se empapó; lo que ya me resultaba indigesto era cómo alardeaba de ellas y la superioridad con que nos las restregaba por los morros», gruñía el tío Guillem. En fin, que Agustín supuso que la conjunción de aquellos mesianismos incendiarios, hoy del todo trasnochados, con su talante de genuino Arrate, convirtieron al Eusebi en intragable para todos en Busaña, al contrario que en Barna, donde se destapó, para enorme disgusto de don Gerardo, como uno de los eminentes y más escuchados capitostes de los «chinos».

Eso de los «chinos» —o sea, los comunistas maoístas de Bandera Roja— a Agustín le resultó incomprensible en todo

su sentido y circunstancia hasta bien entrados sus estudios de Ingeniería, cuando tuvo alguna noción de qué había sucedido en la Transición y del revoltijo de partidos y siglas que había sido la llamada izquierda catalana y también la española; porque Agustín, desde que su memoria alcanzaba, había vivido tan campante bajo el pujolismo y lo de la izquierda era cosa del PSOE y de Iniciativa per Catalunya y de algunos otros grupos disparatados y ácratas que luego, en la universidad, frecuentó escasamente porque la Ingeniería apenas le permitía parcos aunque desmenados esparcimientos; en absoluto por sus ganas, que eran muchas, pues con ellos se divertía casi tanto como con Manolito en Olot. Metido en estas pandillas de mitad idealistas y mitad peligrosos subversivos —llamados, ahora, antisistemas—, conoció a un viejo profesor de instituto; bueno, no tan viejo, de la edad de su padre, Gerard Arrate i Genís, pero desfondado por el trasiego del vicio y de las esperanzas naufragadas. Este Frederic lo ilustró, con una nostalgia que elevaba a embelesadora su charla, sobre aquel tiempo; en efecto, Agustín le escuchó mencionar casi reverencialmente al fenecido PSUC, determinar, como si se tratasen de principios ancestrales e inmarcesibles, las posturas de unos y otros ante el porvenir del país, y una madrugada que terminaron en su casa del barrio de Gracia dándole al hachís y a la ginebra, le enseñó su biblioteca, que eran las paredes completas del piso, tan atiborradas de azarosos tomos que a Agustín se le antojó un transitar entre el chiscón de un chamarilero; y, la verdad, no andaba nada desencaminado, bastaba con escuchar el cloqueo de las baldosas desencajadas o sentirse ahogado por el tufo añejo de la tinta apelmazada bajo el mucho polvo. Allí, Frederic le enseñó, para que, con las fotografías y las ilustraciones, adquiriese las imágenes ausentes en su memoria, algunas publicaciones del momento como *Triunfo*, *Por favor*, *El Viejo Topo*, *La Bicicleta* y, por supuesto, la misma *Bandera Roja*, donde Agustín encontró estampado a su tío Eusebi,

greñudo y tras unas gafas de concha negra que le pintaban un mohín adusto de seminarista riguroso y aguerrido. Supo también por Frederic que los «chinos» no eran unos cualesquiera; es más, se podría afirmar que habían constituido la escuela más aristocrática de la insubordinación antifranquista, pues la mayoría de sus integrantes había acabado ostentando cargazos políticos en los gobiernos de Pujol y hasta de Madrid, y a Agustín se le vino el nombre, mientras regulaba la temperatura de la ducha, de Solé Tura, y también de Antoni Castells o de Ferran Mascarell o de la flamígera Carmen Alborch; todos ascendieron a prohombres del socialismo, tanto daba de Cataluña o de Madrid; e incluso, y para su pasmo o su choteo, ahora se daba cuenta, al puntear la nómina que le había enumerado entonces con precisión acerada de inquisidor Frederic, de que otros «chinos» hasta se habían transmutado en ministros del Partido Popular, como Piqué o Celia Villalobos o Pilar del Castillo; en cambio, su tío Eusebi no figuraba ni entre unos ni entre otros. Y a Frederic, en su ingenuidad y en su borrachera infantilona, se le empañaban los ojos al mencionarlo; es más, lo elevaba no solo a intelectual preclaro, sino algo superior y muy escaso en estos tiempos de puro cambalache: a hombre honrado.

De sobra sospechaba ya entonces Agustín que nanay; que aunque no se lo pudiese encuadrar en ninguno de estos grupos que progresaron desahogadamente en la gran política nacional, quizá porque su obstinación y su pedantería debió de impedirselo, se había adscrito —si valiese tal verbo— al grupo de los digamos intelectuales que se dispersaron a su antojo o al que sus talentos dieron de sí, como Ramoneda o Vidal Folch o incluso Borja de Riquer o Carlos Trías, y, como estos, había escrito sus ensayos, y luego, cuando le dio por la exaltación patrioter, publicando en *Avui* asiduamente y hasta sesudos artículos de eso que llaman prospectiva, muy comentados en las tertulias radiofónicas, en *La Vanguardia* y en *El País*; y en esas, con Agustín de recién casado y de

distinguido técnico de Schliemann AG, emergió el Procés. Y Eusebi se encaramó a figura estelar del movimiento, pero desde su áulica cátedra de sabelotodo; es decir, figurando —y Agustín suponía que cobrando— en los más diversos comités, encuentros y *taules de reflexió*<sup>26</sup> para promover la inmediata independencia mientras eran indispensables sus «atinadas meditaciones» en gruesos ensayos que sufragaba la Generalitat de Artur Mas. Y ahora, desde que su sobrino era el *conseller d'Administracions Territorials i Comarques*, recibía una atención reverencial de la prensa catalana, que a Agustín solo le producía risa, al punto que durante una de sus cenas le insinuó a su tío Guillem si toda aquella aventura de su hermano como peligroso e hirsuto maoísta no habría sido una ventolera juvenil para fastidiar al todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia, porque vista su sorprendente mutación de redentor del «proletariado internacional» a guía de la emergente patria futura se le antojaba una larga y demasiado tortuosa metamorfosis.

—*Home, Agustinet, què vols que faci!* Con la de hijos que tiene y los dos divorcios coleando, más luego las novias, todas pretenciosas y, claro, caras, pues arrimarse *on sonen els calés...* Además; en la universidad, como no salga rector por una casualidad, a más no puede aspirar, así que esto de la independencia le ha venido que ni pintado; y ahora, con el sobrino de *conseller...* —creía recordar Agustín que durante aquella cena Gerard Arrate i Bussot no lo era todavía *d'Administracions Territorials i Comarques* sino de *Trànsit, Vies i Ports*—; vamos, que le ha tocado el gordo; en fin, que ya se ve de gran mangoneante... De vidas y, lo más sustancial, de haciendas; *és clar, no?*<sup>27</sup> —Y el tío Guillem lanzó una de sus estruendosas carcajadas.

<sup>26</sup> *taules de reflexió*: mesas de reflexión.

<sup>27</sup> Hombre, Agustín, ¡qué quieres que haga! [...] donde suenan los cuartos [...] está claro, ¿no?

Caso distinto era el de la segunda Elisenda de la familia: su tía Elisenda Arrate i Genís. Agustín la recordaba sin tener que recurrir a antiguas fotografías de prensa o a secuencias volanderas de la televisión autonómica como con Eusebi porque había visitado a menudo Busaña, sobre todo, desde que don Gerardo quedó viudo y casi confinado en el caserón de la plaza de Sant Pere con la vieja Roser y entre las fugaces apariciones del tío Guillem, de quien jamás se sabía cuándo llegaba y cuándo volvería a marcharse; incluso se diría que pasaba más tiempo —al menos mientras Agustín fue un párvulo y su juguete predilecto— en la casa de Agustina Cañizares, allá, en las espaldas del pueblo, abocada a la carretera comarcal que en la céntrica y ostentosa mansión familiar.

Sí; Elisenda Arrate i Genís era una presencia habitual en Busaña desde la muerte de su madre, porque se hizo cargo de las tres o cuatro asociaciones piadosas que aquella presidía y Agustín, cuando volvía de Olot por cualquier festividad sonada, no era raro que la viese saliendo o entrando del hogar parroquial o de la *Fraternitat d'orfes i vídues del mar* con los del concurso de belenes o con los del *Centre Excursionista* o con el director de la coral de habaneras o con cualquiera de los manejeros de estas asociaciones tradicionales y paraeclesiales o con los de las novedosas como los ecologistas, los yoguis espirituales de la masía de Can Mallebrera o los de la asociación protectora de animales que regían la vida festiva y otros ocios de Busaña, donde ella, como substituta de su madre, se había convertido en la munificente abeja reina, a cuenta, claro, de los capitales de la familia. Porque Elisenda, pese a que se instaló muy pronto en Barna, no lo había hecho entre aspavientos airados, como su hermano Eusebi, sino por su matrimonio con Francesc Brull i Fabregas —entonces, aún Francisco—, hijo de una de las Cuatrocientas familias que, por supuesto, había conservado su poderío tras la guerra que ganaron cómodamente desde Burgos o desde

San Sebastián. Digamos que Elisenda Arrate i Genís había cumplido su papel de *pubilla* de la casa Arrate a la perfección, tanto que abandonó sus estudios de Farmacia por imperativos de esta boda de gran prosapia y que cuando España entró en Europa y las cosas se torcieron para el vetusto patrimonio industrial de su señor marido —que sería muy bien plantado y presentable pero más bien corto de entendederas para los negocios—, echó tanto de menos. Pero ahí, en ese momento tan ofuscado para aquella familia ya con tres vástagos, intervino su hermano, Gerard Arrate i Genís, que movió los hilos precisos para colocarla en las listas convergentes y para que saliese parlamentaria —muda, por supuesto— de las Corts de la Ciudadela. Después, le convalidaron esto y aquello, se presentó —más bien poco— a algún que otro examen y obtuvo el título de boticaria y la nombraron jefa de una dirección general del ramo en el Departament de Salut, mientras su marido tuvo la bondad de estamparse contra un árbol a una velocidad tan excesiva que los bomberos debieron descerrajar la chatarra del coche para recuperar algo que meter en el ataúd. En efecto, fue una bendición el fallecimiento de Francesc, pues apenas convivía ya con Elisenda; más bien, pasaba los días en su *garçonnière* atormentado por su ruina repentina y con alguna de sus amantes, siempre ocasionales y siempre de las tablas, que es género presumido, caprichoso y, en suma, caro, ante lo que, por su mengua de capitales, Francesc se había visto impelido a descender en sus apetencias, y últimamente andaba con actrices de muy cortas facultades artísticas y menos belleza; en fin, señoritas muy descaradas y muy poco exhibibles y, claro, con una alta propensión a armar un escándalo mayúsculo; por lo que, definitivamente, fue una bendición que Francesc abandonase este mundo justo antes. Elisenda, por su lado, tampoco mantenía el tálamo nupcial impoluto, sino que llenaba sus horas de esparcimiento entre los brazos de un primo segundo del

Francesc, Prudenci Amigó i Brull, también de muy buena planta y mejor posición en la aseguradora Winterthur, divorciado y secreto aspirante desde siempre a Elisenda; algo que dejaba perplejo al tío Guillem.

—Yo nunca he sabido qué le han visto tipos tan guapos a mi hermana Elisenda... Si hubiese sido a Mònica, lo entendería; pero Elisenda; ¿no te parece, Agustinet, que es un poco caballuna?

Por descontado que Elisenda Arrate i Genís era una mujerona, de más envergadura que sus hermanos mayores, Gerard y Eusebi, y con una prestancia de enérgica gobernanta de uno de los hoteles de la familia que, por ejemplo, ni de lejos presentaba la madre de Agustín, un tanto lánguida y como ensimismada en su proceder; Elisenda, sin embargo, tenía, tras aquellos ademanes severos y apabulladores, una mirada cautelosa, se diría que taimada y escurridiza, como disimulando la debilidad de su ánimo; y en lo físico, no mostraba el menor rasgo de Arrate o de Genís —según el tío Guillem se parecía a algunos Arrates de allá, de Elizondo, de los que todavía llevaban chapela—; claro que pudiera suceder que los primos Brull se sintiesen atraídos por las mujeres de rotundas caderas y ostentosos senos, o quizá por alguna otra virtud peculiar que solo ellos, primero, Francesc y, luego, Prudenci, atisbaron y que al tío Guillem le había pasado inadvertida.

El caso es que, cuando don Jordi Pujol i Soley se despidió de su inmemorial presidencia, Elisenda dejó la dirección general y se colocó de gran organizadora en una fundación para el abastecimiento solidario de fármacos a los países necesitados, sustentada con postulaciones entre las fortunas más destacadas del principado y con una nada desdeñable subvención de la Generalitat a tan encomiable proyecto y, claro, se vio obligada a participar en el Pro-cés; eso sí, y por consejo de su hermano Gerard, de mera animadora, «nada de acalorarse y de andar haciendo declaraciones que esto no tiene visos de prosperar... No

*facis com l'Eusebi; tu, maca, fica't només aquí, a veure en què acaba la tasca*.<sup>28</sup> Eso, claro, según deducciones del tío Guillem; seguramente, nada erradas, porque, ¿quién mejor que Guillem conocía los entresijos de los Arrate?

Y llegado a este punto, Agustín, mientras se ponía la camisa elegida, volvía a repetirse cuanto se había dicho tantas veces: que los Arrate, pingües usufructuarios de aquella guerra lejana, ahora se estaban injertando con Eusebi y con Elisenda y, desde luego, con el nuevo *conseller d'Administracions Territorials i Comarques* en el Procés para no perderle el pulso al devenir y, sobre todo, al manejo del principado, sucediese lo que sucediese. Una deducción que cuando la concluyó por primera vez, estando aún casado con Xènia, le había ido alejando de su cotidiano apego a Cataluña. Y como consecuencia, fue desechando de su habla las expresiones en la *llengua*,<sup>29</sup> y desterrando hasta aquellos nombres admitidos, con una sonora petulancia, por la prensa de Madrid, como Lleida o Girona, para recuperar los propios del español. Naturalmente; era su manera, muy particular, de oponerse a los Arrate y a sus afectuosos y, en cuanto se descuidasen, servidores, los «indepes». Ahora bien, este proceder Agustín no lo mostraba en público, donde se manifestaba como *un altre barceloní més*;<sup>30</sup> pero lo notaron a su debido tiempo, aunque ni siquiera se lo reprochasen —bueno, alguna escocedora broma ya se tragó— sus amigos, Sergi, Julio o el Domènec y, desde luego, Mireia, que como hija de muchas y menestrales generaciones de *anoiencs*<sup>31</sup> no tenía ancestros de los que renegar y, desde su Erasmus,

<sup>28</sup> No hagas como Eusebio; tú, mona, métete allí, a ver cómo acaba el asunto.

<sup>29</sup> *llengua*: lengua, referido, claro, al catalán.

<sup>30</sup> otro barcelonés más.

<sup>31</sup> *anoienc*: anoiense, gentilicio de la comarca de Noia o Anoià, cuya capital es Igualada.



andaba sobrada de patrias para que le rescatasen otra del «baúl de los recuerdos». No obstante; en un primer momento simpatizó con el Procés, porque su *colla de sempre*<sup>32</sup> se sentía concernida y hasta le parecieron justas las peticiones de Artur Mas y le divirtió mucho aquel chusco plebiscito con las urnas de cartón; pero estos juicios se le fueron agriando poco a poco hasta acabar indignada —o quizá, indignada sería poco decir— por causa de su cuñada y de su hermano. Marta Romero, su cuñada, era una maestra que habían elevado los de Esquerra a directora de uno de los colegios de Collbató, y donde hacía y deshacía a sus anchas, cuando no metía las narices en el otro con enorme autoridad y mayor acatamiento. Por descontado; Marta era una furibunda propagandista de la causa que hasta había participado en el segundo *aplec*<sup>33</sup> de los CDR, en Igualada; no a voz en grito, no; sino con envenenadas pullas que sacaban de quicio al más templado. En cuanto a su hermano, Pau, carecía del temperamento independiente y hasta cierto punto arisco de Mireia y, claro, en un principio se dejó llevar por la cantinela de su mujer, por más profesor de Historia de un instituto en Igualada que fuese —o quizá, por eso mismo—, para luego integrarse en el independentismo de una forma silenciosa pero pétrea e irreductible y, claro, los domingos que comían todos en la igualadina casa de don Esteve, prejubilado del Popular y padre de Mireia y de Pau, el asunto, al principio, fue recurrente; pasadas unas semanas, ya había acaparado de cabo a rabo toda la reunión, y, transcurridos unos meses si no fue algún que otro año, Mireia, saturada, acababa comida tras comida prendiendo, con alguna invectiva arrabalera, una bronca monumental; porque a Mireia, por su carácter escurridizo y relapso a cualquier compromiso, le repelía instintivamente aquella presión patrioterica de tan-

<sup>32</sup> pandilla de siempre.

<sup>33</sup> *aplec*: reunión, convocatoria y hasta *meeting*.

ta *senyera* <sup>34</sup> en los balcones, de tanto debate televisivo y no digamos cuando se propagaron los lazos amarillos identificativos, «*com si fóssim els jueus a l'Edat Mitjana; no fotis, noi!*»,<sup>35</sup> y el colmo de todo este atosigamiento —porque para Mireia no era más que eso; una inmensa embriaguez (bueno, ella lo llamaba «calentón»)— ya era que en la propia casa de su padre, aunque sibilinamente, la pusiesen en el brete de elegir entre ser una catalana *de debò* o una despreciable *botiflera*.<sup>36</sup> Por supuesto, aquel encendido enojo se le tornaba en pálida y ciega ira cuando Mireia repasaba en silencio la catadura moral y profesional de quienes promovían, desde los despachos del poder, el Procés, porque ella, sí, ella, levantaba todos los días la persiana de su farmacia en L'Hospitalet, «para vivir bien, por supuesto, por más que le joda a la envidiosa de mi cuñada, pero también por mis vecinos y por contribuir a la marcha de Cataluña, *i aquests païos, què han fet sinó viure de la discòrdia? A veure, a mi que m'expliquin què han fet pel país?... Només, donar per cul*».<sup>37</sup>

De este jaez tan deslenguado se sublevaba en cuanto una de las muy «cívicas» manifestaciones de los CDR o semejantes la dejaba presa en su *Golf* durante unas horas desquiciantes en mitad de cualquier autovía o de la Diagonal, o cuando tenía que abonar algo al ayuntamiento, y ya no digamos cuando rellenaba su declaración de Hacienda, a la que también metía en el mismo saco por «consentidora y pagana» de aquella fiesta; lo que regocijaba

<sup>34</sup> *senyera*: literalmente bandera; referido a la de Cataluña, evidentemente.

<sup>35</sup> ;como si fuésemos los judíos en la Edad Media; no me jodas, chaval!

<sup>36</sup> *botifler*: partidario de los Borbones durante la guerra de sucesión del s. XVIII; modernamente, españolista.

<sup>37</sup> y estos tipos, ¿qué han hecho sino vivir de la discordia? A ver, a mí que me cuenten; ¿qué han hecho por el país?... Dar por culo, nada más.

en silencio a Agustín, sentado en el asiento del copiloto y encendiéndole un Camel, por aquello de que los cigarrillos sirven para sosegar los nervios. Y si escuchar los improperios de Mireia le dibujaba una liviana sonrisa, mucho más le divertía compararla con la otra boticaria más cercana a su biografía: Elisenda Arrate i Genís. Siendo ambas más bien altas, Elisenda era de gesto solemne y autoritario; el de Mireia, grácil, escurridizo como su caminar o como la forma de estar a su lado, inquieta y llena de ires y venires; en cambio, su tía, mucho empaque en la distancia, mientras, en la cercanía, su mirada se escabullía por la indecisión que, eso sí, sabía muy bien disimular con ambigüedades muy estudiadas y oportunas al responder a cualquier petición inesperada. Por el contrario; Mireia, desde el primer día, cuando la abordó en la Sala Apolo de la antigua calle Conde de Asalto por una broma del Domènec, siempre le miraba a él o a cualquier otro con un descaro despectivo, como si su presencia la estorbase para contemplar a gusto el horizonte, y su verbo, por lo general, era parco, conciso y determinante; es más, solo se volvía locuaz —incluso atropelladamente— cuando algo la incomodaba como, aparte del independentismo, el fútbol. Sorprendentemente, era la única catalana que Agustín conocía a la que le traía, con toda sinceridad, al paio si el Barça se iba a segunda o Messi al París Saint-Germain, y todo porque uno de sus primeros novios, de aquellos cuando todavía era capaz de ensoñar un porvenir común con casita de papel incluida, cada vez que había partido del Barça, la convertía, si no en un forzoso engorro, en la camarera de una pandilla de irracionales vociferando y dando botes sobre un sofá; algo absolutamente nuevo e inconcebible para Mireia, porque su hermano había sido baloncestista y seguidor de la *Penya*, y miraba los partidos por el televisor con un entusiasmo atemperado que rara vez se alteraba con algo más violento que alzar ambos brazos ante una magnífica canasta, y su padre, por su parte,

había sido jugador, y bastante bueno, del Igualada Hoquei Club, y por más gritos de ánimo que la niña Mireia le lanzase desde la grada, nunca su fervor filial llegó a aquel desfachitado y seborriente espectáculo de los futboleros, acumulando latas de cerveza, tirándose palomitas o papas fritas unos a otros y repitiendo gestos aprendidos en la última peli americana de pandilleros, y cuando rompió con aquel tipo —por otro lado, un muy buen muchacho— Mireia tenía una idea bastante repelente de los futboleros y tanto le daba que fueran del Barça o del Celta de Vigo; para ella, todos eran futboleros; o sea, primos hermanos de los orangutanes. Pero como quiera que Agustín se había desinteresado por el fútbol o por cualquier otro deporte en cuanto la Schliemann AG comenzó a exigirle por una parte, y Xènia, por la otra, Mireia no encontró por ahí la menor incomodidad; más bien, cuando se tropezaban en un bar con la emisión de un partido y con toda la parroquia embobada contra la pantalla, Mireia miraba de reojo su indiferencia y lo consideraba *un home com cal*,<sup>38</sup> o más ajustadamente sería decir: un hombre para mí sola. Agustín, naturalmente, lo adivinaba y se sonreía para sus adentros... Y sonó el timbre; Agustín le estaba dando un repaso a los zapatos, sentado sobre un extremo de la cama y pensó que, sin duda, era Mireia que acababa de aparcar.

<sup>38</sup> un hombre como debe de ser.

## Personajes de un tiempo

Estaba a punto de sucumbir en aquel abismo cuando, atemorizado, fue consciente de que soñaba y, de un sobresalto, despertó. De inmediato y casi incorporado, se supo en el ático de Mireia, allá, en la Villa Olímpica. Agustín, pese al pánico, se sentía sugestionado por cuanto había experimentado durante la pesadilla y quiso recuperar su descoyuntado relato a través de eso que llaman las alucinaciones hipnopómpicas o, dicho de otro modo, las últimas imágenes del sueño... Desde luego, se hallaba en la conservera de Genís, vacía y frente a un tipo sentado tras una mesa vieja y necesitada de barniz, de mucho barniz, donde aquel sujeto, enfundado en un traje gris ratón y arrugado, y con una corbata negra y miserable, anotaba sin cesar en uno de esos altos y entelados libros de contabilidad. Era Codina, qué duda le cabía, y sin embargo presentaba los rasgos de Everett Sloane en *Ciudadano Kane*; pero era Codina con unos quevedos de pinza en la punta de su nariz ganchuda, y debía traerle un cestón rebosado de unos gruesos y largos pescados chorreantes y estallantemente plateados; la única banasta que había en toda la vacuidad desmantelada del hangar, allá, contra su muro sucio, y al agacharse para cogerla, se abrió la fosa con un mar embravecido donde se precipitaba cuando, preso del pánico, se descubrió soñando y... ¡Despertó! Pero... ¿Y antes?

Antes había tenido una aventura plácida y soleada. Iba en un descapotable, como un MG de esos bajos y de dos portezuelas que exhiben los coleccionistas por los encopetados lugares de veraneo para presumir, y conducía

acompañado del Domènec; reían y entraban en un Busaña contrahecho, el mismo Busaña que se le repetía en todos los sueños, con el ayuntamiento y su balconada sojuzgando un breve Carrer Major ante la plaza de Sant Pere, y luego, tras un arco, que estaba en el Trinquet Vell y no allí, como imponía este nuevo Busaña onírico, La Rambla, que moría en un vallado con frondosas higueras, la fonda de la Lluïsa. No entraron a comer como tenían decidido o parecía que tenían decidido, simplemente descendieron del coche y él giró en solitario, porque el Domènec había desaparecido súbitamente y hasta el coche y la fonda, y allí estaba el puerto, donde no debía de estar salvo en su sueño y, dominándolo, la nave imponente y solitaria frente a tres arrastreras, que se mecían en el muelle. Entró y se encontró a Everett Sloane sentado tras aquella mesa ajada y anotando en un libro de mayor con una estilográfica de carey parduzco; pero no era Everett Sloane, sino Codina, al que jamás había visto. Luego, las merluzas o lo que fueran aquellos enormes y destellantemente plateados peces, el abismo y allí estaba: orinando a oscuras en el *water* de Mireia. Ella dormía y, ahora, al salir del baño y gracias al resplandor de la calle, Agustín podía distinguir su pie escapado del revoltijo de sábanas. Fue hacia el salón; junio, en Barcelona, comienza a ser calenturiento y muy húmedo; corrió la vidriera y pisó la terraza. A su frente, presentía, entre algún coche pasajero, el mar; inmenso, inmutable y aquella noche con un oleaje manso, de pequeños y dispersos rizos blancos, y le llegó cuanto buscaba: su aliviadora ventolina. Le apeteció un cigarrillo, volvió la vista sobre la cerrada oscuridad del salón; Mireia había dejado el paquete en mitad de la mesa; retrocedió, escuchó el sonido plúmbeo de sus pisadas desnudas contra el suelo; en efecto, allí estaba la cajetilla y hasta el mechero. Al prenderlo, se le desveló la frase que palpitaba tras aquel sueño:

—Ni te imaginas cuánto le debemos tu abuelo y yo al tal Codina... —le había dicho don Cristóbal aquel atardecer en Cala Galdana.

—Entonces lo dirigía todo; tu padre todavía andaba estudiando por esos mundos y solo se le veía por aquí en verano —había comentado una vez Lolica, precisamente comiendo en la fonda de la Lluïsa bajo esas mismas higueras que habían aparecido en su sueño; sería pues domingo y algo nuboso—; no era como ahora, quiero decir que no había echado esa tripilla y la cara no se le había redondeado, la tenía más huesuda como tú y como el don Gerardo. Tu padre entonces era más bien escuchimizado; poquilla cosa, vamos... Tú no lo conocías aún —se dirigió a su madre—; ¡pero cómo ibas a conocerlo, hija mía, si aún estabas en Zurgena y ni noción de esto...! Yo llegué aquí por un cura de Barcelona, me mandó con una carta el de allá, el don Leandro aquel; ¿te acuerdas, Agustina, del don Leandro? —volvió a dirigirse a su madre, que asintió mientras perdía la mirada por el horizonte. A lo lejos, tras los bancales de nísperos, se distinguía la línea plomiza del mar; debía de ser otoño; un domingo de otoño; luego, estaban celebrando su cumpleaños. Y Lolica prosiguió con su angustiador periplo de huérfana en busca de la manduca por Barcelona o por Santa Coloma, que esto nunca le quedó claro. El caso es que aquel otro cura, el amigo del don Leandro, la envió para acá, para Busaña, donde el párroco era pariente; y el *mossèn* de aquí, apenas leyó la carta de recomendación, la miró por encima de sus gafas y le ordenó:

—Siéntate y espera.

Lolica se quedó sola y con su hatillo, su maleta de cartón y su pobretón abrigo de entretiem po en el vestíbulo de la casa parroquial. El cura había desaparecido tras la puerta de su despacho; sobre el marco se leía: «Ave María Regina», que ella deletreó porque nunca fue capaz de leer nada sino bisbiseándolo lentamente. Era la viva estampa del desamparo, joven, pero sin lozanía; lacia, afligida por la miseria y con el rostro labrado por el hambre y los resoles. Sus pupilas, alarmadas como las de las bestezuelas, no mostraban el menor destello de jovialidad mientras recorrían la estancia austera,

amarillenta y con solo el banco y aquel lema de escayola sobre la puerta del despacho del cura. Al poco apareció, y con un gesto carente de toda cordialidad le dijo que lo acompañase. Así fue, a dos pasos, tras aquel *mossèn* alto, seco y pelón, cómo atravesó, observadora de toda novedad, por primera vez Busaña hasta llegar a unas largas oficinas de La Rambla, bajo un cartel de vidrio negro donde se leía en una dorada tipografía inglesa: «Arrate y Genís, Sociedad Anónima».

El cura atravesó con toda naturalidad el mostrador y las mesas de los oficinistas mientras Lolica se quedaba en pie y asombrada ante aquella amplitud con sus cuatro mesas y sus correspondientes servidores circunspectos y encorbatados, tecleando sobre las máquinas de escribir o punteando papeles con suma atención. Se le antojó un lugar muy importante, donde se tomaban grandes decisiones, porque ella, en Zurgena, solo encontraba algo parecido en el ayuntamiento o en correos, y ambos eran unos cuchitriles desvalidos en comparación con la limpieza y la laboriosidad que se respiraba allí. Mientras, el cura se había introducido por una de las puertas del corredor que se abría al fondo de aquel salón y pegado a su muro. De pronto se asomó y con un ademán le volvió a ordenar:

—Venga usted, Dolores.

Lolica, amedrentada, fue hasta allí y, al atravesar la puerta, se encontró, tras un imponente escritorio, al señor Codina; a ese que Agustín encarnaba en Everett Sloane porque jamás había visto ni tan siquiera una imagen suya y, seguramente, porque *Ciudadano Kane* se le había quedado muy grabada en la memoria y Sloane interpretaba allí a una especie de Codina; claro que considerado así, su sueño también podría haber escogido el físico de Ben Kingsley de *La lista de Schindler*, pero su subconsciente debió optar por el de Sloane porque pertenecía a una imagería tan antigua como se le figuraba a Agustín todo aquel tiempo cuando su abuelo, el todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia, gobernaba sin traba sobre Busaña.



Y así fue como Lolica entró a trabajar en las cocinas del Tritón; si cumplía con lo exigido por la casa, pasaría al nuevo y consideradísimo Mar Brava, que ya se alzaba soberbio al otro extremo de la playa d'en Cabanyes, casi como abrazándola. Su mole semicircular, entonces, se imponía sin competencia alguna a su alrededor; aún hoy, sigue siendo el edificio más eminente que se divisa desde el mar cuando cualquiera se aproxima en barco a Busaña; sin embargo, con los nuevos y más sensatos pareceres, el Mar Brava se delata como un postizo despótico que, salvo con alguno de los bloques del Passeig Marítim, en el lado opuesto de la playa, no encuentra parangón en todo Busaña; es más, insulta la cala y oculta el pueblo y a su campanario, que, aunque un tanto romo por su robustez poligonal, luce el venerable encanto que otorgan los siglos a las piedras. Pero entonces se gastaban otros pareceres y el Mar Brava levantaba admiraciones entre los paisanos y las fuerzas vivas, como dos o tres años después, también las levantaron, durante su inauguración con obispo incluido, las naves de la fábrica de muebles en La Corbera de Busaña, o como, por supuesto, las suscitó la *boîte*, que fue aumentando escalonadamente sobre la colina, a espaldas del Mar Brava, según fueron exigiendo las crecientes masas veraniegas hasta convertirse en la discoteca más amplia de la provincia, con sus seis o siete barras, sus dos piscinas y sus curiosas terrazas, que aun superpuestas, exhiben el atractivo de estar voladas sobre el pequeño y escollado acantilado. Todo esto, más la cadena de supermercados que luego vendieron a Carrefour, era cuanto se mostraba de inmediato del imperio de los Arrate, pero había más, mucho más...

—Y conforme iban abriendo otros hoteles, más abajo, más cerca de Barcelona y aún más allá, ofrecían puestos a los que habían enseñado aquí; en una de esas, cuando me enteré de que iban a quedar plazas libres, avisé a tu madre. Ni te cuento que primero hablé del caso con el director

de entonces, un tipo muy estirado que había trabajado en Londres, el señor Gomáriz; ¿tú te acuerdas, verdad, del Gomáriz aquel? —le preguntó de improviso a su madre, para esperar, claro, el asentimiento que obtuvo—. ... Pues, verás, Agustín, como no me fiaba de él porque era muy ladino, de esos muy finos y con mucha trastienda, me acerqué a ver al señor Codina, que me dijo lo de siempre: que lo tendría en cuenta, y ya ves si lo tuvo en cuenta, y mi Agustínilla encontró un sitio decente donde ganarse la vida; ¡eh, reina!

Y aunque su madre sonriera con afecto a su prima, había en sus labios una ambigüedad mortecina que desmentía toda la euforia con que Lolica había celebrado imprudentemente sus últimas frases, porque, desde luego, no podía tildarse de demasiado decente eso de convertirse en la querida predilecta del jefe y, encima, parirle un hijo bastardo, que a su debido tiempo —es decir, cuando presentaba los perfectos rasgos del gran patriarca— se precipitaron en internarlo en Olot y, luego, en enviarlo a uno de sus hoteles, aquel que alzaron sobre finales de los setenta en Menorca; es más, Agustín se decía a veces que no lo mandaron a Túnez o, qué sé yo, a Grecia, porque los Arrate carecían allí de establecimientos. Y Agustín arrojó con hastío el cigarrillo desde el pretil y vio cómo su brasa brillantemente anaranjada daba vueltas y vueltas por el vacío hasta desaparecer contra el asfalto; entonces decidió volver a la cama y abrazarse muy fuerte a Mireia. Sabía de sobra que ella se desasiría bruscamente. Mireia, incluso dormida, defendía celosamente su independencia, y a Agustín, tras comprobar tantas veces aquella forma de sacudirse su abrazo, había acabado no solo admitiéndola, sino admirándola. Sí; Agustín adoraba aquel repunte indómito de Mireia; pero he aquí que, mientras se metía en la cama, recordó que el Roc le había dicho una vez, cuando echaba el pienso a las gallinas:

—El Codina aquel mandaba mucho; incluso con el *mossèn*; no te digo más que siempre se sentaba en los

primeros bancos de la iglesia y, a veces, se pasaba la tarde rezando allí, claro que cualquiera con un pasado como el suyo no haría lo mismo; *oi que si?* —le pidió confirmación al Magí que estaba metiendo puñados de alfalfa a los conejos.

—*I tant.*<sup>39</sup>

—Entonces más valía hacer buena letra y, sobre todo, no significarse en nada; y este pobre, pues... Más. Claro que luego lo pagábamos el resto, porque el tío era de temer, solo que las mataba a la chita callando; *tan petitet com era!*

—*Per això, Roc, per això...* —cabeceaba asensos el Magí.

—*Ah, i la dona; Magí, tu te'n recordes de la seva dona?*

—*I tant que me'n recordó.*<sup>40</sup>

—Se la trajo a los tres o cuatro años de Barcelona; era una rubia muy flamenca. —Y el Roc dibujó un escorzo elocuentísimo con la mano.

—Decían que allá se dedicaba al arte taurino —añadió con un guiño el Magí.

—Sí; eso decían, pero vete tú a averiguar, porque la gente es muy mal pensada y además le da por hablar de lo que no sabe. El caso es que en poco tiempo; vaya, en dos o tres años, se refinó, se quitó los escotes y los vestidos ceñidos, y ya se arreglaba de lo más señorona, y solo quería presumir al lado de l'Amalia Sentís y de doña Elisenda, tu abuela. Yo creo que estas no la tragaban pero transigían porque el Codina apechugaba con sus negocios y convenía tener la fiesta en paz. Solo que, pobre, tuvieron un hijo mongólico y aquellos aires de marquesa que se daba se le bajaron; al Codina, no, al Codina, hasta que les

<sup>39</sup> [...] ¿no estoy en lo cierto? —[...]

—Y tanto que lo estás.

<sup>40</sup> [...] ¡tan chiquitillo como era!

—Por eso, Roc, por eso... [...]

—Ah, y la mujer; Magí, ¿tú no te acuerdas de su mujer?

—Claro que me acuerdo.

nació la hija, que esta ya les salió normal, le creció la mala leche. Sí, porque el Codina tenía muy mala leche, pero no se le notaba ni cuando te hablaba, siempre tan... *Com es diu, cony!*<sup>41</sup>

—Apocado —le apuntó el Magí.

—Eso: apocado. No como el hermano de ella, el Valentí Piñol; ¡menuda firma! Nada más llegar se hizo amigo de l'Escorxador...

—*Quina parella, Déu meu!*<sup>42</sup>

—Suya dicen que fue la idea de levantar la sala de fiestas sobre el Turó Sa Romana; la discoteca de ahora. Entonces, era una cosa impresionante, con orquestas y cantantes famosos; no te digo más, *noi*, que trajeron a l'Antonio Machín y al Bonet de San Pedro...

—¡Toma! —Y esta vez, el Magí añadió con verdadero entusiasmo sacudiendo un ramillete de alfalfa—: Y al Peret y al Nino Bravo y a la Massiel...

—Eso fue después, *home*; al principio, cuando en la playa d'en Cabanyes solo estaba el hotel Tritón, que había puesto tu abuelo sobre la Torre del Francés, y los extranjeros no tenían más diversión que ir al café de Sorribes, en el puerto o a la terraza del Cercle, porque con ellos hacían la vista gorda por orden de tu abuelo y se podían sentar aunque no fuesen socios, llegó el tal Valentí Piñol y miró para acá y para allá, y no se le ocurrió más que montar una sala de fiestas como en las capitales. Claro, hubo que subirla allá, al Turó Sa Romana, donde no molestase por las noches y, por supuesto, donde no escandalizase al *mossèn*. Tu abuelo, con un pase de manos, se hizo con los terrenos del propio ayuntamiento, y en un visto y un escuchado levantaron las tapias, le pusieron un escenario y le hicieron un camino y, encima, al año siguiente o al

<sup>41</sup> ¡Cómo se dice, coño!

<sup>42</sup> ¡Qué pareja, Dios mío!

otro, le echaron una capa de asfalto, que aquello fue muy comentado, porque había calles en el pueblo aún de tierra y sin alcantarillar.

—Sí; sí que fue comentado aquello; y tanto, como que la llamaban por lo bajo *l'avinguda Arrate*... —reafirmó cabeceante el Magí.

—*Itant que li deien l'avinguda Arrate; encara en queden alguns que en diuen així, pocs, però encara queden...*<sup>43</sup> —El Roc cerró el saco del pienso con su palita dentro y lo metió en un arcón, y cuando dejó caer su tapa, se volvió hacia el niño Agustín y prosiguió—: El caso es que abrieron aquella sala de fiestas; ¡y oye, venían hasta de Cadaqués y de Lloret!, y *l'avinguda Arrate* se llenaba de coches aparcados; ¡aquello era lo nunca visto! Este y yo —añadió señalando al Magí—, nos subíamos a una peña que había más arriba y veíamos desde allí a las señoritas bailar, que, oye, era como en las películas: había extranjeros que iban hasta con pajarita, y las señoritas, ni te cuento: con unos vestidos como de *satín* y escotados que por aquí no se veían sino en el carnaval del Cercle Industrial i Pesquer, y porque era el Cercle y una vez al año, y allí, todas las noches; ¿o acaso miento? —le preguntó al Magí que le miraba con una sonrisa guasona.

—No; no mientes, Roc.

—Bueno; mientras el tal Valentí Piñol iba a todas partes con l'Escorxador y, claro, aquello no podía acabar bien, porque a ninguno se le conocía ocupación, salvo en verano cuando abrían la sala de fiestas, que luego llamaron *boîte* La Romana y hasta pusieron carteles en la carretera para que la gente llegase directamente sin pisar el pueblo... En fin, que aquella pareja de desocupados no podía traer nada bueno.

<sup>43</sup> la avenida Arrate... [...]

—Y tanto que le llamaban la avenida Arrate; todavía quedan algunos que la llaman así, pocos, pero todavía quedan.

—*Home*, Roc, desocupados, no; andaban de acá para allá haciéndole recados al Codina; vaya, bajando a Barcelona o subiendo a Girona...

—Y dándoselas de chuletas y mirando a todo el mundo por encima del hombro, con eso de que l'Escorxador llevaba pistola y se habían agenciado un haiga a medias. Y en cuanto a los recados, debían de ser... Ya sabes... Total; que al final lo pagó el Codina.

—*Que els calés són molt llaminers*, Roc<sup>44</sup> —sentenció el Magí.

Agustín revivía aquella conversación con los ojos todavía de entonces: embobados ante aquella pareja, en aquel corralón del que no recordaba ni el fuerte hedor de los animales y de sus inmundicias; al contrario, se le venía como era corriente que el Roc, que era como su abuelo o más, siempre le preparaba un bocadillo mientras el niño le protestaba con que su madre le había ordenado que no le aceptase sino un vaso de agua; «porque este señor es casi tan pobre como nosotros». Por supuesto, esto último, el niño Agustín se lo callaba.

—*Aigua, no! Un entrepa encara que sigui petitet; eh, noi, petitet... Que cal que creixis.*<sup>45</sup>

Y el niño Agustín andaba con aquel piquito de pan con su companaje de *fuet* o de *llonganissa* detrás de aquel viejo, alto, canoso y de una delgadez musculosa y curtida, observando absorto cómo cambiaba a los animales de jaula o los tomaba y los miraba y remiraba a ver si alguno le había enfermado, «porque eso sería lo peor —le decía con los ojos exaltados—; entonces se fastidiarían todos». Ahora, tendido sobre la cama, le producía risa lo de «se fastidiarían todos» que el Roc pronunciaba con toda pulcritud ante el

<sup>44</sup> Que el dinero es muy goloso, Roc.

<sup>45</sup> ¡Agua, no! Un bocadillo aunque sea pequeño: eh, niño, pequeñito... ¡Que debes crecer!

niño para eludir la expresión que le era habitual y que se le escapaba cuando estaba en su salsa porque había venido el Magí: que «se joderían todos», pero en catalán, claro, y con un aspaviento alarmado que abarcaba a toda aquella fauna gastronómica.

—Cuando mi hermano se hizo cargo de la dirección, se destapó el pufo, y a Codina, mi padre lo largó. No lo llevó a juicio y, después, a la trena, porque no le convenía —le había contado el tío Guillem hacía apenas unos años, cuando le preguntó por el tal Codina.

En efecto, la sociedad del Valentí y l'Escorxador no podía traer nada bueno para nadie y menos para un personaje como Codina, humillado por la historia, azuzado continuamente por una mujer ambiciosa y en deuda con un hombre altivo, cuya simple y casi cotidiana mirada le recordaba cuánto le debía. Al parecer, los tres lustros que rigió la *boîte* La Romana, el Valentí Piñol había sisado de aquí y de allá, *motu proprio* o inspirado por l'Escorxador, su sombra y mano dura cuando se precisaba. Durante un tiempo, aquello no despertó las suspicacias de nadie porque la sala de fiestas, llevada con gracia y acierto por aquella pareja, rendía semejantes beneficios que tanto Codina como don Gerardo Arrate Goitia, si sospecharon en más de una ocasión que estos dos desahogados les trincaban bajo manga, no les merecía la pena ponerse puntillosos. Sí; debieron suponerlo y con toda certeza porque tanto el Valentí como l'Escorxador llevaban un tren de vida muy superior a sus sueldos, que tanto Codina como don Gerardo conocían al milímetro. Válganos saber que, cuando desde el Turó Sa Romana hasta el actual Passeig Marítim, «comenzó la carrera por construirse las primeras torres al borde de la playa d'en Cabanyes, entonces tendría yo ocho o nueve años, estos dos se levantaron las suyas, una vecina de la otra, claro, y además se casaron con dos charneguitas; perdona, Agustín, pero no se me ocurre cómo decirlo de otra forma, porque eran dos empleadas del Tritón, llegadas aquí con más hambre que Carpanta, a las

que seguramente les llenaron los ojos de fantasías y las muy pavas o quién sabe si muy lagartas, vete tú ahora a averiguar quiénes fueron los o las engañadas en aquellas bodas —le contó con amargura su tío Guillem—, se lo creyeron todo y hasta se enamorarían... Es más; estoy casi convencido de que fue por esa misma época, por principios de los sesenta, cuando se camelaron también al Codina y lo introdujeron en sus trapicheos, y este, dominados los trucos y observando que mi padre ni sospechaba, poco a poco, amplió sus hurtos a todas las sociedades; solo que, al contrario de esta pareja, Codina no hacía la menor ostentación; la verdad, tampoco la necesitaba, mi padre le pagaba con largueza y, de cuando en cuando, le regalaba participaciones en las sociedades, lo que en el fondo, como comprenderás, no era sino para aumentar el celo de Codina por los negocios de la familia... En fin, que Codina tenía un muy buen piso en La Rambla, que luego vendió y se construyó otro de aquellos chalets (por cierto, el más grande; luego fue de mi hermano, el Gerard, y hoy lo tiene mi sobrino, el *conseller*) antes de que ver la playa desde el porche fuese una mera fantasía; en cuanto a su hijo, al subnormal, ya lo tenía ingresado en una institución de Barcelona, y luego, matriculó a su hija en un colegio francés, y por eso creo que fue por esa época, porque aquello del internado de su hija en el extranjero le llamó mucho la atención a mi madre; mi padre, en cambio, lo defendió porque es lo que él hacía con todos nosotros y porque se sabía tan seguro de sí mismo...».

En efecto, don Gerardo Arrate Goitia estaba demasiado envanecido de su poder para suponer que su mejor y más eficaz báculo se la estaba jugando, cuando le bastaría con mover un dedo para arruinarle la vida; por tal razón, todos, tanto el Roc, como el Magí o como el tío Guillem, coincidían en que entre el Valentí Piñol y l'Escorxador lo fueron tentando durante un tiempo, quizá dos o tres años incluso, pero en cuanto Codina cometió el primer delito importante y comprobó que pasaba el tiempo y nadie se apercibía; la



emprendió con el siguiente y, luego, con otro, y así hasta que su red de sustracciones abarcó sigilosamente —es decir, con trucos contables en unos casos o con sobornos por encima de lo permisible, que entonces era mucho, en los otros— a todos los negocios de Arrate y Genís, S. A. Y si alguna vez sufrió el menor remilgo de conciencia, seguramente se diría que buena parte de ellos habían sido ocurrencias suyas y, además, que si todos funcionaban era porque él, Silverio Codina, había sabido seleccionar al personal adecuado para que tal cosa aconteciese día tras día. Lo único molesto —o digamos, peligroso— era la complicidad en alguno de aquellos hurtos del Valentí Piñol y de l'Escorxador. Pues su mala fama en la localidad ya le imponía guardarles una considerable distancia, postura que en su circunstancia le resultaba imposible, cuando era notorio que por una de sus ventoleras imprevistas, violentas cuando no sencillamente delictivas, como aquella vez que l'Escorxador arrojó a su mujer desnuda a la calle después de zurrarla a modo o como aquella otra que había armado en un bar de La Corbera de Busaña sacándole a un paisano la pistola y obligándolo a ponerse de rodillas, entre las risotadas del Valentí Piñol, podían mandarlo todo a rodar y a él, a Silverio Codina, salpicarlo más de lo conveniente, si no ya implicarlo hasta los corvejones. Sí; debía de quitárselos de encima como le advertían su mujer, por más hermana del Valentí Piñol que fuese, y su gran consejero, el *mossèn*, «aquel don Urbano, que era tan antipático que hasta consiguió que mi madre lo mencionase con desdén; lo cual ya es ir lejos, porque mi madre jamás hablaba mal de nadie; la verdad, Agustín, tu abuela jamás hablaba de nadie, ni bien ni mal; solo contaba cosas de mi abuelo, el don Eusebio Genís, y de lo mucho que había trabajado para levantar aquel imperio que se llevó la guerra por delante, y se conoce que para no variar el tiempo de la melodía, proseguía con las heroicidades de mi padre durante aquel tomate, mirándolo con tal arrobo que cualquier hombre, tan solo por esa mirada, lo hubiese

envidiado de por vida», y el tono sarcástico del tío Guillem tremó emocionado por la evocación de la escena familiar.

Codina porfió, aguardando que el Valentí Piñol y l'Escorxador le propiciasen la ocasión o se diesen el resbalón oportuno para largarlos al Sahara o a la Guinea. Y el momento se demoró y no poco, demostrando cuál era el temple del Codina aunque nadie se lo reconociese nunca; pero, al cabo de un par de años, la avinenteza se produjo. Había entre Busaña y Bagur una gran villa abandonada por sus dueños durante la Guerra del Catorce, de un aire pomposamente palaciego, con chapiteles agujados sobre sus cuatro torres e inclinados techos de pizarra, escondida tras un enorme soto de alcornoques, algarrobos y alguna que otra haya entre muchos pinos romanos; pero he aquí que aquel bosque se tornó más bien una dehesa, porque durante décadas sirvió para que los granjeros de la zona mandasen allí a sus borregos y a sus cabras con un rabadancillo y un par de perros; puercos, no; al cochino, por el país, no se acostumbra a darle trote y se lo cría en cochiqueras. En tanto, l'Escorxador, por sus fantasías fascistas, estaba embelesado con la estampa netamente centroeuropea de aquel caserón, y no paró hasta que se hicieron con él, y tras una reforma, que dejó al Valentí y a él con las cuentas corrientes tiritando, lo convirtieron en un muy selecto prostíbulo. Y no es que estos establecimientos estuviesen perseguidos; en Barcelona, al contrario: los había de todo viso, con normal trato de la vecindad y bajo una discreta tolerancia del Gobierno Civil, aunque las leyes los proscribiesen. Y es ahí, en las leyes, donde Codina encontró el *quid*; total, que a los dos o tres meses, antes de que este palacete se remontase a un sólido Baden-Baden del placer y entonces fuesen las mismas autoridades de la provincia quienes se negasen a clausurarlo, Codina, por parte interpuesta y muy bien sobornada, lo denunció por «trata de blancas», cosa que era cierta, porque se alojaban allí unas checas huidas del Telón de acero y unas negritas de Gabón llegadas desde Beirut que carecían de los papeles

reglamentarios. Y, zas, el Valentí y l'Escorxadador, que además se hallaban en sus salones departiendo con la distinguida clientela cuando irrumpió la Guardia Civil con metralletas y tricornios, se encontraron de golpe en el trullo.

L'Escorxadador desapareció para siempre, y el Valentí Piñol fue a parar por Cambrils o por ahí, de donde era, y montó un bar o algo así por seguir respirando; Codina ya podía sentarse tranquilo tras su escritorio y continuar con sus oscuros afanes, y en cuanto a la *boîte*, puso al frente a un jovencito dinámico y con nuevos gustos que la fue modernizando poco a poco según los aires pop y hasta psicodélicos que respunteaban ya por las playas del país...

—... No te digo en Ibiza, que era un nido destartalado y muy divertido de auténticos *hippies*; no como los que llegaron luego, que solo traían las trazas y poco más y que eran unos jetas aprovechados... Ese joven, recién llegado para poner La Romana al día, fue mi primer amor —suspiró el tío Guillem—; Antonio Llovet; ay, el Antonio... Nos bastó una noche, mientras hacía la caja y cerraba la discoteca o la *boîte* (yo creo que aún la llamaban así: la *boîte*), cuando nos miramos; enseguida supimos que nos entenderíamos. —Y el tío Guillem volvió a darle un trago al *gintonic*, acodado en la barra del London Bar, y sus ojos se iluminaron con un resplandor vidrioso de emoción antigua, muy antigua y, desgraciadamente, irrecuperable para él—. Esa misma noche acabamos en su *bungalow* del Turó Sa Romana. Yo tenía dieciséis años y él, unos diez o doce más; fue mi maestro en nuestra forma de amar a escondidas y oculta tras los sobrentendidos... Ah, qué noches aquellas, Agustinet, ¡cuánta pasión, y cuán peligroso y resbaladizo era todo...! —El tío Guillem carraspeó para disipar la emoción—... Luego, cuando mi hermano el Gerard se puso al frente de todas las empresas, recién llegado de Yale, descubrió el pastelón. Por supuesto, todo se llevó a cencerros tapados; vaya, como pasa ahora mismo con los chanchullos de la Generalitat, que parece que nadie haya roto ni un plato... Después, ya fue otra cosa y

hubo chismes para todos los gustos; pero, entonces, solo estuvo al tanto del escándalo personal muy allegado a la dirección, como el Heribert Macià y, claro, don Cristóbal, que era un socio y amigo de toda la vida, porque mi padre, en lugar de llevarlo a los tribunales donde podían airearse asuntos que no les convenían a ninguno que se supiesen, le propuso al Codina un trato: que vendiese por cuatro perras gordas (vaya, que casi le regalase) a mi hermano el Gerard todos sus bienes en Busaña y sus participaciones en las distintas empresas y sociedades. El otro, supongo que como todavía vivía Franco, aunque ya fuese una momia, y salvaba lo ganado hasta ese momento, lo acató sin rechistar y, en dos días, se esfumó con su familia sin dejar rastro. Dicen que se fue donde su cuñado el Valentí, por Cambrils o por ahí... No lo sé; pero ni de él ni de su familia tuvimos más noticias... Por eso, mi hermano, cuando se casó con la Teresa Bussot, se instaló en el chaletazo de la playa d'en Cabanyes hasta que levantó ese horror del Gran Proa y se quedó con el ático; entonces, subió allí a toda la prole, sobre el Passeig Marítim, dominando toda la bahía por un lado de la terraza, y el pueblo y su término por el otro; cosas de mi hermano o, quizá, hábitos de la familia. —Y el tío Guillem soltó una de aquellas estruendosas carcajadas suyas.

—¿Que estás despierto? —Era la voz emborrascada de sueño de Mireia.

—He tenido una pesadilla.

Se volvió sobre Agustín y lo abrazó mientras le besaba tibiamente en el cuello.

—*Això sí que es una novetat.*

—*Serà que t'estimo, imbecil*<sup>46</sup>—le respondió Mireia.

Y Agustín se sonrió.

<sup>46</sup> —Eso sí que es una novedad.

—Será que te quiero, imbécil.

## Aquel amor desdichado

Esa mañana, cuando lo recordaba, le emergía una súbita carcajada desde el estómago; no tan estruendosa como las de su tío Guillem pero casi: Mireia, tras cuatro años, anoche se le había declarado por primera vez; por supuesto, abrochada con un «imbécil» para que no se envaneciese demasiado. Al despertar, repitieron el ritual de costumbre, algo atropellado porque era lunes y él debía regresar a su apartamento para ponerse la ropa con que presentarse en las oficinas de Schliemann AG, y ella recomponer su ático antes de partir para la farmacia de Hospitalet. En fin, que ni cuando se ducharon por turnos, ni cuando se sentaron uno frente al otro para desayunar, hicieron el menor comentario sobre aquella frase delatadora; dejaron que la radio con su tumulto de sucesos cruciales para la marcha del mundo y su carrusel de anuncios llenara su silencio, apenas roto por algún comentario despectivo de Mireia sobre las noticias. Únicamente, cuando Agustín le acercó los cacharros del desayuno a la pila donde Mireia los iba fregando, como solía, un tanto ensimismada en aquella tarea tan rutinaria, se miraron una vez más a los ojos; entonces, en las pupilas de Mireia, Agustín atisbó un destello nuevo, vivaz, que entendió de inmediato. Por supuesto, no pronunció palabra; lo hubiese desbaratado todo, de sobra lo sabía; en cambio, estuvo por besarla, pero también se contuvo; dejó las tazas y los platos junto a la pila mientras le mantenía la mirada y... No pudo contenerse; se le escapó la primera carcajada del día. Mireia le propinó un codazo infantil y se ruborizó, y rápidamente escondió su mirada. Acababa de volverse a delatar.

Y con el bullir de la euforia por todas sus venas, Agustín se despidió de ella cabe la puerta; esta vez sí, con un beso enardecido, y notó como Mireia lo prendía de su ropa con mayor ahínco, como si no quisiera que partiese. Y en sus ojos aquel vívido chispazo se había transformado en el de una mujer, por fin, apasionada; casi se diría que temerosa no tanto de su marcha sino de que le sucediese cualquier percance. Nunca la había sentido así, ni durante sus vacaciones juntos, cuando se tendía como un animal sensual en cualquier tumbona absorbiendo la placidez del mundo por todos sus poros, no; durante esos días, por las playas del Mediterráneo oriental, Mireia se le antojaba una antiquísima princesa, capaz de hacerle satisfacer sus más mínimos deseos con solo dirigirle la mirada. Y saboreando todo aquello en el metro llegó hasta su apartamento, se puso lo que llamaba el uniforme de faena, que eran unos *prêt-à-porter* o azul marino o gris raya diplomática o castaño jaspeado —según los avatares del día y, claro, el uso—, todos italianos y más bien caros, en consonancia con su cargo de ingeniero de aplicaciones, y tomó en el garaje su ya trasnochado BMW 318 de color burdeos, que acumulaba demasiados quinquenios, pero, desde que lo comprase de segunda mano, no le había dado el menor problema, con lo que Agustín se resistía a cambiarlo; es más, se diría que lo consideraba como un emblema de su identidad.

En su despacho de San Juan Despí le aguardaba aquel problema con la resina encargada por unos clientes de Zaragoza para el revestimiento de sus carcasas: Agustín estaba convencido de que la HAZ-3 no era la más conveniente, y que deberían aplicar la HAZ-5, aunque aumentase el coste de la producción en cadena, pero cuyo resultado consideraba del todo garantizado. Del mismo parecer era el Sergi, su amigo y, además, el químico de Schliemann AG para España, aunque pareciese cualquier otra cosa —en fin, más bien lo que se entiende como un perroflauta— por su fastuoso estampado de tatuajes por los

brazos, sus tres o cuatro *piercings* visibles —llevaba otros solo mostrables en la intimidad más lujuriosa— y su pelo erizado de gallo de pelea. Y sobre cómo doblegar aquella tozudez de los maños por el HAZ-3 se devanaron un rato en el despacho y minilaboratorio de Sergi, los dos muy puestos de batas blancas con el emblema de la compañía sobre el bolsillo superior derecho, ese de colocar los bolígrafos en fila. Después abordaron lo que ya era obsesivo en toda la empresa: las vacaciones. Tras un año sometidos por el covid-19, no había forma, durante aquellos postreros días de junio, de eludirlas.

—Yo os espero en Ferreries; lo sabes —le dijo Sergi.

—Pues no nos esperes, porque todavía no sé qué haremos, si es que hacemos algo... Anoche dijo que necesitaba largarse muy lejos, pero cualquiera sabe.

—*No fotis*,<sup>47</sup> tío; pues si no lo sabes tú, no sé quién coño lo va a saber.

—Ay, Sergi, de sobra la conoces; con ella, hasta el último momento, es imposible adivinar qué va a pasar... Y mejor así.

—Tía más rara, la Mireia.

—Bueno, la tomas o la dejas; y a mí ya me va bien.

—*Doncs, maco, et veig a las festes de Gràcia donant-li al bolero i al chachachá.*

—Espinete, que no te enteras —le respondió con una sonrisa mientras cogía el picaporte para salir—; que están suspendidas.

—*Després dels indults de dimarts, qui no et diu que també les permeten i que es foti el covid. Agustín, aquí tot és possible; què ets a Catalunya, noi!*<sup>48</sup>

<sup>47</sup> —No jodas.

<sup>48</sup> —Pues, chato, te veo en las fiestas de Gracia dándole al bolero y al chachachá.

— [...]

—Hombre, visto así...

Al entrar en su oficina recordó las discretas pero constantes peticiones de su madre para que le llevase a su nieto a Garrucha, «para disfrutarlo» —como ella decía— durante unos cuantos días, «solo tres o cuatro, Agustín, que ya me hago mayor, y estáis muy lejos». Por supuesto se cumplían más de dos años desde la última vez que se vieron y comprendía perfectamente aquella mitigada queja de su madre; incluso hasta le dolía desde el sábado, cuando, al proponérselo a Guille, Agustín descubrió lo enrevesado que se le presentaba ese viaje a Almería. Por lo pronto, en cuanto Guille acabase los exámenes, debía embarcarse de inmediato en un avión para Dublín e ingresar en el campamento —bueno; en realidad, era un edificio con trazas palaciegas, porque, naturalmente, Xènia no hubiese admitido otra cosa—, y además de eso, en la cara de Guille se observaba que si por una parte estaba hartado de Xènia y de las restricciones; por otra, solo pensaba en su inminente prueba por el Espanyol y, luego, en subirse a ese avión y poner tierra y hasta mares de distancia, pero ni por lo más lejano había considerado ese viaje a Almería que le acababa de sugerir. Desde luego, Guille regresaría a mitad de agosto, cuando él estuviese de vacaciones, pero ¿dónde...? Ah, donde Mireia eligiese y el covid-19 les permitiese salvo que averiguase cuál era la fecha exacta de la prueba con los pericos y a ver si quedaban por ahí unos cuantos días sueltos para marcharse a Almería, antes de que Guille subiese a ese avión; pero, de momento, ni Guille ni menos él tenían alguna noticia del Espanyol cuando, además, la prueba era algo conseguido por su cuñado Oriol, que, para mayor guasa, era un acérrimo culé. Y ahora, claro, se veía

—Después de los indultos del martes, quién no te dice que también las permiten y el covid que se joda. Agustín, aquí todo es posible; ¡que estás en Cataluña, muchacho!



en la obligación de telefonarlo y pedirle, por favor, que averiguase las fechas concretas de la prueba en San Adrián de Besós. Le incomodaba y no poco, pero qué remedio.

De pronto, se le vino la declaración de Mireia durante la noche pasada y el mohín de disgusto le desapareció, y si no soltó una carcajada era porque todavía la petición de su madre palpitaba en su cabeza. Le debía tanto que no podía negarle algo tan sencillo como aquello: montarse ambos en el BMW y plantarse en Garrucha unas cuantas horas después, tras un viaje que, aun por largo, podía presentarse divertido; lo cierto es que siempre se habían divertido, o Guille, al menos, lo había aparentado. Aunque, claro, Garrucha quedaba a mil años de allí, no solo por su acento agraz, sino por su paisaje de un yermo ceniciento pese la inminencia de aquel mar más azul y espejeante hasta la ceguera; pero qué le iba a hacer, era la tierra de su madre y donde había decidido contra cualquier opinión regresar cuando su padre, Gerard Arrate i Genís, en un gesto tan imprevisto como magnánimo, si no era ya una deuda atrasada después de tanto, le ofreció jubilarse apenas cumplió los sesenta años.

Y aún parecía que estaba oyendo en aquel mismo despacho su voz al otro lado de la línea con aquel «Agustín, me vuelvo».

Lo pronunció con una decisión que le era impropia, porque siempre se había mostrado tan remisa e incluso apocada en sus palabras, más pendiente de los presentes que de sí misma; aunque, como en realidad Agustín sabía, era únicamente por no destacarse ni suscitar la menor suspicacia, porque luego despacio y con sigilo obtenía cuanto se había propuesto y que, por demás, tenía muy bien meditado desde el comienzo y férreamente clausurado tras su silencio de mujer aparentemente dócil.

—¿Adónde? —preguntó desconcertado.

—A Almería.

—¿A Zurgena?

—No; allí, no; mis hermanos... Bueno, ya lo sabes y no merece la pena comentarlo. Pero está Vera, Garrucha, Mojácar... Por allí, en cualquier parte... Donde vea el mar todos los días, como aquí.

Agustín comprendió entonces demasiadas cosas; para comenzar, la razón por la que seguía anclada en aquel cuchitril a las espaldas del pueblo, abocado a la carretera comarcal, y no se había trasladado a un pisito más céntrico y morigerado, que presentase las comodidades actuales, como Xènia y él le habían propuesto con insistencia: simplemente, porque su madre estaba ahorrando cuanto podía; luego, Agustín concluyó que hacía muchos lustros que había decidido retornar a su tierra. No obstante, como después supo, sus ahorros no sufrieron la menor merma con el apartamento que adquirió en Garrucha, tres o cuatro meses después de aquella sorpresiva llamada telefónica, porque, y para nuevo pasmo de Agustín, su padre, Gerard Arrate i Genís, no solo le había comprado aquella casita estrecha a un precio más allá de lo generoso —una casa que él mismo le había regalado cuando el alumbramiento de Agustín era inminente—, sino que había estado atento, con la discreción —si no ya la opacidad— de siempre, para aportar cuanto dinero le hiciese falta durante la consecución de su nueva vivienda en las playas de Almería. De sobra le constaba al Arrate hijo que Agustina no abusaría; es más, estaba seguro de que ajustaría su elección a cuanto le iba a pagar por la casa de Busaña y que no le pediría ni un duro más, como luego sucedió.

También Agustín comprendió con aquella definitiva mudanza que su madre, todo abnegación, silencio y refugiada como defensa y fuga de su menesterosidad en cultivar entre ambos todo cuanto ella consideraba elevado, sentía un inmenso rencor —debió de sentirlo cada mañana de su vida, al levantarse para ir al hotel— por Busaña y por cuanto la rodeaba, porque sin duda jamás digirió su condición de querida y, además, de que lo era precisamente por ser una emigrante, por ser una charnega muerta de hambre.

—Al final, venía a casa y se sentaba en el sillón; a veces, se presentaba con la comida comprada en la confitería de Ventosa; luego, después de comer, me cogía de la mano y se dormía la siesta, así, agarrado de mi mano —le confesó su madre durante uno de sus viajes a Garrucha mientras miraban al Guille corretear por la playa—. Estaba viejo y como siempre, bastante me lo tenía dicho, no se sentía a gusto en su casa, entre los suyos. Te imaginas, Agustín, qué dolor para mí; verlo allí, a ese hombre que ya solo se sostenía por un puñado de pastillas y que había desperdiciado su vida... Bueno, la de los dos, por seguir siendo un Arrate y un mandamás... Yo, cuando ya se había dormido, no dejaba de llorar, qué dolor, Agustín.

También supo en aquella ocasión o en otra anterior que, desde que su madre cumplió los cincuenta años, le puso una oficina en el Mar Brava y le encomendó solo hacer la revisión de todas las habitaciones, pero exenta de cualquier otro trabajo, y la elevó a un cargo que le inventó para ella: supervisora general. Como corolario, cada semana en la mesa de aquel despacho, que tenía ventanas, al contrario que el suyo, el de Gerard Arrate i Genís, a la playa d'en Cabanyes, se encontraba con un puñado de revistas sobre la mesa: *¡Hola!*, *Vogue*, *Elle* y las de *La Vanguardia* y, claro, con varios periódicos todos los días y hasta, de cuando en cuando —en fin; rara era la semana que no se lo hallase—, con un ramo de rosas en un búcaro de cristal muy delicado.

—Fue su forma de hacerse perdonar... Incluso, cuando me comunicaron que me iban a jubilar, no dio la cara, me envió a la Raquel, su secretaria, que me lo explicó todo, antes de que se me presentase su abogado, aquel de Barcelona, que venía cada quince días, el señor Giró, con todos los papeles y los certificados médicos bien rellenos para que yo solo le diese el visto bueno y pusiese mi firma aquí y allá. Así era; bueno, así fue nuestra relación siempre; estaba presente, pero no podía abrazarlo o hasta decirle cuánto me humillaba con su trato... y, luego, ya

ves; de momento y sin avisar, se presentaba en casa con la comida y una botella de vino carísimo y, claro, ¡cómo me iba a descarar con aquello encima de la mesa y su sonrisa de no haber roto un plato nunca!... Una vez, esa sí que fue buena, se encontró al Guillem allí, sentado en su sillón; ¡ninguno de los dos supo qué decir! Parecían, en lugar de hermanos, un par de ladrones que hubiesen coincidido en el mismo atraco sin saberlo... Pues, vaya, lo resolvió tu tío, el Guillem, yéndonos los tres a comer al *celler*<sup>49</sup> Caves Blaves. Y, verás, Agustín, se pasaron toda la comida hablando en castellano por respeto a mí. Creo que al verme allí, sentada, en aquel lugar que jamás me hubiese podido permitir y al contemplarlos a ellos, a los dos Arrate, tan... Tan galantes; eso, tan galantes, y pendientes de mí, se convirtió en el día más feliz de mi vida. Ya ves, Agustín, el día más feliz de mi vida llegó cuando ya había cumplido los cincuenta y tantos...

Entonces, recordó aquellas palabras que le había dicho su tío el Guillem en otra ocasión:

—Lo que pasa es que mi hermano siempre estuvo enamorado hasta las cachas de tu madre; a su manera, claro, pero siempre estuvo enamorado... Cosa distinta es que lo reconociese; eso, ni a sí mismo, menos aún ante la familia o ante Busaña, ¡antes le sacan la piel a tiras!

Y Agustín se sentó punzado por aquella desdichada historia de mal amor a la que debía su vida. Por un momento pospuso la llamada a su antiguo cuñado, Oriol, y sucumbió por la desventura de su madre: atravesó por las estampas de aquellos tres o cuatro viajes de su infancia a Zurgena, por los rostros tajados y terrosos de la familia de allí, por su incomodidad por cuanto le rodeaba, por aquellos olores más recios y desconocidos en los zaguanes y por aquellas comidas saturadas de aceite, y por el sol contra las paredes

<sup>49</sup> *celler*: bodega.

estallantemente blancas, cercadas por el sediento gris de sus colinas. Y en un intento vano trató de recomponer los rostros de sus tíos más allá de los borrosos trazos que conservaba: del Manuel, del Damián José y del Remigio; pero le resultó baldío: todos eran la misma cara o casi la misma; la del mayor: el Manuel, del que, ahora, solo tenía por seguro la aspereza de sus manos cuando le palmeaba su carilla de niño. Esos tres hombres abruptos, que jamás habían tolerado su existencia sino como una afrenta pese a su disimulo durante aquellos viajes, y que cuando murió su abuela, la Angustias, aprovecharon la disputa por un pegujal de tres al cuarto para romper con su madre. Y aunque, después, Lolica hubiese restañado la relación, solo se hablaban para felicitarse las Navidades y alguna otra festividad pero para nada más; mediaba, como medió entonces, él, su bastardía y el honor que consideraban arrebatado, encima, a la belleza de su madre. Porque era cierto cuanto decía Lolica y bastaba ver alguna de las fotografías antiguas para comprobarlo: su madre entonces, y aún ahora, nació con una delicadeza en el rostro y en los gestos inconcebible en aquella familia y quizá en todo el pueblo, como debió ser también la legendaria tía Aurora, aquella que se fugó durante el hambre de la posguerra en el tren minero con un representante de perfumes, muy zalamero y garboso, y que jamás supieron de ella salvo vaguedades inconcretas, como que alguien la había visto por Madrid, o incluso, y vaya casualidad, por Barcelona; pero todo demasiado confuso para ser tenido en cuenta más allá de un comentario volandero y mordido con amargura.

Y era, por tanto, natural que la despechada Agustina Cañizares, su madre, no quisiera regresar a Zurgena para encontrarse a menudo con sus hermanos por la calle; es más, para seguir disimulando que no había sucedido nada, que no había tenido un hijo sin padre que lo apellidase. Y aunque España ya fuese muy otra de aquella de los setenta; de aquella de la Transición y del recién aterrizado televisor

a color; sí, aunque España hubiese evolucionado mucho, tanto como que hombres como su tío Guillem no solo pudiesen mostrar sus amores inversos libremente y hasta presumir en la prensa o en esos programas chabacanos de la media tarde; todavía entre los Cañizares anidaba la acritud de aquel feroz desgarrón como una cicatriz ineludible y crespá.

Sin embargo, Agustín debía de reconocer —no sabía si decir con admiración— lo mucho que se había transformado su madre desde que se aposentó en Garrucha, en aquel apartamento pequeño pero coqueto, donde ni faltaba ni sobraba nada, y donde siempre había una habitación para el Guille, mientras que a él le tocaba dormir en el sofá desplegable de la salita, bajo su ventanal al balcón, escuchando un mar que desde allí, por desgracia, no se veía; pero se sentía su profundo y milenario aroma y el ronroneo afanoso e inagotable de sus olas. Sí, su madre había cambiado mucho; había ganado unos kilos, no demasiados, y su rostro se había rejuvenecido dulcemente con un saludable y simpático moreno que la convertía, al primer golpe de vista, en una desconocida para cualquiera que la hubiese tratado en Busaña. Hasta su vestuario había variado; de aquellos vestiditos y trajes de chaqueta que se componía según las fotos de *¡Hola!* donde la Lourdes, la modista, no quedaba ni rastro, salvo que Agustín propusiese ir a pasar la tarde a Almería. Entonces, rescataba alguno del armario, pues por Garrucha iba con unas túnicas de estilo ibicenco; bien blancas y casi provocadoramente transparentes al trasluz, o de un azafrán tornasolado o de un cereza encendido, con uno de sus varios bolsones de paja como había visto —suponía Agustín que con la envidia de quien debe apechugar con su trabajo para que se diviertan— tantas veces a las turistas en Busaña. Era conocida y saludada con la verbosidad sin prisas del sur por sus comercios y esquinas, y hasta tenía un amante; bueno, ella, muy con los usos actuales, decía un novio. Se llamaba Juan Javier y lo había conocido en la playa

nudista de Vera, a la que se llegaba caminando. Agustín, al escucharlo, sintió un repulgo de vergüenza que trató de ocultar llevándose precipitadamente la caña de cerveza a la boca, porque él había sido y era asiduo practicante desde su alocado noviazgo con Xènia, y aun antes, cuando andaba con el Domènec, de acá para allá, a ver a quién seducían, como ingenieros con reciente y prometedor colocación, pero jamás se hubiese imaginado un atrevimiento así en su madre; todavía su imagen de la mujer escrupulosa y abnegada de Busaña pesaba en su memoria, y aquel impudor le parecía inconjugable con esa desinhibida estampa de desnudarse públicamente, y más aún siendo su hijo.

Pese a sus reticencias previas, simpatizó de inmediato con Juan Javier; tenía el pelo ensortijado como el Domènec o como Mireia, pero todo grisáceo como si se lo hubiese espolvoreado de incienso; era delgado y muy flexible, y con una camiseta de lemas insurgentes y unos insustituibles tejanos de camales desflecados; y compartían algo que fue, en buena lid, lo que le ganó súbitamente: se había divorciado hacía años de una señorita remilgada de Santander, y cuando se prejubiló del BBVA, cogió sus cuatro trastos y se vino para las playas de su juventud *bippy* y anterior a su engorroso —suponía Agustín por mera comparación— matrimonio; abrió lo que siempre le había entusiasmado: una galería de arte —por otra parte, con muy buen criterio porque había expuesto Carlos Pérez Siquier y hasta alguna antológica de los viejos indalianos, como la de Paco Capuleto—, con un café adosado con terracita donde se escuchaba la música de sus añorados tiempos de la melena y el vagabundeo: los Creedence Clearwater Revival, Neil Young, The Mamas and The Papas y hasta The Eagles, sin que faltasen los de aquí; el Sisa, Pau Riba, Triana... Y, claro, aquello, en verano, era un hervidero de sesentones y hasta setentones dándole a la marihuana y a la cerveza, envueltos en un redivivo buen rollo de entonces. Los jóvenes y aun los cuarentones como Agustín apenas

lo pisaban, porque este café se les antojaba un balneario para jubilatas inadaptados y otros tronados ucrónicos; lo que en realidad pretendía ser. Contaba, además, entre sus mesas, con la presencia de una bruja, Artemisa, maestra en todas las cartomancias imaginables y confeccionadora, previo pago, de cartas astrales, y sevillana engatusadora y quién sabe por qué empeñada en meter a Agustín en su cama a toda costa, y también de otro personaje de más sofisticada apariencia —según el día y, claro, la posición del firmamento—, con sus disfraces de indostaní o de sacada de un concierto de Jimi Hendrix con pamea y todo, que era profesora titulada —se ignoraba dónde, por supuesto— en yoga y otras espiritualidades y transcendencias, y que regentaba un sanador herbolario dos portales más allá. Estas eran las nuevas amistades de su madre, y Agustín, ante el inverosímil y divertido vuelco que había dado su vida, se sintió reconfortado.

E hilando aquella satisfacción producida por la renovada y un tanto frívola vida de su madre con el destello nuevo e ilusionado de la mirada de Mireia, mientras fregaba los cuatro cacharros del desayuno; un destello juvenil e ingenuo, y sobre todo, extraño en ella, que siempre presentaba aquella altiva insolencia en sus pupilas, como si nada fuese capaz de importunarle, salvo cuanto concerniese a su farmacia, le hizo soltar otra carcajada; desde luego, ignoraba si de hombre profundamente enamorado o de general victorioso en una batalla ardua; o, quizá, simplemente sucedía que Agustín era feliz e incapaz de expresarlo de cualquier otra manera que no fuese dejándose sacudir por la risa.

Y en ese instante se sintió con el optimismo suficiente para pulsar los números del teléfono de Oriol.

Tardó en responderle, pero cuando lo hizo se mostró como siempre, acaparador y baritonal, sin desmerecer ni un ápice al enorme embaucador que era. Agustín le expuso su necesidad de averiguar las fechas de aquella prueba futbolística que propiciaría el fichaje —ni más ni menos que



estaba ya pronunciando la palabra fichaje, como si Guille fuese una estrella y apareciese en las páginas del *Sport* o del *Marca*— de su hijo por los infantiles de los pericos.

—Ah, ya lo han visto, ¿y?

—...

—Bueno, si la cosa está hecha, ¿para qué hace falta la prueba...?

—...

—Ah; vale, vale, Oriol... Pero, por favor, mira a ver qué días tienen pensado pasarle el examen... Es que, verás, tengo que buscar un hueco para hacer un viaje con él y me gustaría que fuese...

—...

—Sí; sí, claro.

—....

—Bueno, bueno; espero tu llamada. *Adeu, adeu; una abraçada...*<sup>50</sup>

Su excuñado, como de costumbre, lo sometió con su torrencial locuacidad y cuando colgó tenía un barullo de nombres de conocidos de Oriol borbotando por sus meninges, todos, por descontado, personajes influyentísimos en las categorías inferiores del Espanyol, pero para saber la fecha aún debía de aguardar unas cuantas horas; las imprescindibles para que Oriol «hiciese la gestión». En fin, que ya había cumplido con aquel trámite que, como cuanto se relacionaba con la familia de Xènia, le resultaba siempre enojoso por mínimo que fuese.

Se debía a aquella sensación agreste del fracaso y la pérdida pues las imágenes de Xènia, de su estudiada y comeditada liviandad, aún sugestionaban, incluso perturbaban, los asuetos de Agustín; de modo que no había conseguido desprenderse de aquel rencor que le hacía hasta titubear siempre que pronunciaba la palabra divorciado. Incluso en

<sup>50</sup> Adiós, adiós; un abrazo...

eso, Agustín se había descubierto inferior a su madre, pues, en uno de aquellos viajes a Garrucha, le relató su tajante ruptura con su padre, Gerard Arrate i Genís.

—Pero... Me quedaré solo —le respondió afligido. De repente, se le había convertido en un niño asustadizo. Agustina le miraba sorprendida porque pensaba que él, un hombre tan distante y calculador, habría previsto su regreso a Almería. Y, en cambio, allí lo tenía: aturdido, al borde del derrumbe; tanto que anduvo unos pasos vacilantes hasta desplomarse sobre el sillón, pálido, mordiéndose los labios y sin hallar un argumento con que retenerla.

—Sola, Gerard; sola es cómo he vivido yo, aquí, postergada con el crío y señalada por todo el mundo; además, temiendo cuándo te cansarías de mí y me largarías a la calle como un juguete usado. ¿O nunca te diste cuenta de mi miedo y de mi vergüenza?

Gerard Arrate i Genís alzó sus ojos conmovidos y vidriosos con un lamento que sus labios no acababan de pronunciar.

—Encima, ahora —prosiguió Agustina— con estos que nos quieren echar y nos miran con desprecio cuando no, descaradamente, nos insultan... Y tú y los señorones de tu partido no habéis hecho otra cosa que darles aire porque ya os salía a cuenta; o Gerard, ¿me lo irás a negar?

Gerard la miraba tan empequeñecido que apenas si pudo asentir.

—¿Es que no notas esa hostilidad y ese desprecio con que nos miran a nosotros, a los que no nacimos aquí?

—Mujer... No somos todos; yo, por ejemplo...

—Gerard, no me vengas ahora con monsergas; ¿o es que te crees que me chupo el dedo? ¿O qué hacen tu hijo y tu hermano, Eusebi, al frente de esa chusma? ¿Y la pomposa de tu hermana, qué hace ahí en medio? No me fastidies, Gerard, que tonta seré, pero no tanto.

Y de pronto, tras aquel arrebató de rabia atrasada, inconcebible para Gerard Arrate i Genís y para cualquiera que conociese a la sumisa Agustina, cayó de rodillas ante

él. Le tomó las dos manos y con las lágrimas desbordadas casi balbució:

—Gerard, mi amor, has sido mi único hombre; más que eso, mi dueño, pero... Me voy.

Su madre le contó, además, que su padre, Gerard Arrate i Genís, había pretendido volver a verla, cuando ya llevaba cinco o seis meses establecida en Garrucha.

—Me llamó para invitarme durante un puente a ese hotel de Menorca donde trabajaste tantos veranos. De pronto, me entró una ilusión tremenda; jamás me había hecho una proposición así: viajar a alguna parte juntos, convivir aunque fuese unos días como una pareja normal, como un matrimonio cualquiera... Y, encima, visitar, tocar los sitios donde tú, Agustín, habías pasado tanto tiempo, era... No sabría decirte; un regalo inesperado; eso, un regalo inesperado. Me iba a enviar los pasajes de avión y, entonces, no recuerdo cómo, pero se le escapó que allí estaríamos registrados en habitaciones separadas. No hubo más que hablar; le dije que no me volviese a llamar nunca más. No había escarmentado; era el mismo Arrate de siempre aprovechándose de todo y de todos...

Sin embargo, pese a su inquina por los Arrate, Agustín intuyó tras aquella propuesta una torpe desesperación en aquel hombre; no solo eso, se lo había dicho a su madre: «Me quedaré solo». Pero también llevaba —y su madre tenía razón, demasiado los conocía— como todos ellos esa habilidad para revertir la circunstancia a su favor; su abuelo lo había demostrado de sobra: cuando llegó a Busaña y oteó el panorama y descubrió a la desvalida Elisenda Genís y Dalmau e intuyó que era su gran oportunidad, cuando buscó a Codina, confinado y sin ningún porvenir entre la mugre del Palacio de las Misiones, cuando se había desprendido de él como si no hubiese sucedido nada, mientras a ojos de todo el pueblo aquello era un acontecimiento de primer orden, o como cuando l'Eusebi transitó del más entusiasta maoísmo a un nacionalismo con

ribetes racistas; en definitiva, eran los Arrate. Pero él no era así; se negaba. De modo que iba a llamar a Mireia para decirle cuánto la amaba.

Al coger el auricular se contuvo: entre ellos regía un pacto tácito desde hacía años. Siempre llamaba ella; él, en cualquier caso, le enviaba un *whatsapp*; pero raro, muy raro, era que la telefonease, y normalmente, por algún imprevisto que trastocaba lo planeado por Mireia. Pero se le vino la cara de desconcierto que pondría al ver su número en la pantalla del iPhone y, entonces, ni lo dudó: pulsó su móvil sacudido por una nueva carcajada.

## La hermosa oveja negra

Como la llamada la había sorprendido atendiendo a unos clientes, le respondió un cuarto de hora más tarde. En su voz había un timbre de extrañeza, cuando Agustín ya le decía que necesitaba oír aquello que le había confesado anoche. Se hizo un silencio trémulo... Y:

—*Que ets un imbecil!*<sup>51</sup>

Y Agustín soltó una nueva carcajada. De pronto, Mireia también se reía. Y como dos chiquillos estuvieron escuchándose reír hasta que Mireia preguntó con malicia:

—¿Algo más desea el caballero?

—Sí; besarte.

—En este momento, imposible; pero luego te llamo y lo resolvemos.

—Sí; llámame, mi... —Y a Agustín se le había escapado pero no acababa de atreverse a pronunciarlo cuando Mireia se precipitó astuta:

—Tu ¿qué?

—De sobra lo sabes.

—*Imbecil!* —Y Mireia colgó envuelta en su propia carcajada.

Este jugueteo juvenil le había disipado las agrestes conversaciones de su madre y percibió que disfrutaba del talante propicio para enviarles por *email* a los clientes de Zaragoza sus conclusiones de la reunión con Espinete Sergi a ver si aceptaban, pero al apartar *La Vanguardia*

<sup>51</sup> —¡Que eres un imbécil!

del teclado reparó en el faldón de la página de cultura: al día siguiente el presuntuoso de Emili Guillola realizaba su *happening d'estiu*,<sup>52</sup> en la galería de Valèria Comella como despedida de la temporada. De pronto se le vino su imagen cuando lo conoció sobre la cala de Ses Aigües Serrades en compañía del tío Guillem. Allí estaba, sobre el promontorio que la cerraba *a garbí*<sup>53</sup> y absolutamente desnudo bajo un sombrero de paja ante dos caballetes que sostenían un lienzo colosal dando unos trazos azules sobre un esbozo al carbón; a su lado, una sillita desplegable y playera sostenía la caja de colores abierta cabe una mochila con el resto de apéchusques y, en un pulcro montón, su ropa.

—*Què, agafant morè?*<sup>54</sup> —le preguntó el tío Guillem con guasa mientras Agustín aún no salía de su asombro por la inesperada presencia (más bien exhibición de su arte y atributos) de aquel tipo, un tanto gordezuelo y bastante más bajo que su tío, sobre el pequeño peñón descubierto a los cuatro vientos.

Del resto de la conversación entre ambos no recordaba nada salvo que el tío Guillem le indicó que ellos iban a lo mismo pero allá, a la playuca que se divisaba a sus pies, defendida por unos afilados escollos y donde una vez supo que el Roc se afanaba en el contrabando para su abuelo, a las órdenes de l'Escorxador. Después, cuando se hallaban recostados sobre la mínima lengua de arena de aquel rincón casi inaccesible, el tío Guillem le detalló de quién se trataba.

Había perseguido a su tía Mònica desde que tuvieron uno o varios escarceos amorosos en Londres, allá por el sesenta y ocho o sesenta y nueve; y hasta había tenido la

<sup>52</sup> *estiu*: verano.

<sup>53</sup> *garbí*: viento; sopla desde el sudeste.

<sup>54</sup> —¿Qué, cogiendo moreno?

desfachatez de presentarse en la puerta del caserón de la plaza de Sant Pere. Cuando la Roser entró con la novedad en la habitación donde se tendían en el suelo devanando confidencias, Mònica envió a Guillem con la taxativa instrucción de «mándalo a paseo».

—¿Cómo?

—Ah; tú ya sabrás.

Entonces fue cuando Guillem se encontró ante un colega de la Escuela de Bellas Artes. Aquel tipo, embutido en una trenca bastante astrosa y con su barullo de pelos sobre los hombros, presentaba la incómoda sonrisa de quien calza unos zapatos un número o dos menor. Guillem se lo llevó hasta una cafetería de La Rambla, mientras le explicaba que Mònica estaba en casa, como le había dicho la Roser, pero se hallaba «indispuesta, muy indispuesta —recordaba con nitidez Agustín que había pronunciado su tío en la cala de Ses Aigües Serrades de pie y dándose lentos giros para que el sol no dejase de lamerle ni un solo rincón del cuerpo—. Cosas de mujeres, ya sabes». Y por si Emili insistía o se le había ocurrido el recurso de hospedarse en Busaña para ver si al día siguiente había suerte, su tío Guillem añadió que mañana iba acompañarla su madre al médico a Gerona.

—*Tan greu es trova?*

—*Em sembla que sí.*<sup>55</sup>

Si Emili Guillola se creyó o no el embeleco era cosa que ignoraba; lo único cierto es que el tío Guillem lo acompañó de nuevo a la plaza de Sant Pere hasta una Derbi de 49, sobre la que regresó cariacontecido a Figueras, su pueblo. Después se lo había encontrado en Ibiza y muchísimas veces en Barcelona, a menudo acompañado por una especie de mosquitillo con gafas, que él llamaba «mi compañera», y

<sup>55</sup> —¿Tan mal se encuentra?

—Me parece que sí.

siempre alrededor de los artistas más señalados; lo que debió procurarle sus réditos, porque Agustín ya recordaba cómo, durante el esplendor del pujolismo, Emili Guillola había figurado en todas las conspicuas exposiciones de eso que pudiéramos catalogar como la *Catalunya plàstica* y hasta la Generalitat lo había promocionado en el extranjero. Y, por supuesto, con el Procés, trataba de introducirse, aunque fuera a codazos, para sostener la pancarta de la cabecera de las sucesivas manifestaciones, o en los escenarios de los *aplects* y en las *taules de debat i reflexió* o en cuanta zarandaja de ese estilo le procurase una fotografía en los periódicos o una breve secuencia en la TV3. Sobre estas impresiones rápidas, a Agustín se le venían también imágenes de las muchas veces que se lo había tropezado en la noche de Barna, rodeado por un grupo de entusiastas, e incluso de una vez que, solos y acodados en la barra de un antro del Raval, compartieron un par de cervezas. Departieron, naturalmente, de su arte; es decir, habló Emili porque Agustín se limitó a preguntarle con cierta admiración; entonces era todavía un ávido estudiantillo de ingeniería. En cuanto a la tía Mònica, apenas asomó muy al comienzo de la conversación, y como un recuerdo simpático y remoto. En aquellos días, y como ahora, Emili Guillola, sufragado por la Generalitat, o por algún potente ayuntamiento o por cualquiera de las cuatro diputaciones catalanas, como se observaba en los emblemas oficiales estampados en el anuncio de la galería de Valèria Comella, se dedicaba a grandes instalaciones con láser, o con coloristas proyecciones de vídeo o con la introducción de exóticas fieras enjauladas y amedrentadas por los fogonazos mareantes que las azuzaban, o a lo que él llamaba *l'expressió d'un país*,<sup>56</sup> que era una *action painting*, donde una cobla reducía una sardana a un par

<sup>56</sup> la expresión de un país.



de compases obsesivos mientras unos *plens*,<sup>57</sup> blandiendo el *fuet*<sup>58</sup> y alrededor de *unes guites*,<sup>59</sup> escenificaban una especie de mini Patum; en tanto, irrumpía Emili y la emprendía a brochazos coléricos contra una tela y contra todos ellos al tiempo; todo aquel barullo rodeado por una satinada concurrencia tan circunspecta como expectante del resultado; eso sí, con cámaras de televisión para que divulgasen al día siguiente el acontecimiento. Con lo que Agustín, aunque gracias a Xènia disponía de algunas nociones sobre las corrientes artísticas actuales, en fin, las suficientes para poder charlar con Juan Javier, allá en Garrucha, sin hacer el ridículo, permanecía, esa es la verdad, absolutamente ajeno a todos estos *vernissages* y, por tanto, era incapaz de discernir en las actuaciones de Emili Guillola qué era lo estrictamente artístico, cuánto correspondía al oportunismo político y cuál era la importancia del autobombo que tanto complace y jalea la prensa cuando hay instituciones y muchos cuartos por medio; porque esa era otra, Emili Guillola era un excelente propagandista de sí mismo como comprobó hacía un par de décadas en aquel garito del Raval y como había ratificado en los años posteriores en cuantas declaraciones le había ojeado en *La Vanguardia* o en *El Periódico*.

En cuanto a la tía Mònica, constituía una auténtica leyenda para Agustín con sus facetas sombrías y hasta trágicas.

—Era la chica más distinguida de Busaña —le comentó una vez su madre—; aún parece que la esté viendo, así tan despreocupada y sonriente; y tan elegante, ¡pobre, qué lástima!

En cambio, él, apenas si recordaba su silueta esbelta y le parecía entonces altísima, con su larga melena que

<sup>57</sup> *plens*: diablillos que intervienen en la Patum de Berga.

<sup>58</sup> *fuet*: aquí, antorcha que portan los diablillos de Patum que acaba estallando.

<sup>59</sup> *guites*: dragoncillos que intervienen también en la Patum.

iba formando guedejas conforme caía sobre sus pechos y su espalda. Y también su amplia y limpia sonrisa, tomándolo entre sus brazos y diciéndole las boberías que se le dicen a un niño, pero era incapaz de componer lo borroso de su rostro salvo que recurriese a las Kodak que le había enseñado su tío Guillem. Porque ambos, Mònica y Guillem, por ser los pequeños, formaron una sociedad aparte de sus tres hermanos mayores, el Gerard, l'Eusebi y l'Elisenda. Aunque la razón no era tanto la distancia de la edad, pues Elisenda le llevaba apenas tres años a Mònica y cinco a Guillem, sino quizá se debiera a que cuando tuvieron ya memoria y algún conocimiento del mundo el imperio de los Arrate emergía en toda su solidez, con la terminación del mastodóntico Mar Brava a un extremo de la playa d'en Cabanyes, y el Tritón al otro; fue el momento cuando Ullastres y Navarro Rubio habían llevado a cabo el Plan de Estabilización y España, y Busaña con ella, dejó atrás la precaria autarquía para abrirse al mundo y, claro, a aquello que más interesaba al todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia: el succulento aluvión del turismo. En efecto, probablemente se debiera más a esta circunstancia, llamémosla histórica, que, además, coincidió con el creciente celo de don Gerardo Arrate por la formación de su *hereu*,<sup>60</sup> Gerard —entonces, aún Gerardito—. Sus dos siguientes hermanos, Eusebi y Elisenda, marcados por la aplicación que demostraba su predecesor por convertirse en un niño de provecho y por la incuestionable admiración que recibía de su mayestático padre, no aspiraron sino a proseguir por la misma senda; mientras, Mònica y Guillem se encontraron sin proponérselo al margen de aquel trío tan estudioso y ejemplar, y bajo el mullido amparo de su madre, doña

<sup>60</sup> **hereu**: heredero; suele coincidir con el primogénito y en Cataluña es costumbre que sea quien obtenga la mayor parte de la herencia con el fin de conservar su integridad.

Elisenda, nostálgica de por sí y más atenta a la porosidad de la vida y a sus cortesías que a la esforzada conquista del porvenir, y de lo que ya fue definitivo: rodeados de un bienestar y de una sosegada negligencia que iba en aumento a cada año que transcurría, tanto en su familia como en Busaña. Y aunque repitiesen el mismo periplo de sus hermanos mayores: primero, un acreditado colegio de Barcelona y, luego, las vacaciones en el extranjero, cada tantos años en países, claro está, diferentes, para «practicar idiomas y conocer mundo» —como sentenciaba don Gerardo Arrate Goitia, que tanto lo hubiese querido para él—. Por su parte, el paisaje de aquellos sesenta cambiaba a una velocidad incluso superior a las hambrientas ansias juveniles de Mònica y de Guillem; y de un *pick-up* y con The Beatles de fondo en su cuarto de juegos, se encontraron con meramente pedirlo en un Londres de estampados líquidamente psicodélicos, de ineludibles minifaldas y de sugestivas y tan embriagadoras sustancias que, ante su carencia, la realidad quedaba desacreditada y, por supuesto, con lo que sus cuerpos exigían a gritos: sexo; además, exento de aquel siniestro baldón del pecado; al contrario, celebrado con un júbilo entre sorprendido y beatífico. Y Mònica, primero, y Guillem, tras los pasos de su hermana, se deslizaron por este tobogán de burbujeante sensualidad en continua mudanza, que les imbuyó de una desordenada libertad del todo inconcebible en su pueblo, por más turistas que recibiese y por más *boîte* La Romana que presentara.

Es más, ambos, en un descuido de su padre, emprendieron en autostop, y con algún autobús y hasta algún tren por medio, un viaje que el tío Guillem llamaba «iniciático» —aunque Londres e incluso París hubiesen empapado ya sus almas— hacia Grecia, cuyo gran trayecto medianero hasta llegar a Brindisi fue el descenso de la extrovertida y magnificente Italia. Y en absoluto lo tildaba de iniciático porque anduviesen mucho antes de su ecuador con escasez

de numerario y malcomiendo, algo para ellos totalmente novedoso, y ante lo que afilaron sus argucias y curtieron sus experiencias; no, no alcanzó el grado de iniciático por estas nuevas enseñanzas de la vida, tales como buscar dónde dormir a un precio ridículo —o, por supuesto, hacerlo en cualquier banco de una estación o bajo la fronda de un bosquecillo anejo a la carretera— o dónde lavar la ropa interior con una pastilla de jabón o cualquier otro imprevisto como proveerse de una caja de aspirinas en una aldehuela donde los paisanos, en lugar de responder a sus peticiones, los observaban como a marcianos recién aterrizados; no, Guillem no lo llamaba iniciático por tales inconvenientes que se convirtieron al fin y al cabo en jocundos jalones de sus memorias —o al menos, de la del tío Guillem, única conocida por Agustín—. Es más, por la superación de estos pequeños aprietos Guillem le hubiese otorgado ecuánimemente el mero calificativo de aventura, mientras que el adjetivo, iniciático, Guillem se lo adjudicó a este viaje por un acontecimiento de otra naturaleza y que consideraba crucial para sus vidas: la unión fraguada, durante este trayecto, entre sus digamos espíritus. Sí; porque para siempre, el intrépido y, a veces, temerario Guillem impuso sobre ambos su perezoso y extasiante disfrute de la vida, en tanto, Mònica, aportó su sagacidad y olfato para atisbar la ocasión propicia; armoniosa conjunción de virtudes que los convirtió, mientras Mònica vivió, en uno solo, se hallase donde se hallase cada uno y sin importar bajo qué sufrida o gozosa circunstancia.

Agustín, aparte de este dudosísimo prodigio psicológico que exaltaba su tío Guillem con estas últimas palabras y con los ojos transidos de misticismo, conocía este viaje solo a retazos, porque su tío se entusiasmaba tanto al evocarlo que daba por sabidos en quien le escuchaba los lugares y las situaciones y únicamente se detenía tronchado de la risa o con la mirada conmovida en una frase o en un requiebro de su hermana difunta, aquí o allá, fuera en Milán o fuera

en Siena o fuera en Roma, de donde tuvieron que escapar porque ya notaron menguar con demasiada ligereza sus cuartos ante una ciudad que les ofrecía innumerables tentaciones y Mònica se había propuesto, sobre cualquier otro avatar, subir al Partenón. Y no; no ascendió hasta el templo de Atenea, al menos aquella vez, pues al final acamparon como pudieron en Corfú, donde se hallaron tan felices que jamás pensaron en regresar. Quizá por este viaje, Guillem nunca concluyese Bellas Artes ni tantas otras cosas en su vida y se suspendiese para siempre en la caprichosa improvisación...

—Si nos hubiésemos quedado en Corfú, Mònica no hubiese muerto —concluía recurrentemente Guillem cuando su relato llegaba hasta la isla jónica. Era una jaculatoria definitiva; después, ya sabía Agustín que su tío Guillem, arañado por la amargura, carecía de ánimos para proseguir, salvo con el siguiente y postrer lamento—: Si hubiésemos abierto, qué sé yo: una tienda de discos como se me ocurrió a mí, o de ropa como proponía ella; una semana, Agustinet, una semana estuvo dándole vueltas a esto!, y se pateó toda la ciudad para estar segura de que no había un solo comercio con la ropa que teníamos vista en Londres y que la podíamos traer y que nos íbamos a forrar porque seríamos la sensación y que... En fin; pero no nos quedaba ya ni un chavo y decidí, sí, porque fui yo el culpable, porque se lo impuse, que debíamos regresar a Busaña.

Cuando llegó a esta conclusión triste, Agustín cerró en su mente el cartapacio de recuerdos familiares y se concentró en su *email* para los clientes de Zaragoza, donde les iba a exponer todas las razones técnicas por las que debían optar por la resina HAZ-5, recalcando con negritas los peligros que acarrearía ignorarlo, y al pie les iba a adjuntar un archivo Excel con los cálculos de consumo y de su incidencia en los costes de la producción de las carcasas. Por supuesto, no estaba convencido de que aceptasen sus recomendaciones, pero era su deber para evitar como

fuese una venta que podía, a la larga, acarrearles la pérdida de un buen cliente porque el producto elegido, la HAZ-3, no demostrase las cualidades requeridas.

Concluidas estas operaciones, levantó la vista de la pantalla del ordenador y se quedó mirando el paisaje industrial de San Juan Despí a través del ventanal de su oficina y recapacitó en que no era nada fácil, a menos que se conociese muy bien a su tío Guillem, descubrir cuán unidos estuvieron la pareja menor de los Arrate. En efecto, se precisaba haberlo tratado íntimamente para advertir, con cierta extrañeza, el tono heridamente melancólico con que se envolvía Guillem cuando mencionaba a Mònica en cualquier conversación o las muchas lagunas que dejaba, como enturbiando con una premeditada —o quizá, aún doliente— intriga la figura de su hermana; él, que era tan aficionado a despiezar sarcásticamente a cualquier personaje de la familia. Tanto que Agustín, desde hacía años, supuso que entre ellos hubo algo más turbio, y que esa dudosa telepatía que magnificaba su tío con los ojos exaltados no era sino la forma más sublime de encubrirlo. Sí; Agustín sospechaba que su relación era de otra naturaleza y que ese secreto permanecería siempre tan oculto como adorado por su tío Guillem. Y tuvo este palpito cuando se preparaba para ocupar su puesto en la Schliemann AG, allá, en Bremen, tiempo en el que se atiborró de literatura alemana; en parte, por la necesidad de alimentar continuamente de germanismos su pensamiento para manejar esta lengua con la mayor fluidez y, en parte, por la enorme devoción que se le había despertado por lo alemán cuando la compañía le brindó, a él, a un ingenierillo recién licenciado y sin la menor experiencia, la oportunidad de integrarse en su plantilla, además, en un puesto más bien destacado. Desde luego, fue durante aquel trimestre cuando se le alumbró aquella intuición, tan turbadoramente sugestiva, al compás de la lectura de un relato de Thomas Mann titulado *Wälsungenblut*, donde

una pareja de hermanos, Sieglind y Siegmund, admirados por su elegancia y convencidos de su excelsa superioridad, se condujeron al incesto como única manera de satisfacer sus ansias eróticas.

Por otra parte, no nos ha de extrañar que Agustín fuera abordado por estas morbosas e inflamadas sospechas sobre sus tíos, pues ambos, Mònica y Guillem, presentaban unas vidas afectivas que a Agustín, por más que las aceptase, le resultaban cuando menos extrañas; pues si Guillem era homosexual, Mònica, por su lado, vivió en una perpetua promiscuidad como expresión de un desasosiego oculto tras aquella holganza aprendida de Guillem, donde parecían languidecer sus días.

—La perdió su belleza —le dijo una vez el tío Guillem—, y el caballo, claro; pero yo creo que sobre todo su belleza... Le resultaba tan fácil poseer a un hombre; le bastaba con elegir a este o aquel en mitad de la fiesta; vaya, al más guapo o al más interesante, acercarse, sonreírle y el fulano ya no sabía en qué planeta estaba, si aquí o en Marte. Pero con la misma facilidad que los conquistaba, los rechazaba, como si siempre estuviese huyendo, aunque no se hubiera movido de sus sitios predilectos: su cama o el diván junto a mi madre. Y me da que la culpa de todo esto la tuvo el *fill de puta* del Felip, el hijo de don Cristóbal. —Por un momento sus ojos se perdieron tras un pasado tan cubierto de brumas del ayer que el tío Guillem hasta empalideció durante el rescate de aquel recuerdo—... Sucedió en Pascua, durante la mona, allá en el *mas* d'en Sureda; mi hermano el Gerard, esa lumbrera de los negocios que Dios nos conserve muchos años —maldijo rabioso—, se había inventado la cantinela de que el Felip y Mònica eran novios, y como ella todavía era casi una niña, tendría doce o trece años, hasta se lo creía y me lo repetía a mí, a mi madre y a la Roser; los adultos, claro, debían de decirle que sí, que qué afortunada era y todas esas necedades que se dicen ante semejante estupidez infantil; yo no, yo sentía unos celos terribles. Qué

quieres, Agustinet; ella era todavía una pánfila presumidita, pero era mi gran refugio, y la acompañaba a todas partes mientras admiraba con embeleso cómo exhibía sus ñoñas coqueterías, así que no tenía más mundo que ella; y, como comprenderás, con esto del novio temía que me diese de lado el día menos pensado y estaba entre muerto de miedo y de rabia... ¡Qué tonto, Dios mío! Porque cuando sucedió aquello, que en absoluto se me podía pasar por la imaginación, tal es así que hasta que me lo soltó a la cara y sin muchas explicaciones, años más tarde, jamás supe entender más allá de que, desde aquella tarde de Pascua, había cambiado, se había encerrado en sí misma y me había dejado solo.

Luego, se levantó de la mesa de su apartamentito de Sants y se quedó suspenso, contra el ventanal, dándole la espalda a Agustín. Su voz se tornó lúgubre, y prosiguió:

—Me lo contó muchos años después, incluso después de nuestro viaje a Corfú... Me lo contó en mitad de una discusión que tuvimos por alguno de sus líos con algún camello o con algún tipo de aquellos que ingenuamente había caído en sus brazos y que luego se había presentado en mi apartamento de Sant Gervasi montándole el pollo; en realidad, no me acuerdo por qué fue la pelea porque me quedé tan petrificado que solo puedo recordar su declaración. El caso es que con la bromita del Gerard sobre que eran novios, el Felip, cuando ella se metió en el *mas* para ir al baño, la siguió. Al salir del cuarto se lo encontró allí, la mar de dispuesto. El Felip, ya lo sabes, tenía cuatro o cinco años más que Mònica, vaya, que había acabado el Bachiller y encima era un atleta que jugaba al tenis, al fútbol y a lo que se presentase, y ella, una niña en la que se asomaba una mujer, presumida y supongo que también muy descarada...

Agustín no necesitó mucho más porque también veía la escena. Sí; lo vislumbraba todo, allí, en aquel rincón bajo la escalera, donde se ocultaba el retrete; Agustín incluso



distinguía la cara de su tía Mònica que se le aparecía normalmente como una vaguedad tras una enorme sonrisa, pero ahora, al escuchar a su tío Guillem, se le tornó diáfana, perfectamente definida, incluso más redondeada e infantil, cuando el Felip le dijo con un torpe dengue que pretendía ser una sutil gracia que «a los novios se los besa como en las películas...». Y se abalanzó sobre ella. «Y según me dio a entender, cuando me lo descubrió durante aquella discusión tantos años después, tras quitárselo de encima a codazos, Mònica, que al fin y al cabo era tan soberbia como somos los Arrate y, además, mujer, en lugar de salir corriendo y dejarlo con un palmo de narices, se le burlaría por patán o por garrulo o por qué sé yo qué más; y ahí, exactamente, ahí, Agustín, se desató la furia del Felip; y ya no era un gallito presumido recién salido del acné intentando darle un susto a una niña estúpida y engreída, sino un bruto herido en su hombría que arremetió hasta tumbarla en el suelo, junto a la taza del *water*, y ya te imaginas el resto...».

—Todos, cuando salió por la puerta el Felip, notamos algo raro; venía como erizado y escondiéndonos la mirada; cogió la bicicleta, pronunció entre dientes un pretexto y se largó para Busaña echando chispas. Mònica tardó en salir; había llorado, pero no dijo nada, solo nos contempló con tal desprecio que no olvidaré jamás la furia de sus ojos. Y, claro, desde aquella tarde, dejé de acompañarla durante mucho, mucho tiempo. No te imaginas, Agustín, lo que me costó volver a estar a solas con ella y pasar las horas juntos compartiendo lo que fuera: los deberes de francés, una partida de parchís, mis primeros dibujos que tanto le gustaban; sí, me costó mucho volver a tenerla para mí... Por supuesto, mi hermano el Gerard jamás volvió a mentar la idiotez esa de que eran novios ni nada semejante.

Agustín sabía por su madre que su padre, Gerard Arrate i Genís, y Felip Zabala i Sentís habían sido uña y carne y que entonces, alentados por l'Escorxador y por Valentí

Piñol, se habían dedicado a seducir —por supuesto, esto es un eufemismo dado su evidente poder de coacción— a las recién contratadas por el Tritón o por el Mar Brava, con predilección por las desavisadas que se les ocurría asomar la nariz más de una vez por la *boîte* La Romana; esas no se les escapaban, ya se ocupaba l'Escorxador de señalárselas y ponérselas en bandeja, y ellos, todavía un par de imberbes, les caían encima, bajo unos pretendidos aires de caballero y ocupándose de todas las carísimas consumiciones.

—Supongo —añadió su madre con la pesadumbre que impone todo relato miserable— que aquellas ignorantes debían de adivinar al menos que tantas atenciones de un par de señoritos no eran por sus caras bonitas y que luego les tocaría abonar la cuenta del modo más indigno.

Aunque su madre no hubiese vivido esa época cuando el Gerard y el Felip se dieron a este mezquino buitreo con el servicio de sus hoteles, lo conocía por Lolica, quien hasta le había señalado a esta o a aquella otra incauta, si todavía permanecía en Busaña. Entonces, miró a Agustín y se permitió la gracia amarga, muy amarga, de rematarse con «eso me lo contó con pelos y señales porque a ella nunca le hicieron ni caso; de lo contrario bien callado que se lo hubiese tenido; ¡menuda es mi prima!». No obstante; Agustín también recordaba que su madre, en aquella conversación durante un viaje que hizo a Busaña con Xènia, apuntó que «hubo un tiempo, tres o cuatro años, en que Gerard y el hijo de don Cristóbal, después de haber sido íntimos, dejaron de hablarse; debió de ser una cosa pasajera, pues cuando yo llegué aquí, ya habían retomado la relación... Claro que también te diré, Agustín, que tu padre, el Gerard, siempre le guardó las distancias al Felip, y si lo nombraba en la intimidad, quiero decir, entre nosotros, lo hacía (supongo que por aquel disgusto antiguo) con desprecio, como si se viese obligado a tratarlo solo por la participación de don Cristóbal y del propio Felip en las sociedades de la familia...».

No había duda de que Agustín, por la confianza del empalidecido tío Guillem en su apartamento de Sants, conoció después cuál era la causa de aquella ruptura, llamada por su madre «antigua», entre Gerard Arrate i Genís y Felip Zabala i Sentís; sin embargo, le resultaba raro que su madre la ignorase pese a la larga y furtiva relación con su padre o que el mismo tío Guillem, tan leal y afectuoso con ellos, no le hubiese insinuado nunca nada; era, pues, un suceso que nadie, salvo los concernidos, Felip y Mònica, supo nunca en sus mínimos detalles, aunque de inmediato o mucho tiempo después, como era el caso del entonces niño Guillem, todos adivinaron y, cuya sordidez le resultaba tan escandalosa como para sentirse cómplices y, por tanto, para clausurarlo tras un férreo mutismo. Y también era claro que su tío Guillem tenía toda la razón cuando atribuía a este pringoso y feroz incidente la promiscuidad desafiante e irracional de Mònica; simplemente, concluyó Agustín: se estaba vengando de todos los hombres por quienes, tras aquel sucio estupro o su conato violento, en Can d'en Sureda, Mònica no sentía sino un asco visceral y convulso, mientras que su cuerpo, henchido de juventud, los necesitaba para satisfacerse, y su alma, para acariciar, aunque fuera meramente por unos segundos, la ternura del amor; de modo, que estaba condenada a la heroína, pues solo el caballo le proporcionaría ese infinito sosiego que anhelaba para escapar de esta atroz angustia.

—Desde que volvimos de Corfú anduvo jugueteando con el caballo; se enganchaba, y cuando ya se encontraba fatal, mi hermano el Gerard la ingresaba en un sanatorio a escondidas de mis padres; sí, así anduvo unos cuatro o cinco años. Lo extraordinario, Agustín, es que era de una naturaleza tan portentosa que cuando recibía el alta y estaba meses y hasta algún año lejos del pico, resplandecía de nuevo, sin una mácula de sus peores y más arrastrados días. Aquella época tortuosa fue larga; duraría, lo menos, cuatro o cinco años, y acabó más o menos cuando tú viniste

al mundo. Y cuando te conocí, yendo conmigo a tu casa, allí, al borde de la carretera, casi volvió a transformarse contigo en la misma Mònica que yo añoraba desde mi infancia; pensé incluso que estaba a punto de repetir el mismo ritual de poseerte y de llevarte a todas partes, como hizo conmigo, y qué voy a decirte: sentí una mezcla de envidia de ti y, a la vez, una profunda ilusión al verla renacer de nuevo; vaya, por encontrarme con la Mònica de entonces; la que se había desvanecido para siempre aquella tarde de Pascua, en el *mas* d'en Sureda... Si no sucedió, fue simplemente porque apenas subía a Busaña y se pasaba los meses entre un taller de artesanías de cobre y de plata (de sortijas, brazaletes y bisuterías de ese estilo), que había montado con su amiga la Verònica Comas en Ibiza, y el piso que me agencié en Sant Gervasi por entonces, con la venta de unas acciones de los hoteles y la ayuda de mi madre.

Cuando su tío Guillem llegó a este punto, aquella tarde en su apartamentito de Sants, como ahora en su oficina de la Schliemann AG, a Agustín se le suscitaban aquellas imágenes borrosas de Mònica, cogiéndolo y diciéndole aquellas cosas que apenas recordaba pero que siendo niño lo habían hecho sentirse el rey de la Creación y también la visión de sus regalos: unos objetos extraordinarios, imposibles de encontrar en Busaña ni en los anuncios televisivos, y que, por supuesto, jamás había imaginado el niño Agustín que existiesen: pequeñas marionetas de madera que, por su graciosa tosquedad, lo embrujaban, o unas ingenuas caricaturas de animales en cerámica y de vivos colores; todos los conservó durante años en un cajón de su escritorio de railite, y cuando siendo adolescente se los reencontraba por casualidad, los apretaba entre sus dedos pronunciando solo «Mònica», y con tal intensidad que parecía un infalible sortilegio para resucitarla.

—Y entonces, cuando tú tendrías cuatro o cinco años, apareció Henning... Lo conoció en Ibiza y la siguió hasta Barcelona. Era como fabricado a propósito para Mònica:

apenas te miraba con sus sonrientes ojos grises, y ya eras suyo; sin duda, un seductor nato. Sí, Agustinet, era un tipo que irradiaba un encanto hechizante, desde su pelo negro a su altura sigilosa y al elegante movimiento de sus manos y que, por descontado, no presentaba oficio, y menos beneficio alguno, aunque enredase a Mònica con no sé qué trabajo en Copenhague, adonde acudía de cuando en cuando para regresar con la cartera repleta de billetes y con unas contagiosas ganas de fiesta... La verdad es que Henning, cuando volvía de su país, era irresistible y, de pronto, se esfumaban durante una semana o dos; lo mismo aterrizaban en Madrid que en Lisboa, o vete tú a averiguar en dónde, hasta desde Nápoles me llamó una mañana muerta de la risa. A mí, sinceramente, me alegraba, porque Henning parecía alejarla para siempre de la mugre del caballo y también de aquellas abulias agrias que le duraban a veces un mes; sí, porque cuando cogía aquellas depres, yo temía lo peor, que se le ocurriese cualquier barbaridad; sabía de sobra lo que tramaba aquella mirada hosca de fiera, la misma que nos lanzó al salir del *mas*, aquella tarde de Pascua, cuando sucedió aquello tan horrible... Luego, ya ves, se fueron a vivir a Copenhague mientras sus llamadas se iban distanciando, pero yo sentía cómo sufría; verás, a veces, mientras pintaba o mientras estaba allí, en Busaña, contigo, me punzaba aquí —y Guillem se señaló el costado—, muy fuerte y agudo: eran sus crisis y sus derrotas que se me manifestaban. Intentaba llamarla pero no siempre me respondía, y cuando lo hacía, percibía cómo disimulaba, cómo me ocultaba a toda costa su miseria y su fracaso; luego se trasladaron a Glasgow, y no sé qué demonios hicieron en Escocia, pero por allí estuvieron nueve o diez meses alojados en distintas casas; me sentía desasosegado y de cuando en cuando me asaltaban aquellas punzadas que me avisaban de sus decaídas y de su sufrimiento; incluso todos estos padecimientos de Mònica comenzaron a reflejarse en mi cara y adelgacé tanto que

me quedé en los puros huesos... Y después, ya sabes, se marcharon a los Estados Unidos, y ya les perdí la pista. Muy de tarde en tarde, recibía una llamada suya; Mònica ya era otra, escurridiza, opaca, distante... Fíjate si se alejó de mí, Agustín, que, tras unas primeras semanas en Nueva York, nunca supe a ciencia cierta dónde vivieron y si es que aún seguían viviendo juntos... Y al año y medio de andar por allá, regresó; bueno, la detuvieron y la expulsaron del país. Me llegó a Barcelona, Agustín, una sombra de lo que había sido; físicamente era un alfeñique, y en cuanto a su descaro y a su gracia, ni rastro; solo sabía sentarse frente al televisor como un pasmarote, con aquellos ojos impávidos; supongo que le daba al caballo a escondidas, pero ni siquiera estoy seguro de eso... Por supuesto, de mi apartamento de Sant Gervasi no había forma de hacerla salir y en absoluto quería que la visitasen mis padres; es más, una vez vinieron a verla y se encerró en su cuarto, dando unos alaridos escalofriantes, donde me pedía que los echase, Agustín, escucha lo que te estoy diciendo —le recalco con amargura—: me gritaba que echase a mis padres de mi propia casa o no saldría nunca de su cuarto, y lo que ya era peor y siempre temí: que se arrojara por la ventana; muy capaz era. Y al poco, supimos que el sida se la llevaba; sí, se la llevaba y sin que volviésemos a recuperar a la Mònica que habíamos conocido y queríamos. Después, ya, aquel par de años de intrincados tratamientos sin esperanza... Cuando por fin pudieron visitarla mis padres, era un mero hatadijo de huesos. Mi madre se impresionó tanto al descubrirse incapaz de reconocerla, allí, en la cama del hospital, que no se recuperó y, a los tres años de la muerte de Mònica, también se nos fue.

Guillem Arrate i Genís estaba exhausto; en su rostro se transparentaba la calavera. La penumbra de la tarde había envuelto la estancia de Sants con un luto lacónico, y Agustín, afligido por aquel lastimero desahogo de su tío, tuvo que esforzarse, incluso apoyándose en la mesa, para

alzarse y encender una lámpara; también recibió los vasos con más *whisky*. Ninguno de los dos hizo el menor amago por tomarlos, tampoco se miraban; permanecían sumidos en sus recuerdos de Mònica.

—*Xaval, què menjarem?*<sup>61</sup>

Agustín se sobresaltó; era el Espinete Sergi desde la puerta de su despacho.

<sup>61</sup> Chaval, ¿comemos?





## El amargo pan cotidiano

Regresó a su despacho con la enojosa sensación de que la conducerma del Procés les había truncado una vez más la chismografía mordaz con que aliñaban sus comidas en aquel mesón más que restaurante, algo escondido de la sede de la Schliemann AG, donde acudían habitualmente para evitar a los compañeros de trabajo y explayarse divertidos sin miradas ni menos oídos inoportunos. Y era curioso que les sucediese precisamente algo tan antipático en aquel momento cuando el covid-19 parecía, con su mortífero paso, haber desnudado al Procés en toda su esterilidad y, sobre todo, cuando, tras el largo confinamiento y palpándose ya las vacaciones, cada quien solo tenía las ganas puestas en emprender un ansiado viaje; pero los indultos del martes pasado lo habían resucitado en todos los titulares y, cómo no, en los cenáculos políticos; aunque, ¿acaso estos tenían otra ocupación? No; no la tenían ni la pretendían porque era su momio más fecundo, y encima más agradecido publicitariamente y que menos quebraderos de cabeza les ocasionaba: sencillamente les bastaba con seguir inflamando el ambiente creado y sufragado por ellos de mil alambicadas y a menudo deshonestas maneras. Por esta desdeñosa opinión y para evitarse acaloros y, luego, largos y agrios remordimientos por haber proferido contra alguien lo que no se merecía, Agustín eludía el Procés como costumbre casi terapéutica; Espinete Sergi y el otro amigo, Julio, también compartían este parecer; y si lo mencionaban, era para pitorrearse de las ocurrencias y soflamas de los indepes, a quienes retrataban como unos

pelmazos a cuenta del presupuesto. Caso distinto eran el Domènec o la misma Mireia; ambos, más que preocupados, amargados y por circunstancias semejantes: ser catalanes por ambos costados y de muchas generaciones, concebir el mundo como un ámbito inmenso y sorprendente y donde, por supuesto, cabían los sentimientos patrióticos y hasta resultaban entrañables, aunque en absoluto de aquella forma obsesiva e incluso beligerante, pero los dos contaban, y para su permanente incordio, en la familia con algunos furibundos activistas del lazo amarillo, en distintos tamaños, modelos y facturas según el momento y siempre prendido sobre el corazón.

Y es que cuando ya estaban sentándose, Espinete Sergi recibió una llamada del Domènec avisando de que le hiciesen un sitio en la mesa porque estaba en un taller cercano comprobando el terminado de unas estructuras y que, en menos de diez minutos, los acompañaría.

Pese a su barriga y facundia, con sus trazos fachendosos por aquí y por allá como los bolsillos desbocados, siempre desbocados y rebosantes de anotaciones, que completaban su contagiosa simpatía, por más ingeniero y de los escrupulosos que fuese, el Domènec traía mala cara y hasta maneras airadas. Agustín y Espinete se le quedaron mirando con guasa para ver por dónde supuraba su malhumor, porque normalmente era cualquier insulsez hogareña: un intempestivo encontronazo con su mujer, Nuria, o una insolente y pertinaz petición de uno de sus dos hijos, un par de malcriados como correspondía a su infancia y a las costumbres almibaradas de estos tiempos.

—*A veure; què va passar?* —le preguntó Espinete.

—*Doncs que aquests paios del Col·lectiu l'Estaca han embrutat tota l'entrada de la casa amb els esprais. Com agafi algú, se'l menja!*<sup>62</sup>

<sup>62</sup> —A ver, ¿qué ha pasado? [...]

—El Col·lectiu l'Estaca; estos que son, ¿nuevos? —preguntó Agustín.

—Sí; como éramos pocos, parió la abuela —mordió el Domènec.

—Una subvención, Domènec; querrán una subvención —apuntó irónico Espinete.

—*Quina merda de subvenció... Si segur que ja en tenen!*

—Bueno; pues un aumento —continuó Espinete azuzando al Domènec—, *que vénen les vacances i caldrà fer despeses extres.*<sup>63</sup>

Sucedía que en su edificio vivía un antiguo *diputat* de Ciutadans; y de cuando en cuando, los CDR, o ahora esta facción del Col·lectiu l'Estaca, se lo recordaban al resto de vecinos estampándoles la fachada con una variada menestra de infamantes piropos. Si la primera vez todo el mundo lo consideró una gamberrada pasajera de una noche de calentón, cuando ya se convirtió en un festival mensual o trimestral, el enojo fue cundiendo de apartamento en apartamento, y de planta sobre planta. Desde luego, si algunos vecinos de querencias independentistas y perpetua *senyera* en el balcón ya miraban a aquel tipo, gerente —y un tanto redicho, esa es la verdad— de un almacén de saneamientos, con una sorda hostilidad, cuando las pintadas se habían convertido en un distingo característico de su fachada, sugerían entre dientes a la junta de propietarios una solución definitiva; naturalmente, imposible salvo que el gerente se largase. El pobre, por descontado, andaba muy mohíno, casi fugitivo por rellanos y entrada, y de su anterior elocuencia, no quedaba ni el tono. Mientras, los *graffities* seguían apareciendo la

—Pues que estos tíos del Colectivo l'Estaca han ensuciado toda la entrada de la casa con los *sprays*. ¡Como pille a alguno, se lo come!

<sup>63</sup> —Qué mierda de subvención... ¡Si seguro que ya la tienen!  
—[...] que vienen las vacaciones y habrá que hacer gastos extras.

mañana menos pensada. El berrinche volvía a cundir de nuevo, porque a la semana siguiente llegaría la llamada del administrador de la finca para sondear si había que avisar a los pintores o preferían dejar aquellos improperios un mes o dos a ver si las inclemencias del tiempo o la mera cotidianidad les restaban estridencia. Pero esta vez, según detallaba el Domènec, habían entrado dentro del edificio y habían dejado el vestíbulo como, poco más o menos, un vagón del metro de Nueva York. Por supuesto, lo habían denunciado a los Mossos, quienes levantaron el atestado con la mayor pulcritud y también el mayor escepticismo porque sus investigaciones llegaran a alguna parte en caso, claro, de que dispusiesen de efectivos para iniciarlas.

—*Domènec, si saben qui son* —le apuntó Espinete.

—*Home, ja ho sé: però que vols que fem... Mirar-les i picar de mans.*<sup>64</sup>

Estos desmanes procesistas se sobreponían a que el Domènec nunca acabó de acomodarse a gusto en Moncada y Reixach, donde su suegro, un contratista avisado y generoso, les había casi regalado con la boda —bueno, estaba a nombre de Nuria y mediante separación de bienes— uno de los tres áticos de aquel edificio. Desde luego, era un magnífico piso; incluso más que eso, porque el buen señor había puesto mucho esmero desde que lo designó como vivienda para su hija y sus futuros nietos. ¿Qué más quería el Domènec? Muy sencillo: instalar a su familia en su pueblo, Montgat, a la vera del Mediterráneo y abandonar aquella esplendidez pero en la entrada del Vallés, desde cuya terraza solo se contemplaban trenes y carreteras por doquier, pero el mar, tan constante en su infancia y tan de su apetencia para acompañar los ocios, era más bien un anhelo.

<sup>64</sup> —*Domènec, si saben quiénes son.*

—*Hombre, ya lo sé: pero qué quieres que hagamos... Mirarlas y aplaudir.*

Y si vivir en la boca del Vallés le suponía una molestia menor, muy menor, pero constante porque le suscitaba un suspiro de añoranza por su Montgat cada mañana, cuando tomaba su automóvil rumbo a la oficina en Granollers; en cambio, el Procés le suponía, como he dicho antes, una opresión íntima e irresoluble, y que para mayor inri le envolvía cotidianamente con las cuatribarradas, de estrella o sin ella, prendidas por los balcones de su recorrido, aunque ahora mismo, tras la defraudante incapacidad exhibida por la proindependentista Generalitat ante el siniestro covid-19, se mostrasen descoloridas y un tanto desoladas, al contrario del lustro previo a la llegada de los policías en aquel paquebote pintado con personajillos de los dibujos animados —el ridículo acorazado Piolín—, o al referéndum del uno de octubre con bronca y tanquetas, o a la efímera proclamación de la DUI y a la inmediata fuga de la mitad del Govern con una nocturnidad de colegiales sorprendidos en una trastada; en efecto, durante estos acontecimientos y hasta en sus semanas siguientes, aquellas banderas habían flameado briosas porque el Procés, que ya venía, desde hacía cinco o seis años con lo de Junts pel Sí y sus elecciones plebiscitarias, jolgorioso y desmelenado, alcanzó durante aquel otoño de 2017 su más álgida y estruendosa efervescencia, como un cataclismo que convulsionase desde el Canigó hasta el Ebro al principado entero; mientras, las grandes empresas, sustento del bienestar general —y como consecuencia indeseada, también del énfasis, llamado por algunos muy púdicamente supremacismo, que inflamaba el espíritu general del Procés—, mudaban sus sedes a otras capitales de España en una desbandada que no presagiaba sino un lúgubre y estremecedor porvenir. Por fortuna, esto último no le afectó al Domènec porque trabajaba para la delegación regional de Metanocex, una empresa hispanofrancesa de aleaciones especiales con sede en Dijon; pero el resto de sucesos, por más que el brote del covid-19 los hubiese

ajado como los rastros callejeros de un inmenso festejo pasado, claro que le habían afectado y aún le afectaban y le afectarían en tanto durasen sus rescoldos y repuntes, y sin escapatoria, pues su tío y mentor de su hermano Vidal era un conspicuo independentista y, además, el miembro más eminente y reverenciado de la familia, de modo que, para su indigestión, tenía que tragarse cucharadas soperas de Procés cada vez que acudía a comer a casa de sus padres en Montgat.

—*Doncs truca al Canalda i que els aturi d'una vegada* —le apuntó Espinete—, *i això, en dos segons, s'acaba.*<sup>65</sup>

Ese, Llorenç Canalda, era su eminente tío; contaba con uno de los más impecables *cursus honorum* de la cúpula indepe; miembro desde su adolescencia de Òmnium, fundador de la Crida, por supuesto, también de la ANC y, en mitad, antiguo benedictino exclaustro por los tobillos y el resto de accidentes anatómicos de una holandesa más bien descarada, de la que a su vez, como del hábito —aunque en absoluto de la Iglesia, y menos de la catalana—, se divorció cuando le estorbó para ascender por los alledaños del munificente pujolismo hasta llegar a sentarse con el Tripartit, y ya como consolidado intelectual por sus artículos en *Avui*, avalados por sus licenciaturas de Magisterio y, luego, de Ciencias Políticas —esta de una rapidez sospechosa—, en el consejo de la Corporación Audiovisual y, de seguido, en las directivas de varias fundaciones para la preservación de la cultura patria y de figurar, al menos como firmante de sus decisivos y alarmados *dossiers* sobre los peligros que acechaban a Cataluña, en dos o tres, muy prestigiosos y bien sufragados por el Govern, *think tanks*. Por lo demás, su *seny* era del más alto predicamento entre la dirección indepe actual,

<sup>65</sup> —Pues llama a Canalda y que los pare de una vez [...], y eso, en dos segundos, se acaba.

pues se le catalogaba como el procurador *in extremis* de todos los consensos entre los puigdemontistas y el núcleo directivo de Esquerra Republicana de Catalunya, y esto reafirmaba el rumor que lo precedía *sotto voce* y con un sigilo conspirativo de ser ni más ni menos que el emisario más cualificado de Montserrat. Por todo ello, el Domènec cuando se mentaba a su tío o al Procés enmudecía o avinagraba el gesto, o si se lo permitía la circunstancia, daba la espalda a la conversación y se introducía con su simpatía en otro corro donde no se viese obligado a opinar sobre aquellos asuntos tan vidriosos para él, pero estando rodeado en aquella mesa de sus amigos no tenía mucha escapatoria salvo murmurar un:

—*És un home molt ocupat.*

—*Doncs, el teu germà* —le insistió Espinete.

—*O el Puigdemont; et sembla bé?... No em fotis més, Sergi!*<sup>66</sup>—cortó tajante el Domènec.

La comida trató de recuperar su jocosos tono habitual pero la tristeza, tan extraña en los ojos del Domènec, consiguió que tanto Espinete Sergi como Agustín bandeasen cualquier pulla —ni tan siquiera, mención— al omnipresente Procés, sobre todo, cuando parecía obligado porque el miércoles pasado, justo a tiempo para que pasasen la Nit de Sant Joan en casa, Junqueras, los Jordis y el resto de la tropa habían abandonado la cárcel de Lledoners, irredentos, mitineros y la mar de abrazadores de quienes les aguardaban hasta con tablado y megafonía; en fin, otro festival para seguir con aquel inmenso negocio en que habían convertido el atávico sentimiento que tienen todos los pueblos; eso sí, unos más que otros. Y esa sensación de andar evitando forzosamente un asunto constriñó el ánimo de Agustín, suponía que

<sup>66</sup> —Es un hombre muy ocupado.

—Pues, a tu hermano [...]

—O a Puigdemont; ¿te parece bien?... No me jodas más, Sergi.

también el de Espinete Sergi y no digamos el del Domènec, que, encima, al regresar a su casa en Moncada y Reixach se volvería a encontrar con el vestíbulo estampado de insultos; todo un resumen de lo que para ellos era el Procés: un innecesario embrollo que incomodaba continuamente sus vidas.

De vuelta a su oficina, Agustín comparó a Llorenç Canalda con su tío Eusebi Arrate i Genís; era un ejercicio casi inevitable porque ambos coincidían más o menos en la edad, aunque el exbenedictino presentara un quinquenio menos, y ambos, no tanto en el ocaso, pero desde luego en la cuesta abajo de sus vidas, andaban embarcados en una causa juvenil y de barricada, como era cualquier nacionalismo desde que alborease esta ideología tan embriagadora como propensa a las nostalgias, allá por el siglo XIX. O bien, por eso mismo se podía interpretar al contrario, tal como hacía Mireia cuando se enrabiaba al volante de su *Golf*, atrapada por una manifestación de los CDR: considerar a todo nacionalismo como una causa trasnochada cuando el mundo estaba a punto de transformarse en la representación digital de sí mismo. Y visto así, como Mireia, tanto el Llorenç como l'Eusebi no eran sino un par de tarretes buscando un vanidoso protagonismo y —qué menos que eso— una jubilación gloriosa a cuenta de una causa que sabían sobradamente como un engaño para aldeanos sentimentales. Por lo demás, las diferencias entre Llorenç Canalda y Eusebi Arrate eran tantas que, por su mero contraste, se descubrían impudicamente las entretelas del Procés y, sobre todo, los dos tipos de ingenios que lo agitaban. Verán, mientras Llorenç Canalda era un humildísimo catalán metido a monje por tener un cobijo y que, astutamente, supo acomodarse al devenir de la historia, valiéndose de lo más cercano e infalible: la Iglesia y su prolongación secular, el cristianísimo nacionalismo del país, y con tan sigilosa y paciente habilidad que, tras muchos reveses durante el opíparo pujolismo, cuando su talento no encontraba aún el púlpito oportuno porque



había bofetadas y todo tipo de zancadillas para acercarse al pequeño gran padre de la patria, se veía en este momento elevado —por aquello de que el tuerto, en el país de los ciegos, es el rey— a una especie de Talleyrand con barretina y espardeñas.

Su tío Eusebi, por su parte, representaba justamente el recorrido inverso: de intelectual con ínfulas y deslumbrante formación internacional —o al menos sobre el papel y en los diplomas enmarcados en su despacho—, ahora se encontraba, por ciega y pomposa vanidad —y, desde luego, por el alegre tintineo de los ducados en el bolsillo, que nunca debe olvidarse—, convertido en un Séneca de casino comarcal y concurso de habaneras; algo que tal vez hubiese complacido al viejo y socarrón Josep Pla, pero en absoluto al arrogante y despreciativo Eusebi Arrate i Genís.

No obstante, Agustín colegía que su tío, como cualquier altivo intelectual inmerso en un *maremagnum* impulsado por la emotividad, alentada por cándidos cánticos tradicionales y exaltadas arengas sin un atisbo de razón, corría un serio peligro si pretendía perdurar como una de sus luminarias, porque el Procés era un mejunje explosivo con aquellas incursiones de los antisistemas, venidos de los antípodas para incendiar los contenedores de la Diagonal con los que capturar portadas de periódicos por doquier, o los arrebatos incontrolables y hasta lunáticos de la CUP, sobre un día a día que no era sino una disputa entre las otras facciones nacionalistas, que si no se ponían de acuerdo en nada, por contra y curiosamente coincidían en algo sustancial: estar integradas por individuos sin la menor experiencia profesional fuera de la administración catalana y con el deliberado ansia de mejorar su disfrute de los ubérrimos caudales del presupuesto; por tanto, Eusebi Arrate i Genís corría un serio peligro si pretendía perdurar en aquel carnaval con su docto discurso cartesiano.

Además, Eusebi no podía olvidar —o los otros caudillos del Procés no le dejarían que olvidase— que era un Arrate;

es decir, un miembro de las familias que desde hacía muchas décadas habían mangoneado el principado a sus anchas y a las que Pujol había complacido obsequiosamente. Más aún, los cabecillas actuales del Procés, de extracción menestral y pueblerina —por decirlo de un modo cortés— deseaban desplazar —por muchas reverencias que aún les hiciesen— a esta burguesía casi feudal del poder y de sus aledaños para amoldarlo a sus deseos sin la menor traba. De momento parecía que este hecho no se había producido todavía; si bien, pudiese acontecer el día menos pensado, y entonces, el Procés estallaría en mil pedazos. Mientras, la Cataluña rural, allí donde arraigaba y se vivificaba el Procés, tan profundamente apegada a sus costumbres y, por tanto, tan conservadora, pensaba, cuando se iba a dormir, que quienes seguían manejando férreamente y en secreto los hilos del Procés eran la siempre presente iglesia catalana y esos cientos de familias de Barcelona, al situar en lugares claves a sus peones, como sería el caso de Llorenç Canalda, o a algunos de sus más tronados vástagos, insertos entre los CDR o entre la CUP, y que, en tal caso, no había nada que temer, porque el Procés continuaba en las manos de quienes debía de estar. ¿Pero era eso cierto?

Agustín lo ignoraba y solo podía asegurar que su hermanastro, el nuevo *conseller d'Administracions Territorials i Comarques*, era, de momento, el firme sostén de su tío Eusebi; y quién sabe si este, Gerard Arrate i Bussot, con otros como él, provenientes de esa burguesía barcelonina, no planeasen dar un golpe de timón y reconducir al Procés hacia el sosegado camino donde creían que aún se hallaban los más tradicionales indepes; aquellos de Vich, de Berga, de Solsona y de todo el interior del país que se iban a la cama convencidos de que todo marchaba como debía.

La verdad es que no era descartable algo así porque Gerard Arrate i Bussot ya había demostrado sus habilidades; además, en un estanque tan revuelto y cenagoso como Esquerria Republicana.

—Supongo que se afilió a Esquerra por puñetear a mi hermano —le contó el tío Guillem—; entonces no es que se llevasen muy bien que digamos; tu padre, a la chita callando, iba imponiendo su asfixiante mando y el Gerard, cuando no aguantó más, se le sublevó apuntándose en las Joventuts d'Esquerra, él que aparentaba un chico modélico y bien mandado. Por supuesto, a tu abuelo, cuando nos enteramos, se lo ocultamos; ya tragaba bastante quina con que mi hermano, su *hereu* y *de facto* el cabeza de la familia, fuese un preboste de los convergentes y que, cuando salía en la tele, hablaba de España como si fuera un país extraño, como para contarle que su nieto, el Gerardín, que era su ojo derecho, le había salido independentista; pero claro, como cursaba el Bachiller allá, en los Estados Unidos, y, luego, ingresó en Yale, como mi hermano, pues tampoco es que dispusiese de demasiado tiempo para dedicarse a la causa y, menos, para dar algún escándalo por aquí. Pero, Agustinet, el tío no debió de perder los contactos; desde luego, porque... —Y su mirada se fue tras unos jovencitos que pasaron ante la ventana del restaurante; después, suspiró y volvió sobre sus *rigatoni* rociados por un suavísimo *pesto genovese*.

Sin duda, el tío Guillem acertaba, porque cuando Gerard Arrate i Bussot ya se estableció definitivamente en Barcelona e ingresó durante un tiempo en el gran despacho de Giró para foguearse en litigios internacionales, de tanto en tanto, asomaba en la prensa gerundense —pero solo en la gerundense; en la barcelonesa aún no disponía del hueco— del brazo de Puigcercós. Para alivio de disgustos, el todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia ya había muerto y si Agustín lo recordaba, por más que aún se hallase estudiando Ingeniería, era porque durante aquellos fines de semana, de regreso a Busaña, se entretenía en ojear los periódicos de la provincia en la cafetería de La Rambla. Por entonces imperaba en Esquerra Carod-Rovira y el «Clan de la avellana», algo que no incomodaba a Gerard

Arrate i Bussot quien, sobre cualquier coqueteo político, estaba ocupado en afianzarse en Barcelona. En un trienio o así, se casó a la altura de su apellido, y abandonó, poco después y cuando se consideró con la suficiente experiencia, el despacho de Giró —en eso, en la cautela, era idéntico a su padre, Gerard Arrate i Genís— para comandar las inversiones internacionales de la familia, y algo nuevo: mostrando esposa y recientes bebés, comenzó a frecuentar Busaña, instalado, claro, en la antigua torre de Codina. Desde ahí y a la vista de todo el mundo, pero sin que nadie reparará en que eran algo más que unas fiestas del *fill*<sup>67</sup> *de l'Arrate*, Gerard Arrate i Bussot tendió sobre la ya consolidada red de su abuelo y de su padre la suya propia sobre el resto de la provincia: los indepes titulados —por ellos mismos, claro— de izquierdas, y cuando le interesó, entró en la política profesional. Y en absoluto a codazos o como un concejal que llega de rondón a distinguido alcalde —un suponer: Carles Puigdemont—; ni mucho menos; al contrario, consiguió que desde la misma Barcelona lo reclamaran para una *conselleria* durante el segundo Tripartit, el de Montilla. ¿Cómo? Pues por obra de aquellas fiestas y de codearse entre la Barcelona del Foment, del Ateneu, del Liceu... que para eso regentaba en el Paseo San Juan un gran despacho de inversiones internacionales y se había casado con quien podía abrirle estas aristocráticas puertas sin despeinarse.

—Ah, pero la *conselleria* no la aceptó; fíjate, Agustinet —le guiñó con picardía su tío Guillem—, se conformó (¡qué zorro el tío!) con la dirección general de un instituto de promociones industriales, lo que le permitía tener un oído instalado en las interioridades de la Generalitat y el otro sobre los negocios de la familia; menudo es tu hermanito el Gerard... Después, tuvo que tragarse, supongo que con gran

<sup>67</sup> fill: hijo.

disgusto pero ni se inmutó, te lo juro, porque me lo tropecé entonces un par de veces, el hundimiento de Esquerra en el 2010, pero comoquiera que enseguida llegó lo de Junts pel Sí, no se vio en el siempre desagradable brete de abandonar un partido tan histórico para Cataluña como Esquerra; oh, qué dolor de corazón le hubiese supuesto. —Y soltó una de sus estruendosas carcajadas de remate—. Desde entonces, desde aquel batiburrillo del plebiscitario, se instaló en la antesala de una u otra *conselleria*, vigilando a ver en qué acababa el jaleo, con tal suerte que la DUI le sorprendió de *viceconseller*; de modo que por el Tribunal Supremo estuvo solo de visita, pero estuvo, que es lo que a él le interesaba...

Mientras su fama, como bien sabía Agustín porque ya eran los medios de la gran metrópoli quienes la pregonaban, de ser un hombre eficaz y digno de toda confianza, ni siquiera aquejó la menor mella por aquel dislate con sus detenciones y el consiguiente juicio; es más, a cualquiera que le preguntase en Barcelona durante un *cocktail* del mundo de los negocios por Gerard Arrate i Bussot le respondía con una comprensión paternal que, vaya, debía entender que tenía que apechugar con los estrafalarios vaivenes de su partido; aunque ya le constaba a quien debía de constarle —es decir, a las amistades de su suegro— que, si por él fuera, todo discurriría de una forma más sensata y, sobre todo, eficiente; ¿o acaso no era el hijo de Gerard Arrate i Genís, *un home com cal?* Ante tales argumentos, no le quedaba sino asentir.

—Pero, verás, Agustinet, hizo algo bueno: echar a Felip Zabala de todas las sociedades de la familia; en cuanto regresó de Estados Unidos, se dedicó a este delicado asunto. Lentamente y con grandes desembolsos nuestros y de otros inversores de Barcelona y del extranjero, consiguió que ningún Zabala participase en nuestras sociedades, y supongo, también, que entre unos y otros, debimos hacer rico al Felip... Mi hermano, el Gerard, lo había intentado siempre; ya te imaginas la razón: por lo de Mònica, pero

no lo consiguió por lo enrevesado de la operación y, sobre todo, por ese miedo que le tenía mi padre, el todopoderoso Gerardo Arrate Goitia, a l'Amalia Sentís...

—¿Miedo?

—Sí, miedo. He tenido siempre el pálpito de que mi padre, con todo lo arrogante y prepotente que parecía, temía a l'Amalia por algo, pero nunca he sabido y menos he sospechado por qué; pero yo sentía cuando hablaba de ella que la temía. Y eso también explica, Agustinet, por qué mi hermano mantuvo al Felip en nuestros negocios después de lo que le hizo a Mònica: porque si alguna vez intentó echarlo, mi padre de un modo u otro debió de impedirselo. Así que mi hermano no pudo hacerlo hasta que contó con su hijo para que se ocupase de esta tarea, meticulosamente y sin armar escándalo, y, fíjate, Agustín, hasta que mi padre y l'Amalia Sentís ya se hubiesen muerto.

—Entonces, ¿tú crees que el abuelo supo lo de Mònica?

—No; eso, nunca. Si se llega a enterar de tal cosa, le mete tres tiros al Felip por violador, y otros tres al Gerard por consentirlo.

Y en estas cavilaciones le sorprendió el timbre de su móvil; era su excuñado, Oriol.

—Dime...

—...

—Ah... Estupendo, pues. Descuida, se lo digo ahora mismo a Guille.

—...

—Desde luego... Descuida y... *I moltes gràcies, Oriol...*

—...

—Sí, sí; descuida... *Una abraçada; adeu, adeu...*

Oriol Planas había cumplido y, además, con una celebridad encomiable; la prueba de Guille en San Adrián de Besós estaba prevista para el viernes próximo a las diez de la mañana; «ojalá no le coincida con ningún examen», pensó. Por tanto, debía de avisar cuanto antes a su hijo; utilizó lo más efectivo: un *whatsapp*.

Revisó su *email* por si había respuesta de Zaragoza; nada, demasiado pronto. De modo que iba a meterse con otro expediente, y al no encontrarlo sobre su mesa se fue a levantar para pedírselo a su secretaria, pero acogida al horario de verano ya había partido. Es más; a través de su mampara de cristal, la planta se divisaba desierta; toda transida por esa calidez adormecedora de los atardeceres de junio y bajo un silencio abacial. Por supuesto; si se asomaba al corredor encontraría en los despachos contiguos al suyo a algún que otro ejecutivo como él, pegado al teléfono o absorto en el ordenador y poco más, hasta las seis y media cuando sonase el profundo ronquido de los aspiradores del personal de limpieza. Pero, mientras tanto, la planta vivía un momento teñido por ese dorado nostálgico del sol de poniente, mirífico, excelso, propicio para el más contrito rezo o para el amor más pausado.

No obstante, no podía olvidar la mirada asqueada del Domènec; «qué mierda», rumió y, de pronto, por el mero contraste o porque hubiese estado pensando en él hacía apenas unos instantes, se le vino el gesto autoritario de los Arrate en la cara de su hermanastro, el nuevo *conseller d'Administracions Territorials i Comarques*, el viernes pasado, cuando se lo señaló Mireia en el televisor de aquel bar cercano a su farmacia donde comían juntos cuando, con cualquier excusa, le urgía verlo y luego matar un rato de confianzas en la rebotica. Siempre era lo mismo; tras regresar de aquel bar ponía unos Nespressos, se recostaban sobre un sofá o se tendían sobre el mismo suelo y hablaban sin hablar de nada, se besaban y poco más que una inmensa ternura, porque en cualquier instante sonaba la campanilla avisando de la entrada de un cliente con su receta o regresaba de comer Teo, la farmacéutica adjunta, como él la bautizó; entonces, se marchaba. Y ahora, a propósito del rostro de su hermanastro, advertía como aquellos momentos se habían vuelto cada vez más frecuentes. Desde luego, ese menudeo era todo un síntoma

de cómo Mireia había ido cambiando desde hacía unos seis meses y cuya hermosa conclusión había sido la sofocada declaración de esta misma noche. Sí; Mireia, la inaprensible, la escurridiza, la arisca guardiana de su independencia, estaba claudicando, mientras él, tan prendado de esa enérgica fugacidad suya, ni siquiera se había dado cuenta. Ah, pero esta misma tarde se volverían a encontrar y podría comprobar durante otro abrazo cuanto esta mañana había sentido en la puerta de su ático y ahora mismo estaba paladeando: la entrega de Mireia sin cautelas ni recelo; y tal posibilidad, sin que Agustín fuera muy consciente, le arrancó otra carcajada, disipando toda la aflicción que le había dejado la comida. Y, después, envuelto por la afable bonhomía que le legó aquella risotada, apagó el ordenador, se levantó del sillón y tomó su americana; en un instante estaría sobre su 318, rumbo a su apartamentito de Sants, deseando recibir aquella llamada. De sobra le constaba que el número de Mireia no se iluminaría en su móvil hasta más allá de las nueve, cuando hubiese bajado las persianas de los escaparates y se hubiese sentado ante el volante del Volkswagen Golf.

Y en tanto se quitaba el «uniforme de faena» y lo colgaba pulcramente en el armario oyó varios campanilleos del WhatsApp. Al entrar en el salón con aquel pantalón de chándal del chino más cercano y aquella camiseta de promoción de unas cervezas que le servía como las batas de los mercadillos servían a las antiguas amas de casa, para todo, ojeó los mensajes telefónicos; uno era una eufórica grabación de Guille ante la posibilidad de fichar por el Espanyol el viernes; los otros dos eran una serie de fotografías, enviadas por el Domènec, del vestíbulo de su casa; la verdad, resultaban macabras, y no tanto por los insultos, sino por la negra violencia con que estaban trazados sobre el muro y los buzones. Por un instante tuvo un mal presentimiento; algo oscuro, fugaz, indefinido, pero que lo sobrecogió. Pensó hasta en llamar al Domènec,



pero si le daba cuerda sobre las pintadas, no conseguiría sino escucharle una sarta de insultos coléricos sin mayor provecho que alterarlo aún más; mejor guardar silencio y responderle con un *whats* humorístico; claro que, en ese momento, no se le ocurría nada... Y, vaya, apareció bajo las fotografías el chiste que Agustín buscaba en sus meninges enviado por Espinete Sergi.

«Chato, pregúntales si estaban de rebajas los *sprays*, porque menudo derroche».

Le consoló contar con un tipo como Espinete Sergi, siempre con el quite de guasa dispuesto; era una auténtica bendición. Luego, llegó otro de Julio, más en su tono de impecable financiero, llamándolos vándalos y esos otros adjetivos que utiliza la prensa y que de tan manoseados ya no califican nada. Ahora, faltaba solo su mensaje, pero seguía allí, leyendo la pantalla del *smartphone* y sin atinar con la frase adecuada. Al final, se acogió a algo tan manido como eso de:

«Controla, tío, que no merece la pena».

«*Una merda*».

Era la furiosa respuesta del Domènec. «Desde luego», se dijo, «tanto pensarlo para, al final, meter la pata».



## Tres llamadas de teléfono durante la cena

Con el solsticio, la noche se retrasaba mientras el mar ya era una espesura que había perdido sus últimas verdosidades y apenas se dejaba ribetear por las filigranas blancas de las olas. Pronto, en no más de media hora, la oscuridad se apoderaría de todo, y el par de focos anaranjados sobre la cristalera y la vela que había erguida en el centro de la mesa sobre un estilizadísimo candelero de hierro serían su única iluminación. El salón, para qué decirlo, era una penumbra donde se emborronaban los muebles; más allá, el resplandor de la cocina asomaba tenuemente.

—En eso se ha entretenido —musitó Agustín. Atravesó la terraza hasta tomar con curiosidad aquella varilla metálica y rugosa en cuya copita había encajado el aguzado cipo de purísima cera que, seguramente, una vez encendido, exhalaba algún discreto perfume. Después, volvió a situarla donde la había dejado Mireia y con el mechero, que había entre los salvamanteles de yute trenzado, prendió el pábilo.

Habían pedido con motorista un combinado de *gyoza* y una bandeja de *sushi*; la verdad, lo importante era el vino que compró Agustín por el trayecto, blanco y muy fresco, del Penedés, naturalmente. Allí estaba, en la cubitera, esperando a que Mireia hubiese dispuesto las cajas del motorista a su gusto en un par de bandejas. En este menester era muy suya, como en casi todo, y solo le permitía que se ocupase de colocar, como ingeniero ejerciente, milimétricamente los cubiertos y el resto del servicio.

Ambos, tras el primer y raudo beso de saludo en el *Golf*, se habían estado observando con la ironía titilando en las

pupilas; Agustín esperaba un descarte, por ejemplo, cualquier comentario mordaz a propósito de las arrugas de su camisa o de una mancha en una manga de la americana; pero Mireia se limitaba a mirarlo de soslayo con malicia; y cuando, harto de vigilarla y sin que Mireia le dirigiese más allá de aquellas pícaras miradas, la abordó por lo bravo en la cocina, Mireia se le escurrió sinuosa para con un mínimo giro interponer las copas entre ambos; era toda una orden. Y sonó el timbre con aquella comanda tan japonesa como liviana... Qué remedio, Agustín, tras los vasos, continuó con los mantelitos de áspera fibra y el llenado de la cubitera, y cuando estaba retocándolo todo para que no se observase ni un desvío en la simetría, Mireia apareció por la terraza y con una meticulosidad impostada colocó la vela, atisbándolo de soslayo. Agustín solo la había visto envuelta en el papel de la tienda al bajar del auto, pero, siguiendo con el juego, se disfrazó de distraído y evitó todo comentario sobre aquel objeto novedoso que podía tener una significación tan tierna como cursi. Por descontado, en cualquier momento iba a estallar esa carcajada que cada uno contenía esperando que fuese el otro el primero en desahogarse y romper aquel mutismo de pura broma que habían levantado desde su entrada en el ático.

Por fin apareció con la comida; y cuando situó las bandejas, flanqueando la vela, y se apartó un instante para observar el efecto, lo miró como pidiendo su asentimiento.

—Bueno —aprovechó Agustín—, y ahora me darás ese beso por el que he venido...

—*Vine aquí.*<sup>68</sup>

En efecto, había merecido esperar en vilo todo aquel tiempo para recibir aquel abrazo que le pareció no acabarse nunca; tanto que caricia tras caricia por un momento la cena dejó de importar y tan solo la brisa marina, el lento desplome de la nocturnidad y el runrún de algún coche

<sup>68</sup> —Ven aquí.

pasajero era cuanto les rodeaba; sus miradas, la una en la otra, cómo se miraban al final de cada cita después de haberse demorado unas horas aquí o allá para hacer más inquietante y necesario el encuentro; solo que hoy, este lunes y de improviso, habían empezado por ahí. Luego; algo estaba cambiando al compás que marcaba Mireia, y tan de prisa que Agustín aún no era consciente.

—*Sopem?*<sup>69</sup> —musitó Mireia.

—Sí, sí, claro...

Y le costó desprenderse de ella; incluso a cualquiera se le hubiese antojado que se estaban despidiendo para siempre cuando simplemente cada uno daba unos pasos hacia atrás, aún cogidos de las manos, para sentarse a ambos extremos de la mesa. Después, con los primeros sorbos al vino y los bocados a las empanadillas japonesas, comenzaron a ser quienes eran: Mireia, poco a poco, distante, y Agustín, tras su mirada abúlica, que, en cualquier momento, podía tornarse la de un soberbio Arrate; mientras, el percance del Domènec empezó a dominar la conversación.

Y sonó el móvil; Agustín se levantó y lo extrajo de su americana con fastidio y, al ver la pantalla, se quedó sorprendido: era su madre.

Agustín, con el rostro alarmado, le hizo un gesto de atención con el índice a Mireia.

—Dime.

—...

—¿Cómo? ¿Pero qué dices?

—...

—Vale, vale... ¿Entonces?

—...

—Ajá; bien, muy bien; iré a buscarte al aeropuerto... Descuida, mujer, que sí...

—...

<sup>69</sup> —¿Cenamos?

—Que sí, que allí estaré... Y no te alteres, ¿me lo prometes?

—...

—Bueno, pues hasta mañana.

Mireia aguardaba para saber cuál era el asunto de aquella llamada tan importante para que Agustín permaneciese tenso, todavía de pie y con el *smartphone* en una mano, junto a aquella silla apartada donde se tendía su americana.

—Mi madre... —pronunció con el ceño fruncido y la mirada en sus adentros—. Que viene mañana en avión desde Almería. La ha llamado mi tío Guillem porque mi padre se muere... Y quiere verla.

Agustín, aturdido, se sentó de nuevo ante la cena y buscó en los ojos de Mireia una respuesta a todo cuanto le embotaba la mente en aquel momento... Y como viese que ella permanecía observándolo, por fin, atinó a decir:

—Qué vueltas da la vida, ¿no?

—Desde luego —corroboró Mireia todavía bajo la misma extrañeza que dibujaba la cara de Agustín.

—Bueno; comamos... —prosiguió para rasgar aquel suspenso que había congelado su encuentro, y tomó otra de aquellas empanadillas.

Apenas si supieron por dónde continuar: si por el Domènec, por la inminente llegada de su madre o por la agonía de su padre de la que Agustín apenas si tenía alguna pista por su tío Guillem, pero como se cumpliesen unos tres o cuatro meses que no se habían hablado, salvo en un par de *whats* de felicitación por el cumpleaños del Arrate más zascandil y perdulario, sus noticias no habían superado aquello de que Gerard Arrate i Genís de pronto, y como hacía tiempo que pronosticaba su existencia mantenida por una amplia menestra de grajeas diarias, había dado un giro tenebroso, pero tal vez fuese otra falsa alarma; ya había sufrido un par con anterioridad y de ambos había resurgido.

El teléfono depositado en la mesa se iluminó y volvió a emitir su soniquete electrónico; era el tío Guillem.

—Sí; dime.

—...

—Sí; me acabo de enterar... No hace ni un minuto que me ha llamado mi madre...

—...

—¿Tan grave es?

—...

—Claro; claro, iré a buscarla y después la acompañaré a la clínica, descuida...

—...

—Me alegro; gracias, muchas gracias...

—...

—Bueno... Pues hasta mañana.

Mireia suponía que era Guillem Arrate i Genís pero aguardaba a que Agustín se lo confirmase.

—Mi tío... Que también estará mañana en el Prat para recibir a mi madre...

—Es un tipo estupendo.

—Desde luego; ha sido él quien le ha comprado los billetes; ya los tiene en el mostrador del aeropuerto de Almería... Qué cosas, ¿no? —Por su tono no se hubiese sabido si era un lamento o un desahogo emocionado; pero sus ojos lo delataron; se le habían empañado.

Por un momento a Agustín se le vino la imagen de Gerard Arrate i Genís; tal vez, la última vez que lo viese. Se encontraron en la puerta del Palace, en la Gran Vía; Agustín acudía a la reunión con unos clientes de Sevilla, mientras su padre, Gerard Arrate i Genís, salía entre un grupo de su misma edad; todos, con ese paso distendido pero seguro que solo otorga una sólida y saneada posición. Se miraron y Agustín vaciló atorado por lo de siempre: no saber cómo tratarlo.

Gerard Arrate, avisado, se le anticipó:

—¡Hombre, Agustín, cuánto tiempo! ¿Qué haces por aquí?

—Una cita con unos clientes...

—¿Todo bien?

—Sí, gracias.

- ¿Y tu madre, cómo anda?  
—Bueno, ya sabe; allá, en Garrucha... Muy contenta.  
—Estupendo; ¿y la familia?  
—Bien, también.  
—Me alegro...

Y Gerard Arrate i Genís iba a tenderle la mano, cuando de improviso desvió el ademán para convertirlo en una palmada en el hombro. Eso fue todo.

Sí, esa palmada en el hombro al desgaire y más bondadosa que afectiva era el último gesto que conservaba de su padre, aquel hombre que de repente se presentaba durante las tardes de su infancia y que recordaba, aunque esta vez le hubiese hablado en castellano, que se le dirigía en catalán, envuelto en una tan formidable sonrisa que, en lugar de reconfortarlo, lo estremecía. Seguramente no sucediese así, y le hablase en español, pero Agustín siempre lo recordaba en catalán, allá en la puerta de entrada de la casa de Busaña, tomando a su madre por el talle con esa soltura de quien la sabe una posesión, y mirándolo desde su altura con aquella voz tonante y dominadora. Y él se asustaba porque raptaba a su madre durante el resto de la tarde y porque debía, pese a su temor, mostrarse alegre y acercarse y darle un beso. A veces, le traía un juguete, pero al contrario de aquellos tan extraordinarios que le regalaba Mònica y que por eso mismo no podían llamarse juguetes y que cuando se marchó a Olot y no le pareció ya apropiado para un mozalbete presentar sobre la balda de su escritorio aquella colección de rarezas, que Agustín entonces interpretaba como infantiles aunque en absoluto lo fuesen, las guardó en un cajón, para que durante alguno de sus regresos se las encontrase por sorpresa y le fuesen evocando con los años el nombre y la figura esbelta de su tía; aquella joven de la que supo un día que había muerto. La noticia le sonó tan extraña, tan inconjugable con la vivaz pero escasa imagen que conservaba de Mònica que no llegó ni a impresionarle; tal vez, ni lo creyese;



simplemente, Mònica había desaparecido; en realidad, como siempre había estado para Agustín: ausente, de quien solo conservaba una estilizada figura recortada sobre un haz de luz tras una inmensa sonrisa tan distinta a la de aquel hombre, y bajo una larga melena mientras lo tomaba en el aire y le decía tales mimos que le disipaban la estrechez de aquella casa y lo convertían en un príncipe, y aquellos objetos se habían convertido en la prueba de que aquella imagen no era una figuración suya, aunque hoy permaneciesen alineados, curiosamente, sobre otra balda, allá en Garrucha, en aquel cuarto siempre dispuesto para la llegada de Guille. En cuanto a su padre, a Gerard Arrate i Genís, Agustín apenas conseguía recordar los juguetes que le regaló... Sí; una vez fue un coche de policía con sirena, y otra, en efecto, le trajo un balón de reglamento con el escudo del Barça y su equipación completa; la oficial, nada de imitaciones como las que vendían en los encantos y en la feria durante la Festa Major y que se ponían algunos amigos de la escuela; no, señor, la suya era una Meyba auténtica. Y como todavía debía de estar en primero o en segundo de la EGB, las mangas tenía que doblarlas varias veces para poder sacar las manos y el pantalón más bien le sentaba como una falda. Además, con ella puesta debió de hacerse una foto o dos, cuando el fútbol, como para el resto de la chavalería, era una auténtica obsesión y, ahora, quién sabe por dónde se hallarán aquellas Kodak; tal vez, también en Garrucha, entre los recuerdos de su madre. Y recibió aquel uniforme de futbolista durante los días cuando Agustín andaba torturado por su falta de padre; lo había sabido antes, mucho antes, pero se conformó con cualquier excusa porque todavía un padre no le resultaba algo imprescindible; pero de pronto la escuela comenzó a ser su obligación más severa, y el trato con los colegiales, ineludible; y todos, pero todos, presentaban padre; menos él. Agustín, tan desconcertado como preso de la angustia, se propuso averiguar qué sucedía con su padre, porque

sabía, no recordaba cómo, que los niños obligatoriamente tenían un padre, estuviese vivo, muerto o viajando, pero siempre había un padre; de modo que él tenía uno, tal vez en Alemania como creyó luego que le había dicho su madre siendo más pequeño. Y aunque fuese así, si se hallase en el extranjero trabajando, era un padre un tanto raro porque jamás llamaba por teléfono, ni había foto alguna suya en toda la casa... Tras mucho desasosiego y mucho devanarse o con lo de Alemania o con otras muchas conjeturas que fue urdiendo con sus cortos y obsesivos conocimientos infantiles, decidió preguntárselo a su madre la tarde que libraba del Mar Brava, y con una firmeza inimaginable para sus años. Y su madre se azoró, como si estuviese acorralada allí, en el extremo de la estrecha cocina, contra el basar, por aquel niño de una mirada casi conminatoria, de una mirada de Arrate. Así supo que ese hombre, que ahora se estaba muriendo en la clínica Teknon de Barcelona, era su padre; ese hombre que se presentaba algunas tardes y que seguiría viniendo tantas otras después pero al que Agustín por nada del mundo podía llamar su padre aunque lo fuese. Ese hombre que supo enseguida que era el alcalde y, a su vez, hijo del gran alcalde, de aquel tipo enjuto que siempre recordaría bajando los tres escalones del Cercle Industrial i Pesquer, entre sus columnas jónicas, con aquel terno gris impecable, y que cuando se hallaba por fin en la acera expandía su mirada como sometiendo a su mando todo el Carrer Major y a cuantos por él transitaban, el todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia y del que Agustín era el vivo retrato hasta en sus más mínimos gestos aunque jamás hubiesen convivido juntos, en un brinco atrás y delatador de la indómita naturaleza.

Todos estos recuerdos fueron brotando sin ningún orden, entre palabras emborrascadas, de la memoria de Agustín, mientras Mireia, a pesar de que se los conociese de sobra de tantas otras ocasiones, cuando su relación ya permitió las confidencias íntimas y familiares, atendía —o

más bien observaba— expectante y contenida cómo Agustín se dolía con cada sílaba que pronunciaba. De nuevo, su bastardía, que tanto había herido su vida hasta que obtuvo el título de ingeniero y pudo exhibir un emblema que lo honrase en la sociedad, ocupó toda la mesa sepultando aquella cena que había querido tener un significado distinto con aquella candela de delgadísimo hierro en su centro.

Mientras, Agustín, embebido en el ciclorama de los recuerdos, revivía a Gerard Arrate i Genís en multitud de ocasiones, solo o con su familia, paseando por Busaña, siendo saludado por unos o por otros, incluso, pegado en los carteles electorales de sus sucesivas campañas para alcalde, colgados en banderola de las farolas de La Rambla, donde pese a esa pátina artificial que proporcionan los retratos publicitarios, Agustín percibía nítidamente su parecido común. Y por supuesto, recordó aquella ocasión en aquel despacho casi recóndito de la primera planta del Mar Brava, aquel que tenía las ventanas a las cocheras en lugar de asomarse a la fachada principal y a la playa d'en Cabanyes, sentado, al lado de su madre con el uniforme de gobernanta, mientras su padre, Gerard Arrate i Genís, lo escrutaba desde el otro lado del escritorio, en tanto su petición para matricularse en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales flotaba en el ambiente. Quizá fuese la primera vez que estuvieron frente a frente ya como adultos... Pero no; no es cierto, hubo otra y anterior; sí, en otra ocasión, en el hotel de Cala Galdana, ambos se habían encontrado a solas.

Agustín ya llevaba un par de veranos trabajando de botones desde que el señor Gomáriz, el director del Mar Brava, lo citase en su oficina para entregarle el pasaje de barco hacia Mahón y detallarle las últimas instrucciones de algo que ya le había anunciado su madre: que los Arrate le habían encontrado un hueco en su más novedoso y predilecto hotel y no solo para que Agustín se ganase un dinero durante las vacaciones, sino para comprobar si

servía para el trabajo. De ser así e ir escalando puestos entre la plantilla, tendría el porvenir garantizado en ese carnaval del derroche que era el turismo, tanto quisiese permanecer, como su madre, en los hoteles de la familia o tanto si prefiriera, aprovechando la experiencia que le brindaban, buscarse otros aires, quizá más prometedores y sustanciosos para él. Y comoquiera que contra el chisme de recomendado de uno de los dueños —ignoraba si era conocida su bastardía; luego, averiguó que en absoluto, que se decía que era un pariente lejano y pobre—, Agustín se esforzó, vaya si se esforzó, no solo el primer verano, sino también aquel segundo; aquella llamada al despacho de dirección le sorprendió desprevenido.

De sobra sabía, porque lo había visto fugazmente por el vestíbulo, que Gerard Arrate i Genís se hallaba allí con su abogado Giró y algún otro ayudante, revisando los pormenores contables y fiscales del establecimiento, pero no dejó de ser una sorpresa entrar en aquella amplísima estancia, donde un lujo sutilmente insinuado por un decorador de Barcelona se imponía para que cualquier visitante comprobase a primera vista la solidez de la empresa. Al fondo, tras aquel escritorio donde no descansaba ni un solo documento, estaba su padre con el teléfono en la mano; se despidió y colgó, y le indicó a Agustín que se sentase en los sofás que conformaban un falso antedespacho, demostrándole que se trataba de una entrevista ajena al trabajo. Abandonó el escritorio y se aposentó, en el sillón contiguo, tan cerca como pudo de Agustín. Y con una mirada donde creyó adivinar hasta el afecto paternal le agradeció su encomiable comportamiento durante el verano anterior y lo que llevaban de ese, y que, por favor, siguiese así.

Agustín apenas dijo nada; se limitó a asentir, cuando, de pronto, Gerard Arrate i Genís, se levantó y, con un gesto que lo desconcertó, le propuso bajar a tomar una cerveza juntos al gran bar del hotel. Era todo un respaldo ante el

resto de los empleados hacia aquel botones, un tanto tozudo pero abnegado, y Agustín, en lugar de relajarse como buscaba aquella invitación, se azoró todavía más. Desde luego, si Gerard Arrate i Genís pretendía acercarse a su hijo no lo consiguió, porque durante toda su conversación, tanto en el despacho como en el espléndido bar, Agustín se fue enrocando en la tiesura para ocultar su desasosiego, y se limitó a responder a cuanto le preguntó por sus días en el internado de Olot y a recibir, un tanto abochornado, más felicitaciones por sus muy meritorias notas. Luego, llegó el señor Giró con el director del hotel de Cala Galdana y su padre se despidió, pues le aguardaba una comida importante en Mahón. Estuvo en un tris, como en la siguiente ocasión, de darle un abrazo, pero se limitó a tenderle la mano y a dejarle un cachete cariñoso en la mejilla.

En efecto, en el hotel de Cala Galdana había comenzado aquel ritual entre Agustín y su padre, Gerard Arrate i Genís, de desbaratar los abrazos por el camino y acabarlos en un apretón de manos o en una palmada al hombro como en la puerta del Palace; y, sin embargo, en su encuentro posterior, en el despacho del Mar Brava, Agustín, incluso su madre, cuánto hubiesen agradecido que ese abrazo, que se quedó en un conato ridículo remediado apresuradamente con un apretón de manos por Gerard Arrate i Genís, se hubiese cumplido; sin duda, hubiera sido la redención de los sufrimientos infantiles de Agustín y, quizá, también de buena parte de los pesares de su madre; pero Gerard Arrate i Genís, aunque percibiese la mucha emoción que suscitó su ademán, tanta que tuvo que sacudírsela con un carraspeo, no fue capaz de consumir aquel abrazo. Y entonces, Agustín hilvanó estos recuerdos con las palabras de su tío Guillem:

—Lo que pasa es que mi hermano siempre estuvo enamorado hasta las cachas de tu madre; a su manera, claro, pero siempre estuvo enamorado... Cosa distinta es que lo reconociese; eso, ni a sí mismo, menos aún ante la familia o ante Busaña, ¡antes le sacan la piel a tiras!

En efecto, Gerard Arrate i Genís era un hombre escindido en el amor y quién sabe en cuántos otros ámbitos de su vida. Y esta circunstancia quizá fuese toda una muestra de cuanto le sucedía también a aquella Cataluña o, por lo menos, Agustín así lo percibía, aunque, ahora tendido en el sofá del salón y con la cabeza en el regazo de Mireia, bajo la penumbra y con las pupilas fijas en la candelita que alumbraba todavía afuera, en el centro de la mesa de la terraza, mientras el devaneo de sus pensamientos no era sino un intentar enjugar el mucho rencor por su padre, Gerard Arrate i Genís... Sí; encontrar algún argumento o alguna escena antigua con la que alcanzar, aunque fuese por un instante, el sosiego por aquella figura siempre vetada, como si aquellos abrazos quebrantados en su ademán fuesen la perfecta metáfora de su evasión del título de padre que la vida, quisiera o no, le había otorgado... Y ahora se moría, dejándole a Agustín aquella agria sensación de la que no se desprendería nunca, o quizá, no; o quizás esa imprevista llamada para despedirse de su madre fuese el síntoma de ese reconocimiento tan anhelado por Agustín.

En tanto; Mireia había pasado de acariciarle el pelo a besarlo, silenciosa y quedamente, muy quedamente y descendiendo por su cuello hasta su pecho. Agustín se abandonó a sus caricias; notó solo cómo su otra naturaleza de bestezuela, esa que emanaba de su interior al final de sus noches, en aquellos abrazos furtivos y tropicados por los ascensores o por los pasillos desolados del amanecer, se iba apoderando de Mireia, brillando en sus ojos y tensando sus movimientos, y cómo lo apresaba violenta y posesiva, y cómo había descendido hasta su miembro y lo había extraído de su pantalón y lo besaba hasta erguirlo. Y Agustín se hundió en el placer que le estaba procurando hasta que la sintió sobre sí; y con una agitación audaz, desnudó su cintura y sus piernas y allí, sobre el sofá, antes incluso de que volviese a despegar sus párpados, las humedades de Mireia ya lo inundaban desde el vientre hasta el fondo de su alma. Y no quiso pensar

en más que los suspiros enardecidos de aquella mujer que comenzaba a ser el límite más venturoso de su vida.

Y en un esfuerzo se contuvo; se contuvo arañando sus caderas hasta saberla desatada y demoniaca cuando brotaron por fin sus quejidos acelerados e incontenibles; entonces, se dejó ir y lo sacudió un relámpago para abrazarla, ahora así, con una fuerza que Mireia no pudo dominar.

Permanecieron aferrados, y así se dejaron caer sobre la alfombra. La mirada complacida de Mireia aguardaba una tenue y espontánea expresión de amor de Agustín.

—No quiero perderte...

Ella sonrió y volvió a besarle en el cuello y lo abrazó más fuerte aprobando sus palabras. Y por fin, musitó:

—*Tinc set...*<sup>70</sup>

—Voy. —Y Agustín se alzó y fue hasta la terraza por las copas y el resto del vino.

Al volver sobre sus pasos, la vio allí, desmadejada sobre la alpaca, medio desnuda, todavía con el ardor encarnando su cara, y pensó qué distinta era de aquella otra Mireia que le había cautivado una noche con su mirada despectiva y con una media sonrisa que tanto le había costado convertir en una carcajada limpia y sin rebozos. La Mireia de esta noche de junio parecía en su consumación hasta frágil.

Se tendió a su lado y le acercó la copa. Ella se incorporó hasta apoyar su espalda contra los bajos del sofá y le miró; de pronto, la ironía borró aquella ternura de niña temerosa y, tras un trago, le dijo:

—*Saps una cosa?*

—No...

—*Que ets un imbècil, però t'estimo...*

—¿Y?

—*Que no sé què faré. Potser una bogeria.*<sup>71</sup>

<sup>70</sup> —Tengo sed.

<sup>71</sup> —¿Sabes una cosa?

Y Agustín se sonrió como se había sonreído la noche anterior, con una satisfacción íntima y, por supuesto, vanidosa. Pero el muy torpe no se daba cuenta cuán rápido estaba yendo Mireia; o, quizá, sí; y le daba igual.

—¿Dónde vas? —le preguntó cogiéndole la copa que le entregaba.

—*Cap a la dutxa; o penses que em quedaré aquí tota la nit suada?*

—Mujer, podíamos repetir.

—*Doncs vine*<sup>72</sup> —le respondió con pillería mientras se marchaba.

Y Agustín se quedó mirando cómo se perdían sus piernas delgadas y la desnudez de sus nalgas prietas y bien onduladas, mientras le daba otro trago al vino.

Y cuando iba a levantarse y seguir a Mireia hasta la ducha sonó de nuevo su móvil. En tal situación, cualquier otra noche hubiese desistido, pero con todas las noticias que había recibido durante la cena, no pudo menos que salir a la terraza para responder.

Era Espinete Sergi y, claro, estuvo en un tris de abstenerse, pero al fin pulsó la pantalla:

—¿Dime?

—...

—¿Cómo?... ¡Por el amor de Dios!

—...

—Bueno, tío, en media hora estoy ahí.

—...

—Hasta ahora.

[...]

—Que eres un imbécil, pero te quiero...

[...]

—No sé qué haré. Quizá una locura.

<sup>72</sup> —A la ducha; ¿o piensas que me voy a quedar aquí toda la noche sudada?

[...]

—Pues ven.



Agustín había empalidecido estupefacto, incluso titubeó al dar el primer paso; cuando se sintió más entero, tras un suspiro largo y profundo, avanzó para comunicarle aquella horrible noticia a Mireia.



## Una silenciada tragedia y otros amores de ayer

Espinete Sergi se había empeñado, por el camino, en llevarlo a un garito en Castelldefels para digerir la impresión; bueno, Sergi mordió por lo bajo: «el mal rollo del hospital». Agustín apenas si opuso resistencia con algo parecido a «es muy tarde, Espinete».

—Si es una copa, tío, por superar el marrón y eso, ¿no? Agustín lo miró pero no respondió y el auto aceleró.

Se había despedido de Mireia en la puerta del Quirón de Sabadell, y se había montado en aquel Hyundai, un SUV de los que ahora se estilaban tanto, y que siempre le pareció demasiado tanque para la delgadez fibrosa de su amigo. Agustín, la verdad, estaba aturdido con tal cúmulo de noticias —su madre de pronto volaba desde Almería al día siguiente; quien era su padre, pero al que tenía vetado llamarlo así, se estaba muriendo en una clínica de Barcelona y acababa de dejar ingresado un par de días en observación en otra a su amigo Domènec por una paliza de aúpa— para decidir algo más que llegar a su apartamentito de Sants cuanto antes. En efecto, eran demasiados tragos para digerirlos en apenas dos horas y media, de modo que se subió al coche de Espinete Sergi taciturno y sin ánimo alguno y se sumió en el reproche de que todos sabían que el Domènec presentaba dos caras, además casi simétricas; por un lado, su facundia bromista y contagiosa, que le precedía habitualmente como su barriga y su barba negra, y que lo convertían en el puntal de cualquier fiesta de los amigos y hasta de la promoción de Industriales; encima, siempre dispuesto a los más estafalarios retos fueran productos de

su ingenio o de cualquier otro, incluso a riesgo de acabar en estropicios considerables; y si sucedían tales percances, su risa atronadora se desataba dejando boquiabierto al resto, como cuando se apropiaron sin permiso alguno, recién acabada la carrera, de una motora en Masnou, y se quedaron, trago de *whisky* va, trago de *whisky* viene, en mitad de su disparatada travesía, sin combustible y a las tres de la mañana, mientras observaban cómo la marea los iba arrastrando lentamente mar adentro. Su risa estalló en tanto la cara de Julio era de auténtico pánico y la de Agustín, de total confusión. Al final, regresaron, bien que remolcando a nado por turnos aquella lancha neumática, que por desgracia no llevaba unos remos de socorro. Cuando pisaron con la aurora la playa de su pueblo, Montgat, estaban agotados y entumecidos de frío, pero todavía el Domènec encontró un pellizco de entusiasmo para arrastrarlos a desayunar de plato y cubiertos a un bar de carretera por aquello de que había que reponer fuerzas y entrar en calor. Así de arrebatador era el Domènec, pero también esa misma energía desbordante la podía mutar en furia y entonces había que atarse los machos... Una vez, Agustín lo había visto coger a dos tipos del cinturón, y nada pequeños, y elevarlos hasta colgarlos de los cuellos de las camisas en la verja del Parque de la Ciudadela, y dejarlos allí pataleando como un par de monigotes. Y cuando Agustín contempló como ni dudó en agarrar a aquella pareja que se le había enfrentado por una lata de cerveza que tiró sin fijarse y le salpicó a uno de ellos, se espantó porque el Domènec, aparte de su agilidad y fuerza para tomar a aquel dúo en un santiamén, extrajo de no se sabía dónde una cara monstruosa y una rabia incontenible y avasalladora. Y ahora aquel hombre, su amigo de tantos años, yacía en una cama rodeado de monitores y algún gotero que otro, y con tal inflamación en su rostro que su mujer, Nuria, había sido incapaz de reconocerlo.

Por lo demás, nadie ofrecía una versión más o menos fidedigna de lo sucedido hasta que el Domènec pudiese

hablar, y para eso faltaban todavía unas cuantas horas, pero según lo hilvanado entre unos y otros, más lo imaginado, que siempre cuenta, suponían que le invadió uno de sus arrebatos mientras bajaba la basura al cuarto del sótano, tomó el coche y se plantó en la puerta de un *casal* donde acudían los CDR, en Cerdañola; descendió con un palo de golf y les advirtió sobre qué podía pasarles si volvían a ilustrarle la fachada de la casa; seguramente se acompañó con algún ejemplo demostrativo para que comprendiesen exactamente los riesgos que contraerían y, claro, se armó la trapatiesta.

El vecino que había avisado a la Policía municipal y a los Mossos d'Esquadra solo atinó a ver, desde su ventana, al Domènec en la acera y siendo pateado por tres tipos a la vez, pero parece que otros dos se llevaron a un cuarto sangrando por la frente y absolutamente desvanecido, y otro más los seguía condoliéndose del costado, tanto que incluso se apoyaba en las paredes de la calle para caminar. En tanto le relataba Julio estas primeras conjeturas en el vestíbulo de la clínica, tras la correspondiente y embarazosa mascarilla, la policía andaba buscando por los hospitales cercanos a esos heridos para identificar y detener a los agresores; o, al menos, eso les habían dicho los Mossos.

Mientras escuchaba a Julio, Agustín contemplaba, al fondo, contra la pared y sentado, a Vidal, el hermano del Domènec, y a su mujer, y trataba de imaginarse por sus ojos qué pensaba aquel tipo ante el estado de quien había sido su humanísimo escudo protector desde niño, en ese instante, inconsciente, con una clavícula rota, varias costillas más por no dejarla sola y sin estimarse aún las lesiones faciales y cerebrales hasta sopesar las pruebas y las radiografías, y todo producido por esa muchachada que animaba la fiesta que a él y a su tío, Llorenç Canalda, les proporcionaba una muy holgada vida, un pretencioso despacho en el centro de Barcelona y la firma sobre documentos nada decisorios para la historia del país, pero seguramente muy

nutritivos para las economías de unos cuantos como ellos. Y apenas giró la mirada, adivinó en los ojos de Espinete Sergi idéntica cantinela o, si prefieren, las mismas ganas de clavarle una bofetada en mitad de la mascarilla; pero qué se le iba a hacer, también el Domènec había medido, quizá por primera vez en su vida, mal sus fuerzas. No obstante, Agustín se acercó a darle un abrazo.

—Terrible —musitó Vidal.

—Mucho, chaval, mucho —apenas añadió Agustín.

A su lado Espinete Sergi ardía por soltar su desquite, pero Mireia, que lo intuyó en cómo se le encrespaban las agujas de su cabeza, se adelantó interponiéndose con unos saludos a Vidal y a su mujer y, luego, sentándose a su lado, con lo que los obligó también a aposentarse de nuevo en aquella bancada de sillas de plástico, arrebatándoselos de la vista a Espinete Sergi. Y, vaya, la maniobra de Mireia dio resultado porque Espinete Sergi, con aquel movimiento, atisbó la lucidez necesaria para someter su ira y comprender lo inapropiado, incluso cruel, que hubiese resultado su desahogo en aquella circunstancia.

Agustín imitó a Mireia y se sentó al lado de Vidal hasta ver aparecer a los padres del Domènec y a Nuria, que estaban con los médicos, y ponerse a su disposición para cuanto hiciese falta; Espinete Sergi, por su parte, se acogió a la máquina de refrescos para conseguirse una segunda Coca-Cola con la que pisar la calle donde se quitaría de encima la mascarilla echándose un pitillo, o simplemente lo hizo para perder de vista al hermano del Domènec; Julio e Inés, su mujer, lo acompañaron.

Apenas si tenía nada que compartir con Vidal, de modo que la conversación se disipaba en convencionalismos, y, claro, Agustín no pudo evitar que, como en un carrusel amargo, su pensamiento retornase a cuanto habían compartido durante el trayecto Mireia y él: que aquello del nacionalismo era, a estas alturas de la historia, tan estúpido como ser futbolero; es más, eran conductas similares, solo

que el nacionalista se inflamaba con los entrañables himnos de la infancia, las pompas de las gestas añejas y la majestad abrumadora de los viejos monumentos, para fundirse en una masa donde, como el hincha del fútbol en la grada, disolvía su mediocridad y «esa exasperante sensación de finitud que a veces nos aflige a todos; de modo que cuanto más insignificante como individuo y más insatisfecho con su vida, más nacionalista o más partidario de un equipo o de cualquier otra actividad que aliente la ósmosis entre la masa; por supuesto, con el siempre vibrante aliciente de un combate por disputar, sea un partido o sea retar a España, porque sin la existencia del adversario no se produce la cohesión de la masa y la aspiración al éxtasis inconmensurable de la victoria...», pronunció Mireia en castellano y con unas palabras que a Agustín le sonaron demasiado extrañas en sus labios. Aun así, no le hizo la menor observación, llevado por el diálogo que mantenían, provocado tras aquella llamada, llegada a punto de ducharse juntos y quién sabe qué más, donde Espinete Sergi les anunciaba alarmado que el Domènec había sido ingresado seminconsciente en el Quirón de Sabadell.

—Es tan antiguo y tan propio de la condición humana... —prosiguió Mireia con aquel vocabulario tan raro en ella—. Basta ver las fiestas populares; solo que las fiestas, como los antiguos rituales religiosos, donde también se buscaba esa embriaguez común de la tribu, están acotadas a un tiempo y a un recinto, y el nacionalismo, no; el nacionalismo está abocado a la expansión y a la guerra; lo enfático de su esencia lo impone...

—De ahí que eso de que los indepes son pacifistas es una gilipollez tan intragable como afirmar que puede existir una izquierda patrioter —corroboró Agustín mientras encendía un pitillo para Mireia. Y entonces, sí, entonces le preguntó cómo había llegado a aquellas conclusiones, digamos analíticas o, al menos, dónde las había leído; porque ella era una mujer de palabra breve y su pensamiento prefería

expresarse casi exclusivamente con la mirada, y más bien con dos visajes: de desprecio o de burla y, de cuando en cuando, de sometedora pasión, y últimamente (claro está que esto no se lo dijo) de ternura.

—*Vaig tenir un professor de Filosofia a l'institut que ens ho va explicar tot això; estava en contra dels indepes. Llavors estaven emparats per Convergència; te'n recordes?*  
—le respondió mientras esperaba que cambiase el disco de un semáforo.

—Y por la Crida y por l'Òmnium, y hasta por la asociación de belenistas en cuanto te descuidabas; asomaban por cualquier parte haciéndose los amables, y si notaban una pizca de apoyo, zas, se crecían los tíos y, claro, te tenías que marchar para no aguantarles la murga...

—*Bé, doncs això li va passar al meu professor de Filosofia, que va marxar d'Igualada i fins i tot deixar la docència.*<sup>73</sup>

Sí; su profesor de Filosofía, Alfredo Lavín, dejó la docencia y hasta Cataluña, en buena medida por la asfixia progresiva de los nacionalistas tanto en el claustro del instituto como en la vida callejera; pero había más y de otra naturaleza, tanto que supuso la primera decepción amorosa de Mireia y de la que le costó recuperarse; incluso todavía llevaba trazada en su espíritu la agría muesca de aquel chasco.

En efecto, Mireia se enamoró de aquel Alfredo Lavín y hasta abandonó a su primer noviete como solía, sin dar la menor explicación, en cuanto se las ingenió para encontrarse a solas con el profesor de Filosofía en el café de l'Ateneu, donde acudía para leer los periódicos los sábados por la mañana. Le bastó con apostarse con una novela de Kafka,

<sup>73</sup> —Tuve un profesor de Filosofía en el instituto que nos lo explicó todo; estaba en contra de los indepes. Entonces estaban amparados por Convergencia; ¿te acuerdas? [...]

—[...]

—Bueno, pues eso le pasó a mi profesor de Filosofía, que se fue de Igualada y hasta dejó la docencia.



*El proceso* —con lo de premonitorio que ese título suponía ahora, tras veinte años de aquella aventura juvenil—, para que el profesor le pidiese permiso para compartir su mesa y, luego, charla. Y vinieron algunos paseos por los rincones más emocionantes de la Anoia y el Bages en su Alfa Romeo y, claro, los primeros y ansiados besos por Mireia y la entrada en su piso de alquiler, destartalado y con la ropa esparcida de la forma más inverosímil, que a ella no le importó nada porque solo deseaba ser poseída por aquel hombre de voz grave y sapiencial, con aquel rostro desengañado y, a menudo, con barba de varios días. Mientras duró su relación —por supuesto furtiva, con todo lo que de excitante encierra lo clandestino— y que se alargó más de lo previsible, Mireia levantó ante sus amigas de siempre esa presumida distancia de quien no solo posee un secreto sino que encima este le otorga una notable superioridad, resabio que le quedó para siempre, aunque entonces aún no alcanzase el acerado atractivo de sus años universitarios o, incluso, de mucho después, cuando la conoció Agustín en la Sala Apolo y gracias a una broma, precisamente del ahora yaciente Domènec, que a Mireia, por supuesto, no le hizo la menor gracia o, tal vez, solo disimulase tras su habitual desdén.

Mireia, en aquellos otros días juveniles de recién enamorada, siempre atribuyó los silencios y las evasivas a sus apasionados reclamos al divorcio prematuro de Alfredo Lavín, y sus ausencias durante algunos —para su efervescente adolescencia, excesivos— fines de semana a las visitas obligadas a sus dos hijos de apenas tres y cuatro años; pero en absoluto eran estas las únicas razones, y cuando descubrió toda la vulgar verdad, quedó tan devastada que, para sobreponerse, debió acorazarse en un cerril y torturante laconismo, porque, ante todo, se negó a confiar a nadie, y menos a sus compañeras, por íntimas que fuesen, que Alfredo Lavín y ella habían estado trece o catorce meses metiéndose juntos en la cama una o dos veces por semana,

y todavía más y mucho peor: que todo su universo se había poblado de los gestos desencantados y como vencidos de aquel hombre, de sus metálicas y bien escogidas palabras, y de su rudo olor a Habanos. Naturalmente, adelgazó y le afloraron unas ojeras cárdenas que impulsaron a su madre a conducirla ante el médico, y con reconstituyentes y, más a menudo de lo deseable, con rayas de coca y alguna que otra anfetona de aliño fue despojándose mal, pero despojándose, de aquel vacío inmenso y dolorido. Y, sobre todo, con un fiero esfuerzo por el estudio para abandonar Igualada lo antes posible, que ya no era su ciudad, sino el lugar donde cada rincón le traía la imagen de Alfredo Lavín.

Todo se desencadenó cuando la Marta Bruguet, la más mundanal e inquieta de sus amigas, les confesó una tarde de sábado que, la semana anterior, había visto por el Raval barceloní al profe de Filosofía dándose el pico con la Neus Ribalta, una igualadina que había comenzado hacía un par de cursos la universidad en Barcelona.

—*Aquest les mata callant, perquè jo el vaig veure al Castell de Claramunt agafat de la mà de l'Alicia* —apuntó Sònia.

—*Aquesta que ha arribat aquest any i dóna català?* —preguntó Marta con malicia.

—*Aquesta mateixa* —remachó Sònia llevándose más pipas a la boca.

—*Anda que no, quan se n'assabentin la resta profes, l'Alfredito será el putó amo, perquè tots perden el cul per ella*<sup>74</sup>—se guaseó Marta.

Mireia empalideció aunque ni pestañease siquiera, solo buscó donde evadir su mirada porque notaba como se le iba

<sup>74</sup> —Este las mata callando, porque lo vi en el castillo de Claramunt cogido de la mano de Alicia [...]

—¿La que ha llegado este año y que da catalán? [...]

—Esa misma [...]

—Anda que no, cuando se enteren el resto de profes, Alfredito será el putó amo, porque todos pierden el culo por ella.

inflamando de lágrimas. En cuanto pudo, se marchó a su casa para encerrarse en su cuarto y desahogarse. Obsesionada entre preguntarle directamente o sorprenderlo sin excusa posible, finalmente, enloquecida y desvelada, el domingo sobre las diez se presentó en el apartamento alquilado de Alfredo Lavín, y no necesitó muchas explicaciones porque en aquel piso destartalado también se encontraba Alicia. Salió de la alcoba al escuchar los lamentos, más que exigencias, de Mireia, mientras Alfredo trataba de calmarla. Aquella nueva, y más que bella, de una gracia candorosa y sugestiva, profesora de catalán apareció con solo una camisa de Lavín encima. Por tanto, resultó ociosa cualquier palabra.

Mireia se marchó sin tan siquiera aliento para dar un portazo.

Uno o dos cursos después, Alfredo Lavín, también, pero de Igualada; y tras vivir una turbulenta e incluso escandalosa relación con Alicia, por las broncas públicas que protagonizaron, en buena medida, por su absoluta discrepancia sobre el ya emergente independentismo, durante aquellos primeros meses del Tripartit. Mireia lo supo ya siendo estudiante de Farmacia, pero contra la indiferencia que mostró cuando sus amigos se lo contaron, se dolió y no poco. A pesar de todo, seguía amando a Alfredo Lavín; la verdad, nunca supo cuándo dejó de amarlo, tanto es así que hasta este trayecto en coche hacia el Quirón de Sabadell jamás se lo había mencionado a Agustín; pensar o mentar a Alfredo Lavín aún la hería.

Y como se colegirá, su rechazo a los indepes se lo había germinado Alfredo Lavín, aunque, para que le aflorase, hubo de suceder aquel plebiscito de broma que se marcó Artur Mas y las puntadas envenenadas y ensoberbecidas, durante todas las comidas familiares, de su cuñada Marta Romero, y, desde luego, la indigestión de las *senyeres* por los balcones, que si al principio, como tantos otros actos de los independentistas, le resultaron simpáticas, poco a poco, y conforme forzaron la crispación y la intolerancia y

la ocupación de toda la vida catalana, acabaron por rescatar de su memoria y con una firmeza inesperada las palabras que le había escuchado a Lavín, y no solo una vez, sino en repetidas ocasiones, y de muchas y siempre asépticas maneras, para desentrañar escrupulosamente la peligrosidad feroz de un movimiento político sustentado en agitar lo más emocional de cualquier individuo.

Y mientras Mireia evocaba —o más bien, recitaba— a Alfredo Lavín, Agustín revivía a su tío Eusebi Arrate i Genís; su agudeza, su formación y su andanza vital le habían enseñado de sobra todo cuanto de tenebroso había señalado Mireia en los indepes y, sin embargo, era uno de sus agitadores; eso sí, tras un gesto senatorial y unas palabras comedidas, como otorgándole un crédito intelectual a aquella fantasía excitante que emanaba de un embriagador olvido de lo individual en el fervor colectivo, en lugar de derivar de una reclamación política acorde con la época; en fin, un tornarse niño, y como tal, irresponsable y enfebrecido por acometer —o más bien, por jugar a— una batalla épica, cuya consecuencia más palpable había sido aquel horror de su amigo Domènec destrozado en un hospital y otros dos o tres tipos en otro y a punto de ser detenidos por la policía. Es más, Agustín adivinó que su tío Eusebi Arrate i Genís encontraría los argumentos impecablemente certeros para reducir aquella tragedia a una bronca marginal y del todo ajena a los acrisolados principios que perseguía la causa; esa que, por descontado, alimentaba sus cuentas bancarias, como le había señalado con sorna su otro tío, Guillem, precisamente el considerado por la familia y, a su compás, por todo Busaña, como un perverso y un vicioso; eso sí, que jamás había causado mal a nadie, menos aún había percibido algún dinero que no fuese de sus devengos del patrimonio familiar. Incluso, su tío Guillem se había dedicado pródigamente a ayudar a algunos de sus amigos cuando se hallaron en algún aprieto mayúsculo o emprendieron alguna empresa artística y soñadora aunque presentase un dudósimo porvenir, dispendios benéficos que

si algo le procuraron, fue una extensa red de deudos, con el alojamiento siempre dispuesto por todo el país, en donde se acogía durante sus frecuentes e imprevistas desapariciones. Tal era el caso de su amigo Juanjo Mánez, el enorme modisto, a quien había conocido en Ibiza, allá por la Transición, cuando desembarcó en la isla con tres amigas realmente atractivas y se instalaron en un piso prestado en el Paseo de Vara del Rey, muy luminoso pero provisto con solo unas cuantas colchonetas y más bien mugrientas; algo que entonces no desanimaba a un cuarteto de veinteañeros escapados de un Madrid plúmbeo hacia aquel espléndido reducto donde se celebraba el solo hecho de vivir, en un constante abolir de cualquier obligación que no fuese la sensual, con un eco tibio de Pink Floyd o de King Crimson de fondo, y sol, mucho sol, pero un sol filtrado por el ramaje pagano de los pinares y de los algarrobos, entre recodos destellantes de caminos terrosos y el insidioso y constante azuzar de los grillos, que el LSD convertía en auténticas obsesiones o en sinuosas melodías; eso variaba según el viaje de cada quien. Aunque, la verdad, como le confesó su tío Guillem, hacía un par de años en Madrid, cuando coincidieron y fueron a visitar a Juanjo Mánez a su aristocrático *atelier*, asomado sobre María de Molina, para ver cómo podía ayudarle en la promoción de su marca de alta costura, Malne, entre sus influyentes amistades de Barcelona, fue Mònica quien se conquistó una mañana a los cuatro jovencitos de la meseta en la terraza callejera del Montesol, cuando descubrió en Juanjo al doncel explosivo y retraído a la vez que podría alegrar el verano de su hermano, recién herido por el desamor. Y aquello devino en el juego del gato y del ratón noche tras noche en El mono desnudo y en el Amnesia, «que ni mucho menos era el estruendo histriónico de ahora; *era, Agustinet, com dir-te... Una altra cosa*;»<sup>75</sup> una región aparte para quienes compartíamos otra

<sup>75</sup> Era, Agustinet, cómo decirte... Otra cosa.

forma de saborear el mundo; eso, de saborear el mundo... Luego, ya ves en qué ha resultado: en un barullo explosivo para millonarios y horteras con aspiraciones a sobresalir entre una lujuria barata, sin aquel desinterés ingenuo que compartíamos...». Y exactamente eso era lo que les unía tantas décadas después durante aquella comida en Madrid, hace un par de años, donde no dejaron de reír con las agudezas vitriólicas de Juanjo sobre este o aquel que conocían de entonces o de sus largas y tumultuosas vidas posteriores; aunque entre ellos, o más bien en el alma de su tío Guillem, palpitase todavía la gratitud por aquel verano donde Juanjo fue su más ilusionada aspiración; sobre todo porque, como Agustín adivinaba, coincidió con el momento cuando Guillem sintió como se le escapaba su descarado esplendor juvenil y comenzaba a pisar, muy a su pesar y por imposición de su ya torturada memoria, la desengañada y acre senda de la madurez. Sí; Guillem conoció a Juanjo Mánez cuando estaba a punto de alcanzar los treinta y todavía no había hecho nada de provecho, ni siquiera acabar su carrera de Bellas Artes; entonces, ignoraba que llegaría a sus actuales sesenta y nueve años en las mismas: viviendo de las rentas que le procuraba el imperio Arrate, de su participación en el taller de joyas de diseño que dirigía acertadamente, con tiendas en Palma, en Ciudadela y hasta en Barcelona, Verònica Comas, pues hacía décadas que aquella herencia de Mònica había ascendido de la bisutería a los metales preciosos, y de otra porción que recibía de una galería de arte que le había montado a un antiguo amante, Carles Portells, y de tanto en tanto y para no aburrirse, pues, invertía en cualquier otro asunto, que mayoritariamente acababa a los tres o cuatro años en un divertido fracaso, sin descuidar el echarle una mano a un antiguo amor, como aquel domingo, en Madrid, a Juanjo Mánez, quien necesitaba mostrar con la debida expectación sus colecciones entre la mejor sociedad barcelonesa y no encontraba el modo de emprenderlo con garantías; pero

ahí estaba Guillem Arrate i Genís para ingeniar la manera de reunir a las personas de notoria influencia en la ciudad y sin que le costase un guil ni a Juanjo ni a su socia y colaboradora Paloma Álvarez.

Sí; todo ello zarandeaba su pensamiento mientras aparentaba escuchar los lamentos de Vidal. Y de pronto vio cómo traspasaba la puerta de la clínica la prensa. En absoluto fue algo parecido a lo que presentan las películas, con empujones y tumulto de cámaras, sino un simple y hasta cauto reportero —más cauto si cabe por la mascarilla— de la Agència Catalana de Notícies.

En la calle, Espinete Sergi y Julio se lo habían sacudido de encima como habían podido, y se dirigió, en cuanto pisó el vestíbulo, hacia Vidal, alguien conocido por sus actividades políticas, quien apenas pudo ponerse en pie y confirmar que el Domènec era su hermano, porque de inmediato irrumpió en la clínica, con la mirada absolutamente concertada con la doliente circunstancia, el gran personaje: Llorenç Canalda. El periodista, por supuesto, dejó con la palabra en la mascarilla a Vidal y se abalanzó sobre el antiguo benedictino. Este, más habituado que su sobrino a tratar con el gremio de la propagación, le estableció la pertinente distancia y se limitó a declarar aquello de que se trataba de *«una desgràcia familiar... Però, en aquest moment no li puc explicar res més. Li prego que em dispensi»*.<sup>76</sup> Y el reporterillo se retiró casi reverencioso y con un pujo tan palaciego que a punto estuvo de arrancar de Agustín una de sus incontenibles carcajadas.

Aquella breve y hasta cortés declaración fue solo el aperitivo porque, azorados y en tromba, traspasaron la puerta otros tres periodistas y esta vez, sí; esta vez sometiendo con sus cámaras y sus micrófonos a cualquiera que

<sup>76</sup> «una desgracia familiar... Pero, en este momento, no le puedo decir nada más. Le ruego que me perdone».

se les antepusiese; el asunto iba cobrando tintes de gran acontecimiento.

Ah, pero Llorenç Canalda, de nuevo impertérrito, les promedió la distancia requerida por su autoridad con su solo y envarado gesto y su inflexible pero amable mirada. Ya ganado ese trecho de respeto, volvió a repetirles la misma evasiva, mientras el recién formado grupo intentaba sonsacarle algo más, bajo el cegador foco de la cámara. Canalda, curtido en estos aprietos, simplemente y con una tibia sonrisa en sus pupilas —y Agustín supuso que también inflamado de vanidad suma— se limitó a rogarles paciencia y que en el momento oportuno les proporcionaría todas las explicaciones que requiriesen pero, en ese mismo instante, hasta él ignoraba cualquier pormenor; es más, les aseguraba que sin demora se disponía a informarse sobre cuál era el estado de su sobrino. Y por si faltaba algo para aumentar la animación del vestíbulo, aparecieron los padres del Domènec y Nuria acompañados de un médico. Rápidamente, pero sin la menor inquietud, Canalda se giró, tomó a los recién llegados y los introdujo de nuevo hacia el pasillo, alejándolos de la prensa. Agustín estaba asombrado con el dominio de la escena demostrado por el exfraile, y solo atinó a decirse que ya lo hubiese querido para sí.

Los cuatro periodistas se pasmaron un tanto tras el habilísimo quiebro de Canalda, pero, de inmediato, reaccionaron y se decidieron a perseguirlo, sabedores de que allí, en aquel conciliábulo familiar que se les escapaba pasillo para dentro, podían arrancar el documento humano, con lágrimas incluidas, que es lo que más gusta a los televidentes y a los oyentes radiofónicos. Y he aquí que el Vidal, de un brinco, se les interpuso y les rogó que respetasen la intimidad familiar porque, además, como les había anticipado su tío, en pocos minutos recibirían todas las explicaciones precisas.

Agustín adivinó que compartía la misma inquietud de los reporteros: disponer de noticias exactas sobre su amigo



y salir cortando; ellos, para sus redacciones, y él, hacia su apartamentito de Sants. Mireia, en cambio, había trabado una conversación más o menos afectuosa con la esposa de Vidal; a ambas se las notaba ya aparte de cuanto las rodeaba. En tanto, Julio, su mujer y Espinete Sergi acababan de penetrar de nuevo en el vestíbulo de la clínica y lo miraban como aguardando una decisión determinante. Agustín se levantó y se unió a sus amigos. Los cuatro casi coincidieron en la misma socorrida frase: «vamos a ver...». Y vieron.

De pronto, apareció Llorenç Canalda, y seguido de su sobrino Vidal arrastró tras sus pasos y con una leve orden de sus ojos a aquella avanzadilla de la prensa a la calle donde iba a efectuar unas primeras declaraciones más o menos formales; y cuando aquel sexteto pisó la acera exterior, por fin, asomaron por el vestíbulo los padres del Domènec y Nuria, y ellos pudieron acercarse y fundirse en abrazos con la dolorida familia de su amigo.

Apenas si pronunciaron algo más allá de las condolencias y el ponerse a disposición para lo que hiciese falta. Julio, incluso, se ofreció a llevar a los padres del Domènec a Montgat, pero estos habían traído su coche y se sentían con ánimo para llegar hasta su casa. En cambio, Nuria se negó a abandonar el hospital, aunque luego su cuñada la convenció para que descansase al menos unas cuantas horas hasta el amanecer. Asintió aturdida, pero asintió, y su cuñada la tomó del brazo y la condujo hacia su auto. En cuanto a Domènec, hasta la mañana siguiente era imposible asegurar nada de lo importante en aquel momento: su estado cerebral; por lo demás, salvo los huesos rotos, parecía mantenerse estable y sin lesiones alarmantes en el resto de los órganos vitales.

Poco más les quedaba por hacer, salvo despedirse. Entonces, cuando iba a subirse de nuevo en el *Golf* de Mireia, Espinete Sergi se postuló para llevarlo hasta Sants, que le cogía de paso hacia su casa en Gavá. Agustín asintió

con el mismo escaso convencimiento con que lo había hecho la mujer del Domènec y lo siguió hasta aquel Hyundai plateado que siempre se le antojó demasiado grande para el cuerpo enteco, casi de alambre, de su amigo. Antes, Mireia le había dicho, tras un beso suave y muy largo:

—*Fins demà. Et trucaré*.<sup>77</sup> —Y, luego, le acarició lentamente los aladares como si temiese perderlo.

Cuando ya estaba ante la portezuela del Hyundai de Espinete Sergi, escuchó a su amigo:

—Ya ves, el Domènec por la tele; ¡quién lo iba a decir!

Y el mentón de Espinete señaló a los reporteros que partían a toda velocidad en sus coches y hasta uno en motocicleta.

—¿Qué te apuestas a que esta noticia no aparece en ninguna parte?

—¿Y eso?

—Antes de que lleguen a sus redacciones, el Canalda ya habrá sugerido a sus directores que la oculten en un cajón.

—Ah, no me extrañaría nada.

Y cuando el Hyundai ya iba a tomar la carretera de Barcelona, Espinete le propuso acercarse hasta un garito que sabía abierto de matute, en Castelldefels, donde, por supuesto, las mascarillas ni se exigían, y añadió como mordiendo cada palabra:

—Para espolsarnos<sup>78</sup> el mal rollo del hospital, ¿eh tío? Agustín apenas le respondió:

—Es muy tarde, Espinete.

<sup>77</sup> Hasta mañana. Te llamaré.

<sup>78</sup> **espolsar**: catalanismo, vulgarismo; sacudir.

## Viejas y comprometedoras amistades

Nunca hubiese sabido llegar hasta aquella calle sin el GPS, pero no era él quien conducía sino Espinete Sergi, y, por tanto, allí se encontraban antes de lo que cualquiera hubiese estimado al verlos partir desde la puerta del Quirón de Sabadell, recién descendidos del Hyundai metalizado y frente a aquella valla al *gouttelette* de un chalet blanco e idéntico a tantos otros de nuestras costas; con su terraza sobre un porche peraltado por tres escalones desde un jardín, que al traspasar la cancela, tras dar por el audífono el santo y seña y que sonase el zumbido de apertura, se enseñaba lo suficiente para lucir sus calvas entre una grama marchita y lo que debieron ser uno o dos rosales para alegrar sus rincones y que ya no eran sino un puñado de palitroques hirsutos. Lo demás eran las luces de las farolas sobre la acera ante otras tantas residencias semejantes, embozadas en el silencio de una noche de lunes. No obstante y para ser un día de labor, era un silencio algo raro, porque desde algún lugar cercano, si no era inmediato, llegaba un rumor musical; nada definido, como una melodía ensordecida. Se moduló mejor a medida que Agustín y Espinete Sergi fueron penetrando en la finca entre la pared de la vivienda y el alto muro de los vecinos, hasta llegar a las traseras, en donde se encontraron una mínima piscina de esas de riñón para que se refrescasen unos niños inexistentes y, a su lado, la puerta de lo que debería ser la cocina y en cambio era una estancia diáfana y toda iluminada por unos focos encarnados; desde allí provenía la opacada canción que ahora, ante aquella puerta abierta, se escuchaba claramente

como una balada de Love of Lesbian. Su interior lo poblaban diez o doce tipos; nada de particular ni de tribus propincuas a los *piercings* de Espinete Sergi, sino hombres de tan corriente aspecto como Agustín; en fin, enterradores desganados de una mala jornada; la mayoría sentados ante unas mesas de horchatería y sobre unas sillas de metal porque la música permitía la charla, y dos o tres acodados en la barra que cerraba toda la sala, y en un rincón, tras los grifos de la cerveza, recebando meticulosamente un par de jarras, la gran sorpresa: Manolito.

Se les iluminó el rostro a ambos en cuanto se cruzaron la primera mirada. Manolito, incluso, le hizo el gesto de que iba hacia ellos; situó las jarras ante sus comandatarios y abandonó la barra para darle un fuerte abrazo.

—¿Es que te has perdido? —exclamó con el apretón.

—Este —respondió Agustín señalando a Espinete Sergi—, que pertenece a tu escogida clientela.

—¿Qué pasa, chaval? —prosiguió con los saludos Manolito; esta vez, a Espinete Sergi.

—Ya ves, trayéndote de la oreja al colega —le contestó Espinete indicando con la cabeza para Agustín.

Y los tres retornaron hacia el mostrador; Manolito, a su jurisdicción de camarero, y ellos, a su vertiente de clientes.

—Unas birritas, ¿no?

—Venga.

Desde la última vez que se encontraron por mera casualidad en Barna, Manolito y Agustín tenían demasiadas cosas que confesarse, pero no les merecía la pena; les bastaba con intercambiarse miradas de pillastre a punto de liarla, como en sus años del internado en Olot; y volvieron a sentirse unidos por lo menos durante lo que restaba de noche, como si aquellas horas abarcasen toda la eternidad. La amistad fetén, la forjada contra la hostilidad, es así, y la suya, la de un par de charneguitos internos y pobretones, era de esta férrea forma, aunque presentase sus límites; la vida con su empuje avasallante se los había impuesto,

distanciándolos para siempre; ahora bien, si se encontraban a solas y a sus anchas, como esta noche en aquel local clandestino de Castelldefels, volvía a renacer del fondo de sus memorias; no en balde nunca habían dejado de ser *la parella de xarnegos*, enfrentados en el patio contra todos los demás, compartiendo los veinte duros para ir al cine o para matar las tardes por el Parc Nou o por la Moixina, con las manos rebuscándose en los fondos de los bolsillos un capital imposible, mientras soñaban porvenires alfombrados de esplendor, que luego la vida, tan tramposa, volvió aún más deslumbrantes, pero solo en breves, en muy breves momentos y de esos que uno se lleva a la tumba sin poder contarlos porque ya no tiene sentido. Manolito, como todo quisque, seguramente los vivió; sin embargo, contemplado allí, tras el mostrador, casi tan escuchimizado como Espinete Sergi, pero con ese trazo rudo que imprime la mala vida, nadie hubiese sido capaz de creerlo, porque bastaba con fijarse en su andar raudo y oteante, ese que deja el paso por el trullo, o en la angulosidad remorena y a espátula de su rostro, para adivinarle un pasado arisco y sobre el filo de una navaja, que, naturalmente, ahora suscitaba la compasión de Agustín; es más, se diría que su viejo amigo hasta se sentía injustamente favorecido por el destino, y mira que le repitió veces en Olot:

—Tío, pon atención al estudio que tú y yo no somos nada; somos unos muertos de hambre, unos mierdas.

Manolito siempre lo miraba como cogido a trasmano, pero, de inmediato, recuperaba su granujería y le largaba aquello de:

—¡Qué dices, Agustín!; pareces mi padre; ¡si todo consiste en pillarle la maña al asunto...!

Y la maña era copiarle los exámenes a Agustín y tirar para adelante, que Dios ya proveería.

Sin embargo, Dios no proveyó tanto como ansiaba Manolito, y el camino se le fue torciendo, poco a poco y sin darse cuenta, como le vaticinaban los malagoreros de

Agustín y de su padre, un perito de Minas zamorano, que lo internó en Olot cuando, al quedar viudo, se supo incapaz de controlar a aquella lagartija indina de hijo que le había tocado en suerte. En cambio, sus dos hermanas mayores, Beatriz y Águeda, completaron sus estudios en casa, en Figueras, y, luego, en la universidad; Beatriz, en Gerona, y la otra, Águeda, en Barcelona, y se habían convertido en unas señoras con familia y oficio en Manresa y en Badalona, por demás hartas de sacar a su hermano menor de pufos y, de lo que era peor, de pagarle abogados por el tringue de bugas por encargo o por el trapicheo de sustancias embriagantes. Porque Manolito, confiando siempre en su capacidad para «pillarle la maña al asunto», se pasó de listo una vez y, desde entonces, jamás enderezó el rumbo, y en este momento, allí se encontraba, tras aquella barra y, seguramente, vendiendo de matute farlopita para elevar los ánimos decaídos de la parroquia.

Y Agustín, como le había sucedido tantas veces antes, se sintió culpable de no haber estado a su lado durante los tropiezos que lo habían conducido a aquel menesteroso estado de camarero furtivo, camello de medio pelo y quién sabe qué más ilegalidades, como había sucedido siempre en Olot, cuando Manolito provocaba la bulla con su ingenio guasón. Sucedió que las agudezas de Manolito, como aquella de escribir antes de que llegase nadie las derrotas del Barça en la pizarra para chincar a toda la clase, por más que la liga o cualquier otra competición le trajese al paio, sacaban de quicio al Ferran Fontanella, que, como capitán del equipo de fútbol e hijo de familia de posibles, comandaba la pandilla viril del curso y, por supuesto, no admitía disidentes; como consecuencia, la díscola hermandad de Manolito y Agustín le resultaba intolerable al punto de no solo llamarlos *castellans*, como los curas —naturalmente, por lo bajo— o el resto de los colegiales —estos, por lo alto y con descaro—, sino *la parella de xarnegos* o los Murcianicos, y sobre estos despectivos motes, estaba

empeñado en expulsarlos no solo del colegio sino del orbe entero. Y, por descontado, aprovechaba la mínima pulla en sordina de Manolito en clase —que, naturalmente, siempre cosechaba la carcajada general y el desconcierto del profesor— o ni tan siquiera eso, sino su simple andorrear por el patio o por los pasillos, sumido en urdir su último enredo, para provocarlo y acto seguido partirle los morros. Y aunque a Manolito se le daba bien, por su rapidez de avispa, dar guantazos, no podía defenderse de los patadones a los costillares de aquel muchachote atlético y dos palmos más alto salvo que llegase él, Agustín, casi tan larguirucho como su hijo Guille, pero con un coraje furioso de Arrate que imponía al más plantado.

Y ahora, mientras se reconvenía, Agustín notó cómo la malaventura había limado con pertinacia la gracia de entonces en Manolito; sus ojos, aunque lo parecieran, ya no brillaban con el contagio vivaracho de aquellos días, ni su sonrisa transmitía el guiño cómplice que conseguía que lo acompañase en las más temerarias andanzas, como cuando averiguó dónde guardaban los escolapios las preguntas de los exámenes e ideó todo un plan para llegar hasta aquella alacena, pegarles la copiada y, naturalmente, luego distribuirla, previo succulento pago, entre los compañeros de confianza. Aquel «golpe de altura» no salió: durante los sucesivos conatos se tropezaron primero con el vigilante, y cuando consiguieron burlar la ronda de este, ninguna de las ganzúas que Manolito se había fabricado y probado en varias cerraduras funcionó ante la última y definitiva puerta; quizá fueron los nervios, como anduvo protestando todo enrabiado durante semanas, quizá... Aunque Agustín viviese aquella cadena de excursiones nocturnas como uno de los momentos más arriesgados y emocionantes de su vida. Pero he aquí que la afición por lo ilícito de Manolito, seguramente impulsada antes por la embriaguez adictiva del peligro que por su constante apretura de dinero, lo empujó, durante el último curso de Bachillerato,

al suministro de hachís para veinte o treinta pipiolos del centro y de fuera, hasta que Agustín, tras prohibírselo en repetidas ocasiones, debió acorralarlo en las duchas y, entre algún que otro puñetazo al hígado, exigirle que terminase con aquello de una puñetera vez porque se jugaban la expulsión del colegio: Manolito, por consumado traficante, y él, por posible encubridor. Y Manolito, con el costado condolido y enmascarado tras un luto riguroso las dos o tres semanas siguientes, cedió y no volvió sobre el menudeo de chocolate o al menos que Agustín supiese; y si Agustín lo ignoraba, es que, desde luego, Manolito había clausurado su expendedoría. Asunto distinto era su relación con unas chonis —aunque entonces aún no se las llamaba así—; un par de dependientas y luego camareras, o viceversa; porque la memoria de Agustín ya flaqueaba en este detalle biográfico sobre aquellas dos adolescentes, tan hambrientas de mundo como Manolito y Agustín e igual de ajenas a todo lo *olotí*,<sup>79</sup> se llamaban Vane y Yoli, con lo que queda dicho el resto, salvo que disponían de llave y asiento en un piso de los aledaños del Pekín, de una prima mayor que ellas, también camarera de una discoteca. Apenas las conocieron, Manolito y Agustín acudían a aquel apartamento, nutrido con muebles de ocasión y unas cortinas de puro espanto, para encerrarse los domingos por la tarde en sus cáusticas habitaciones y explorar minuciosamente todos los secretos de la anatomía femenina. Incluso, la Yoli se enamoró de Agustín, de su mirada soberbia, de sus maneras adustas y de su porte esbelto de Arrate, y él, claro, le dio cuanto carrete le solicitaba para verla desnudarse, primero, desafiante y hasta abrupta, y, luego, conforme comenzó a soñar con retenerlo, con un candor copiado de los *teletelms*, que a Agustín, más bien, le producía una compasión culpable. Pues el ánimo de Agustín, por aquellos días, estaba absorto

<sup>79</sup> *olotí*: olotense, gentilicio en catalán de Olot.



en la mirada sonriente y en el gesto desenvuelto de una francesa, Sophie, con la que había compartido atardeceres de bronce derramado en Cala Galdana y a la que escribía encendidas cartas sin obtener más que alguna cortés respuesta, a pesar de que en Menorca se le mostrase muy distinta y hasta se le entregase algún que otro amanecer, cuando regresaban en una *scooter* que se agenciaba, a cambio de favores a un compañero, desde Mahón o desde Es Castells o hasta desde Ciudadela, para que Agustín acariciase una felicidad hasta entonces desconocida y que lo alejaba tanto de Busaña e incluso de sí mismo, que jamás hubiese querido desprenderse de aquel cuerpo desnudo y tendido entre los pinares del alba. Mientras que para Sophie, tal vez Agustín no fuese más que el atractivo botones del hotel cercano al apartamento de sus padres, que la paseaba en aquella Peugeot por toda la isla y que le franqueaba todos sus garitos sin que le costase un chavo la excitante *tourné*, porque Sophie, en sus contadas líneas de respuesta, jamás mostró algo más que un tibio aprecio para despago de aquel Agustín, que la siguió añorando, por más abrazos rendidos y miradas tiernas de la Yoli que recibiese en Olot y, luego, por más aventuras que persiguiese y disfrutase durante la carrera en Barcelona, hasta la entrada de Xènia en su vida. Pues si Sophie fue el luminoso y apremiante amor de su adolescencia, en los abrazos de Xènia, en su jugar enloquecido y sin receso que tanto se afanó en procurarle, Agustín creyó zambullirse en el manantial lustral que le redimía de toda su bastardía y hasta de su condición de charnego; además, su sólido título de ingeniero y su reciente empleo en la Schliemann AG le otorgaban la patente necesaria para culminar este propósito que ya estaba implícito en aquella orden a Manolito:

—Tío, pon atención al estudio que tú y yo no somos nada; somos unos muertos de hambre, unos mierdas.

Sí; cada beso de Xènia era un alejarse de toda esa hiriente postergación y un asentar su personalidad en ese

mundo al que pertenecían los Arrate y que a él solo le estaba permitido contemplar desde la distancia.

Y ahora, en este escondrijo de Castelldefels, al repasar de un vistazo todas sus peripecias juveniles, en donde tanto había intervenido Manolito, mientras recorría con una vaga mirada las enormes fotografías de playas del Caribe, todas de un rojizo mortecino por la pátina de los focos y tan apropiadas para un *night-club* de carretera como discordantes allí, en aquella cocina disfrazada de *loft*, donde se emitía sin tregua esa música llamada *indie*, colgadas ante unas paredes marcadas, aquí y allá, por sucesivas suelas de bombas, rodeando aquellas cuatro escuetas mesas compradas de saldo, Agustín sintió la descaecida y hastiante opresión de la tristeza; y tal vez esta aflicción no fuera sino el efecto del cansancio de un día que había comenzado con aquel imprevisto y anhelante abrazo de Mireia y que había acabado a las puertas de una clínica, donde su otro mejor y más duradero amigo yacía en una inconsciencia de la que se ignoraba cómo saldría, en tanto el sibilino Llorenç Canalda despachaba con su verbo bien temperado a los muchachos de la prensa, ocultándoles que, apenas hubiesen llegado a sus redacciones, descubrirían con caras de bobos que su carrera hasta Sabadell había sido en vano.

Se le vino una blasfemia como toda protesta y se volvió hacia Espinete Sergi, que charlaba con Manolito sobre no sé qué canción que sonaría de inmediato; pretendía decirle que ya no soportaba más y que lo acercase hasta a Sants, donde le aguardaba el inmenso consuelo de su cama, cuando Manolito lo interrumpió:

—Agustín, tengo que enseñarte algo muy fuerte... Tío, vas a alucinar; te lo juro.

—¿Y eso?

—Espera que chape el tugario y lo verás; ¡te juro que merece la pena...! Se trata de tu abuelo.

—¿De mi abuelo?

—Sí; de tu abuelo, el Arrate, el de Busaña.

Y de pronto, Agustín despabiló de aquel decaimiento. Aunque para que aguantase mejor la hora que aún les restaba por delante, Manolito los convidó a un par de rayitas en el servicio.

Manolito echó el cierre al bajo del chalet, antes incluso de lo previsto, porque la pareja de conversadores de la última mesa se levantó de improviso, pagó y abandonó embebida en su charla aquel antro de un escarlata legañoso. Mientras, Espinete Sergi amagaba con quedarse; si bien era notorio por la inquietud de sus gestos que también quería concluir cuanto antes con aquello que debían ver para empiltrarse rápidamente. Así que Agustín, previendo que le resultaría un incordio para el detenimiento que le iban a requerir, si los documentos se demostraban tan fascinantes como su amigo le había insinuado hacía unos momentos, lo despidió con el impecable pretexto de que ya sería Manolito quien lo acercase luego a Sants en su *Megane* de tercera o cuarta mano:

—¿No es así, Manolo?

—Descarao, tío.

Y en cuanto Espinete Sergi se perdió tras un portazo por el patio trasero, Manolito le indicó que lo siguiera hasta el final del pasillo de los servicios, por una salida con candado; luego, apagó los focos rojos y anduvieron unos pasos en la oscuridad hasta una estancia anchurosa donde penetraba, por las rendijas de las persianas, el resplandor amacigado de las farolas de la calle. Al iluminarla Manolito, Agustín descubrió que se hallaba en lo que había sido el salón-recibidor y del que apenas si quedaban un tresillo, una mesa baja de mármol veteadado y varias sillas de aquellas de un aparatoso estilo castellano que tan pomposamente enaltecieron los hogares conservadores. Pero si algo le llamaba la atención era un par de carteles antiguos de un espectáculo de variedades, en un color parduzco con las letras gruesas estampadas en rojo y en negro, y las fotos, siempre de la misma *vedette*, bien enmarcadas en plata y

sobre un aparador o bien aquellas dos de cuerpo entero, que ocupaban llamativamente ambos lados de una pared donde se abría una puerta doble de vidrios esmerilados verdes y ámbar; más allá, Agustín aún atisbó los restos de un pretencioso comedor.

Agustín dio unos pasos para observar mejor los retratos sepias y en blanco y negro, y de inmediato notó que aquella aparente mujer bajo aquellos vestidos ceñidos de lentejuelas o de *satín* y hasta con plumas sobre la cabeza emitía algo demasiado ambiguo para no ser un hombre por más que intentase presumir de caderas y escote.

—¿Quién es? —preguntó a Manolito mirando al travestido en las fotos, a cuál más provocativa; en una, incluso, apenas se cubría los supuestos pechos y sus ingles con una gasa, mientras se tendía en un diván y le dirigía a la cámara una invitación lasciva. El tipo, la verdad, era de una indefinición demasiado delicada para aquellos años cuarenta o cincuenta y, por tanto, mirarlo aún provocaba una cierta turbación en Agustín.

—El padre del dueño; Débora Flynn —le contestó.

Le sonaba el nombre en ese mismo universo donde su memoria incluía a la famosa Manolita Chen o incluso a las cupletistas más antiguas, como la Chelito o la Bella Otero, pero era un universo de una lejanía indeterminada para Agustín, así que se le quedó mirando mientras esperaba una aclaración; sin embargo, Manolito le hizo el ademán para que lo siguiese por la escalera del rincón hacia la planta superior. Al encender las luces de aquel rellano, Agustín se halló ante más fotografías sobre sus paredes, donde la *vedette* aparecía a menudo con ternos de caballero y como un tipo corriente de aquella crudísima posguerra —eso sí, más litri y repeinado de lo habitual—, incluso en un retrato lucía un traje cruzado milrayas de amplias solapas, la mar de ostentoso, hasta con su sombrero de ala ancha, en mitad de la Plaza de Cataluña; lo acompañaban un niño y una mujer más bien vulgar y algo gordezuela; los tres sonreían; en

otras, hasta se los veía en bañador y en la playa, y en unas últimas, ya a todo color, volvía a aparecer de estrella de las candilejas pero en la inclemente y patética decadencia, tanta que del anterior atractivo lánguido y perfilado de su rostro, en aquel viejo travestido no quedaba sino una máscara trazada por los potingues, que el fulgor violento de los focos tornaba en más grotesca.

—Y ahora verás —le dijo Manolito con un tono intrigante, en tanto abría la puerta de lo que se mostró, de tan estrecho, un atosigador despacho atiborrado de paquetes de cartón.

Tiró de un cajón del modesto bargueño que ocupaba casi toda la pared y extrajo de entre varias fotografías en sepia un par del tamaño, al menos, de una holandesa y enmarcadas en un cartón verjurado y antiguo. La primera que le dio a Agustín la ocupaban dos seminaristas jóvenes, espigadísimos y sonrientes: uno de ellos era indudablemente él mismo o, mejor dicho, su abuelo; el otro se asemejaba, pero en un muy risueño adolescente, a Débora Flynn, y lo era; solo que cuando todavía se llamaba Delfín Uriarte. La siguiente fotografía que le entregó Manolito volvían a protagonizarla ambos, con la gran boina de navarros, en camisa blanca y pantalón oscuro, y su abuelo con la americana sobre los hombros. Aquellos jovenzuelos se hallaban ante un soberbio caserío vasco, y Delfín miraba a su abuelo con una intensidad que superaba la amistad. Gerardo Arrate, en cambio, dirigía sus ojos directamente hacia la cámara con su peculiar arrogancia.

—Y hay más —añadió Manolito mientras Agustín estaba atrapado por ambos retratos. Y de una gaveta del escritorio sacó un puñado de cartas. No tenían remite y algunas ni siquiera sello, por lo que habían sido depositadas en la dirección del Poble Sec por un propio; en cambio, todas estaban dirigidas a D. Delfín Uriarte García.

Agustín escogió la última:

25 de mayo de 1952

Querido Delfín:

No te ruego, te exijo que ni me escribas ni me telefonees más. Te irán llegando mis ayudas. Sabes de sobra que ya no puedo visitarte, de modo que, por favor, no insistas.

Esta es mi última carta.

Un abrazo y buena suerte. Tu amigo,

G

Ojeó algunas más; todas eran breves misivas escritas a máquina, anunciando o demorando una próxima visita a Delfín; todas sin la dirección del remitente y sin el nombre de Busaña o de cualquier otra localidad antes de la fecha, contra lo que obliga la convención, y, por supuesto, estampadas con idéntica firma: aquella ge mayúscula. Como el puñado de sobres tampoco superaban la veintena, Agustín volvió a repasarlos hasta dar con la carta más antigua; databa del 16 de junio de 1945, cuando su padre, Gerard Arrate i Genís, casi había cumplido un año, y decía:

Querido Delfín:

La próxima semana tengo diversos encuentros con los camaradas y otras autoridades en Barcelona. Seguramente, el miércoles por la mañana podré encontrar el momento para pasar un rato contigo.

Espero que tu familia se encuentre bien; la mía se halla estupendamente; el niño ya anda y mi mujer, con el que está en camino, presenta un estado envidiable.

Hasta la semana próxima. Tu amigo de siempre,

G

En aquellas dos cartas y en otras que ojeó, Agustín no encontró nada impúdico ni comprometedor, pero la elusión de todo nombre salvo Delfín resultaba demasiado escamante, sobre todo, tras su recorrido por la galería de retratos de Débora Flynn.

Y entonces se escuchó, más que una voz, una quejumbre:

—¡Manolito...! ¡Manolito...! ¿Eres tú?

—Sí, don Jesús, soy yo —respondió su amigo saliendo al rellano.

Agustín dejó las cartas y los retratos sobre el bargueño y siguió a Manolito hasta el fondo de aquel pequeño corredor donde, a la derecha, se abría una alcoba iluminada por una historiada lámpara sobre una mesilla; en una cama inmensa se recostaba un viejo consumido y bajo una lividez cenicienta; las sábanas le cubrían hasta la cintura y su torso, por un pijama azul marino de caballero, con el bolsillo bordado con unas iniciales blancas en coqueta caligrafía inglesa: D.U.

—¡Oh...! —exclamó el matusalén en cuanto lo descubrió tras Manolito—. Es usted; ¡ha vuelto...!

Manolito miró de soslayo a Agustín con malicia.

—Pero, no; no puede ser... —prosiguió la momia—. Usted, ahora, después de tantos años; debería... —titubeó con cierto temor— ¡Debería haber muerto...!

—Señor, usted se refiere a mi abuelo —pronunció abrumado Agustín—, a Gerardo Arrate Goitia.

—Eso, a don Gerardo; aquel que venía y me traía siempre regalos y dinero... Traía un dinero que tanta falta nos hacía entonces... —Y con un gesto, el anciano lo llamó—. Pero... venga; venga usted aquí, para que pueda verlo mejor.

Agustín le obedeció y adelantó a Manolito y se acercó, notablemente azorado, hasta la vera de la cama.

—El parecido es admirable... Admirable. ¿Y dice usted que don Gerardo era su abuelo?

—Efectivamente, señor.

—Su abuelo era amigo de mi padre, muy amigo; desde el seminario, en Pamplona.

—¿Quiere usted agua, don Jesús? —intervino Manolito.

—Mejor una Coca-Cola —le respondió.

Y Manolito salió mientras el anciano palmeaba la cama para que Agustín se sentase allí.

Lo hizo con una cierta aprensión.

Cuando Manolito regresó con una bandeja y dos botes de Coca-Cola bien fríos con sus vasos, Agustín y don Jesús ya habían trabado una distendida conversación; incluso, el viejo tenía unas gafitas de esas sesgadas por la mitad en la punta de su nariz y, en sus manos, aquellas cartas y ambos retratos. Así descubrió Agustín una faceta inverosímil y tan secreta como íntima del todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia, sentado en aquella enorme cama de un cabecero con voluta de estilo imperio, bajo un tétrico crucifijo y al claror de aquella lamparilla de velador con una tulipa historiada en forma de cúpula modernista.

Gerardo y Delfín habían sido amigos más allá de lo que la honesta amistad prescribe en sus tiempos del seminario; es más, según precisó don Jesús, tras un par de sorbitos a la Coca-Cola, su padre, Delfín, siempre estuvo enamorado de don Gerardo. Pero ambos, bien por verse sorprendidos en algún lance delatador, bien porque no fueran ya capaces de mantener aquella farsa de sus vocaciones, abandonaron el seminario; don Gerardo a Valladolid para estudiar Derecho, y Delfín hacia un lugar donde manifestarse sin tapujos; y este no podía ser otro que Barcelona, una metrópoli con puerto y teatros, donde, por un lado, disolverse en el anonimato y, por otro, alcanzar su aspiración: convertirse en el deseo de los varones aunque fuese durante un par de canciones y sobre los escenarios. Fue un viaje recurrente durante décadas para muchos otros como Delfín, salvo que a él le estalló la guerra apenas había comenzado a trabajar como ayudante de una peluquera. No obstante, aquella Barcelona tumultuosa y del fragor revolucionario le permitió dar sus primeros pasos como cupletista; incluso, se acercó hasta los frentes para actuar



sobre tabladitos improvisados ante los milicianos de la CNT. Aunque aquella descoyuntada revolución en alpargatas se apagó, primero bajo el silencioso dogal de los soviéticos y, luego, con la llegada triunfal y aplastante de Yagüe y sus legionarios. Y atemorizado, Delfín se acogió en casa de aquella peluquera, adonde aterrizó, de pronto, su sobrina Milagritos, una muchacha turolense, ingenua y sin gracia alguna pero muy religiosa y, sobre esto, enamorada de inmediato del estilo juncal y alegre de Delfín; y, además, las circunstancias solo imponían casarse si Delfín quería seguir comiendo en aquella mesa y, al compás, encontrar la recomendación de un cura para un empleo o simplemente para pisar la calle en disimulada sintonía con los nuevos e imperiales tiempos.

En fin, que volvió a ser ayudante de la peluquera —ahora, su tía política—, quien, contra su sobrina, alentaba, con guiños e indirectas, los anhelos de Delfín por retornar a las tablas, porque aquella mujer, Eufemia, era una rubianca, cachonda y amiga de encamarse, siempre que podía, con estibadores broncos de la vecina Zona Franca, para bochorno silencioso de su sobrina. Y Delfín, entre el apoyo de Eufemia y los encuentros clandestinos en pensiones inmundas con otros como él, comenzó a tantear el volver a convertirse en una apicarada cupletista, aunque fuera por secretos tugurios de mala muerte o hasta en fiestas muy privadas de señoritos con pistola y camisa azul. Y precisamente durante una de estas reuniones tórridas y jactanciosas, en una aristocrática torre de la Bona Nova, cuando ya gozaban de cierta fama su arte y su descaro —y, por supuesto, sus favores si alguno de aquellos galopines de la Falange se atrevía a tanto—, se encontraría de nuevo con su Gerardo. De inmediato, retomaron la relación, de la que cualquiera podía suponer todo pero nadie podía afirmar nada, porque cuando don Gerardo visitaba a Delfín en su piso de la calle Blasco de Garay, hasta su mujer, la Milagritos, se ausentaba para ayudar a su tía Eufemia en la recién

abierta peluquería de la cercana calle de Manso, mientras que don Jesús, entonces un mocoso, o apenas recordaba unas enmohecidas imágenes sin ilación alguna o, más tarde, tampoco se hallaba allí porque ya acudía a la escuela del barrio; solo era constatable que don Gerardo pasaba junto a su amigo unas dos horas siempre que se lo permitieron aquellos viajes mensuales o hasta trimestrales a Barcelona, descubiertos por don Cristóbal a un sorprendido Agustín aquella tarde en Cala Galdana, cuando todavía ejercía de botones, y que en cada una de sus apariciones don Gerardo dejaba algún dinero para el alivio de aquel hogar humilde, y que en muy contadas ocasiones se había quedado a comer con toda la familia, y que favoreció, bajo cuerda, todo cuanto pudo la carrera artística de Débora Flynn, aunque ni siquiera don Jesús fuese capaz de asegurar si don Gerardo había asistido a alguna actuación de la *vedette* salvo aquella del encuentro, porque su padre, Delfín, jamás soltó prenda sobre la naturaleza de las entrevistas con su amigo, menos todavía si se encontraban en otros lugares; únicamente, Delfín le mencionaba a su amigo cuando, al volver de la escuela, le entregaba los regalos que don Gerardo le había traído, hasta que apareció aquella mujer y de don Gerardo no volvió a saberse más.

Y cuanto le acababa de contar, don Jesús lo conoció por su madre, que, como es de suponer, profesaba unos celos silenciosos, muy silenciosos, por el poder de su odiado don Gerardo, pero ferozmente contumaces. Y tal odio de Milagritos era muy comprensible, porque aquel don Gerardo había sido el gran y único amor de su marido; bastaba saber, como le relataba ahora don Jesús a Agustín, que cuando ya vivían allí, en aquel chalet de Castelldefels, y a Delfín se le había desmigajado la memoria al punto que ni se reconocía en los retratos del salón, volvió a suspirar su, omitido durante décadas, nombre: Gerardo. Y ese nombre y el canturreo de alguno de sus cuplés preferidos fue a lo que quedó reducido Delfín Uriarte García, en los

escenarios Débora Flynn, el año antes de despedirse de este mundo, mientras Pujol, a su vez, lo hacía del *palau* de la plaza de Sant Jaume.

En cuanto a aquella mujer, tan funesta para las visitas de don Gerardo, era una rubia alta y de pisar autoritario de la que don Jesús ignoraba hasta su nombre. Por tanto, apenas podía contarle algo a Agustín, salvo que había comenzado a frecuentar la casa cuando una célebre modista, Celita Pons, abrió el taller en el principal del edificio, allá por los cincuenta. En fin, para don Jesús era otra de las muchas damas adineradas que venían a probarse pero, vaya, esta se tropezó una vez con don Gerardo en la escalera y este no regresó jamás; ¿por qué razón? Don Jesús le expuso sus propias conjeturas que, ciertamente, no andaban demasiado desencaminadas de cuanto Agustín le aclaró a continuación, pues, con la sola mención de la modista más los leves trazos con que el anciano la había descrito, Agustín entrevió enseguida a l'Amalia Sentís; es más, coligió que ese casual encuentro en la escalera de la casa de Blasco de Garay era el origen de ese turbio temor que su tío Guillem intuía en el todopoderoso don Gerardo Arrate Goitia siempre que la mencionaba.

Y Agustín, en un ademán de don Jesús, atisbó que el reloj del anciano señalaba las cuatro de la mañana y, de pronto, fue consciente de la jornada que le aguardaba con la llegada sobre el mediodía de su madre desde Almería y, luego, con la visita a la clínica donde agonizaba su padre. Se levantó lenta pero decididamente de la cama del viejo y le estrechó la mano con mayor afecto del que ni él mismo hubiese supuesto, y le prometió volver con su tío Guillem, quien, en cuanto le relatase todo lo escuchado durante aquella reveladora velada, ardería por pisar el chalet de Castelldefels y sonsacar a don Jesús hasta los más mínimos pormenores de su memoria, porque aquel amor secreto y contrario no solo le conmovería profundamente y hasta le reconciliaría —si le quedaba alguna cuenta por saldar—

con su padre; además, con el excitante aliciente de que el otro partícipe del idilio había sido un afamado travesti del Paralelo en los cincuenta y principios de los sesenta.

Cuando se sentaron, dieron los portazos y el *Megane* arrancó, Manolito le confió cuáles eran los vínculos que mantenía con don Jesús Uriarte, antiguo practicante y abandonado hacía bastantes lustros por su mujer por los fornidos brazos y la saneada fortuna de un viudo con bodegas en Tarragona; por supuesto, también se llevó a sus dos hijos, que desde entonces ni lo llamaban. Y aquel hombre regresó desolado a casa de sus padres; o sea, a ese chalet de Castelldefels que acababan de dejar a sus espaldas, y cuya remota compra Manolito sospechaba que la había propiciado de algún modo su abuelo, don Gerardo Arrate Goitia. Y allí, don Jesús se dedicó a ellos, casi como una penitencia por su fracaso, hasta que fueron falleciendo; «primero, doña Milagritos, y después, don Delfín» —los tratamientos, curiosamente, se los antepuso Manolito, en un rasgo de circunspección totalmente extraño en él—.

Por lo demás, Manolito había conocido recientemente a don Jesús Uriarte mientras estuvo recogido en otro hotelito de esa misma calle por un colega del talego; congeniaron y se dedicó a hacerle recados y, poco a poco, a cuidarlo y acompañarlo al banco y al resto de gestiones corrientes pero ya demasiado enrevesadas para su edad, con la intención de «darle el palo y salir de naja; pero, después, tío, le fui tomando cariño al viejo; encima, me acogió en el desván, ¡entérate, Agustín, me lo cedió todo enterito, y puedo traerme a las coleguitas!».

—Joder, Manolito, estás como un rey —saludó Agustín.

—Ya ves, chaval... Luego, con su permiso y con conocimiento de la bofia, me monté el garito que has visto. Con eso me mantengo de lo más legal, tío.

—Hombre, no tanto —le replicó.

—Qué va, ya he recogido algo de pasta y voy a poner el local en regla, solo me queda negociarlo con un concejal, pero

en cuanto me entre el payo, zas, abro con todos los papeles sellados... Además, los pasmas ya me han dado un toque.

—Será uno detrás de otro.

—¡Sí, qué pasa! —protestó—. ¿Te vas a poner ahora tú de su parte?

—No, qué va, pero me preocupa.

—Anda y que te follen.

Y el *Megane* aceleró en solitario bajo las farolas de la autopista.



## El deseado reconocimiento

Apenas había abierto un ojo cuando ya atisbaba cuanto la jornada le deparaba: la llegada apurada de su madre al Prat; la presencia amable y sonriente de su tío Guillem, no sabía si con coleta o con su canosa melena suelta, y, luego, su aparcar en la clínica Teknon, que por muy alojada que estuviese en el dieciochesco palacio de Can Vilana, siempre se le antojó, fuera por sus geométricos y bien perfilados jardines con sus espigadas y simétricas palmeras o por el apacible color crema de todo aquel apabullador conjunto de pabellones cúbicos, como arrancada del dorado Hollywood de los años treinta y trasplantada una mañana cualquiera al fondo del consolidado Sant Gervasi. Pero el sorprendente descubrimiento de la noche anterior, con sus antiguas fotografías todavía bamboleándose sobre su imaginación más las escasas tres horas dormidas lo embotaban tanto que necesitó, tras un desgano bocado a la tostada, un segundo trago y más largo al café para emprender sus movimientos con un cierto orden y, sobre todo, con templanza. Lo inmediato, antes incluso de que el reloj le marcase las diez, sería presentarse en el despacho y decirle a Paula, su secretaria, que lo disculpase ante todo el mundo con cualquier pretexto porque en poco más de una hora partiría hacia el aeropuerto para recoger a su madre, pues llegaba de improviso por la grave enfermedad de un familiar, y que debería atenderla hasta dejarla bien aposentada en su casa, y que calculaba, más o menos, que entre unas cosas y otras no resolvería todo aquel aprieto hasta el final de la tarde; en fin, que no iba a regresar en todo

lo que restaba de jornada. Aunque, eso sí, pensaba antes darle una ojeada al correo electrónico para comprobar si había respuesta de Zaragoza o alguna comunicación sobre cualquier otro asunto pendiente; las demás cuestiones podían esperar y, en caso de un imprevisto urgente, algo que irremisiblemente solía presentarse cuando los acontecimientos se atolondraban, que lo llamase.

Y en esas estaba, ante Paula, siempre tan seriecita y tan pulcra en el vestir, con sus discretísimos trajes de chaqueta *prêt-à-porter* e impecablemente planchados, y sin el menor desliz extravagante entre los detalles con que los complementaba; actitud que incitaba, por no desmerecerla, al propio Agustín a la adquisición de sus «uniformes de faena» en las más reputadas *boutiques* para caballeros del Paseo de Gracia. La verdad, pese a este prurito remilgado que sin duda había influido notablemente no solo en su aspecto sino hasta en su conducta laboral, Agustín había tenido la suerte del novato cuando le asignaron, hacía unos siete u ocho años, a aquella mujer como secretaria; no solo porque contase con algunos cursos de peritaje industrial, que él mismo le había alentado a concluir para que se desarrollase con mayor autoridad sobre los proyectos a resolver e incluso para que aspirase a un puesto superior en la compañía, sino porque su discreción y su afán natural por el orden y la pulcra clasificación de los expedientes eran toda una garantía para el dilecto y eficaz discurrir de la tarea. Cuestión bien distinta era su intimidad; alterada y adversa, y severamente silenciada tras su gentil pero inflexible disposición para el trabajo, hasta que una mañana, de hacía más o menos un lustro, ya no aguantó más y se le deshizo en los brazos, mientras tomaban a solas un Nespresso en el *office* de la planta de ejecutivos.

—*No puc més, Agustín.*<sup>80</sup> —En tanto él se ruborizaba hasta los tuétanos al encontrársela, tras un súbito e ines-

<sup>80</sup> —No puedo más, Agustín.



perado giro, abrazada y sollozando aquellas palabras contra su pecho, porque si alguien hubiese entrado en ese momento, hubiera supuesto precisamente lo que estaba si no explícitamente prohibido, al menos tan estrictamente censurado en la Schliemann AG como para conducir, con cualquier excusa posterior, a un despido seguro: que fuesen amantes. Más aún cuando no se cumplían ni los dos años desde que Agustín se divorciase.

Y, por supuesto, ni por lo más lejano.

—*Em matarà; aquest fill de puta em matarà* —prosiguió Paula entre lágrimas, mientras Agustín la conducía hasta una mesa y la sentaba con todo cuidado en una silla.

—*A veure, què t'ha passat?*<sup>81</sup>

Así completó los detalles de su biografía que tan púdicamente ella ocultaba en el trabajo, aunque Agustín jamás hubiese tenido la tentación de preguntarle más allá de lo meramente cortés, como el cumpleaños y cosas por el estilo.

Sucedía que Paula había dejado a su novio de toda la vida en Tortosa por un impulso arrebatadoramente carnal. En realidad, no lo había dejado, sino más bien los acontecimientos lo habían impuesto. Ella, en cuanto conoció a aquel guapo descarado de Poble Nou en un bar de copas del Maremagnum, no paró de divertirse con sus quedonas y desafiantes bromas durante toda la noche hasta acabar poseyéndolo en su coche; es más, fue tan ciega y febril su atracción por aquel tipo que no dejó de buscarlo siempre que podía, para encabalarlo en cualquier parte y con cualquier excusa; y, a los cinco o seis meses, se descubrió embarazada, y si bien dudase si se debía a su novio, el Joan Albert, o al Valentín, la reciente y desbocada frecuencia parecía señalar a este último como el germinador de la criatura; encima, por desgracia, era demasiado tarde para que abortase sin perniciosas secuelas.

<sup>81</sup> —Me matará; este hijo de puta me matará [...]

—A ver, ¿qué te ha pasado?

Y así se vio casada por lo civil con aquel mecánico de Poble Nou para el bochornoso disgusto de sus padres, unos panaderos conservadores y, por supuesto, muy católicos, y, por descontado, señalada por el odio sordo y contumaz no solo de su novio sino, y como es natural, de toda su familia, también muy tradicional y conocida en la ciudad; al punto que Paula todavía trataba de eludir sus visitas a Tortosa con las más torpes y enrevesadas invenciones. Es ocioso añadir que su carrera de ingeniero técnico se fue a freír gárgaras en medio de todo aquel zafarrancho, y que, tras el parto de su Polín, se encontró enviando como una descosida currículum hasta que la Schliemann AG le hizo unas pruebas por sus medianos conocimientos de alemán. El resto fue asignársela a Agustín, que se hallaba algo incómodo con su anterior secretaria; en absoluto porque fuese intransigente con sus modales o por cualquier otro choque de personalidades, sino por todo lo contrario, porque la anterior, Silvia, era, a pesar de su extrovertida y desconcertante ingenuidad, al punto de arrancarle una carcajada tras otra cada mañana, de un peculiar y disparatado desorden, y Agustín precisaba exactamente de lo contrario para aislarse en sus cálculos o para prepararse las reuniones con los clientes, donde forzosamente debía exhibir una desenvuelta cordialidad; algo que, por su sello de Arrate, le resultaba tan ajeno como arduo.

Pero he aquí que al año y pico del nacimiento de Polín, Paula y Valentín habían comprobado de sobra que, salvo en sus fieras y estrepitosas batallas sexuales, no se conjugaban en nada, absolutamente en nada; y, claro, el mecánico comenzó a enseñar —quizá por vengarse de aquella engorrosa corma de casado y padre— unas maneras chulescas y broncas, que si al principio sublevaban a Paula, al final, con tanto abandonarla para salir con sus amigos para regresar al alba sin darle explicación alguna, con tanto acudir al bar de la esquina para ver el partido del Barça o para jugar una mano de cartas con la *colla* de parroquianos, y con tanto feroz exabrupto como respuesta a sus justificados reproches, acabó

por arrinconarla en aquel piso estrecho de Badalona y sin apenas amistades de consuelo; al punto que, a los dos años, dormían en habitaciones separadas y solo para desfogarse como alimañas enfurruñadas compartían, alguna vez por mes, la cama o el sofá o el mismo pasillo, donde habían comenzado entre agrios insultos para acabar ayuntándose a trompicones y por los suelos. Pero aquella viciosa violencia tenía los días contados, porque el mundo de Paula se iba volviendo, a cada día que pasaba, de una grisura asfixiante y plomiza, y el colmo llegó cuando supo que a Valentín lo había vencido la ludopatía, al extremo de encontrarse con las cuentas bancarias temblando. Y una o dos semanas después, en el *office*, ya no pudo mantener más su escrupulosa reserva y se desmoronó en los brazos de Agustín.

—¿Te ha puesto la mano encima?

—*No; bé, sí... Però no és per això* —Paula eludió la pregunta de Agustín sobre este escabroso particular, porque era muy consciente de que, en su rabia, lo había provocado tan incisivamente que Valentín, absolutamente huero de palabras, le había soltado alguna que otra galleta, justo antes de acabar enredados en la cama; por tanto, casi se diría que aquellas bofetadas formaban parte del prelude ineludible para sus furiosas coyundas—; *és que no ho aguanto més, allà, assegut, vinga prendre cerveses i amb la seva bruta prepotència, tractant-me com si fos un drap... I, ara, ja ho veus, li ha donat pel joc i s'ho ha anat polint tot, no té ni un duro!*

Agustín le tomó la mano y Paula, secándose las lágrimas con un pañuelo de papel, se remató:

—*Ai, si no fos pel nen, et juro que...*<sup>82</sup>—Y se contuvo

<sup>82</sup> —No; bueno, sí... Pero no es por eso [...]; es que no lo aguanto más, allí, sentado, venga a tomar cervezas y con su sucia prepotencia, tratándome como si fuese un trapo... Y, ahora, ya ves, le ha dado por el juego y se lo ha ido puliendo todo; ¡no tiene ni un duro!

[...]

—Ay, si no fuese por el crío, te juro que...

porque era precisamente Polín la única e inocente causa de aquella desdichada situación.

Agustín tocó a rebato entre sus amistades, e Inés, la mujer de Julio, quien, para asombro de todo el mundo, trabajaba en la financiera competidora de su marido, le encontró un luminoso pisito en Gavá, cerca de Espinete Sergi, y Julio pulsó, mientras, el teléfono para que dispusiese en cinco minutos del abogado más cualificado para plantear la inmediata separación y el posterior divorcio. Paula, por supuesto, vivió todo aquel ajeteo de una forma devastadora y su escrupuloso trabajo lo aquejó en más de una ocasión, aunque Agustín jamás le dirigió otra amonestación más expresiva que el advertidor arqueado de una ceja.

Sin embargo, Agustín sospechó siempre si en aquel conmocionador desahogo no se escondía también una secreta proposición —sus años con Manolito lo habían curtido en malicias y, tratándose de mujeres, convenía permanecer avizor—, y bajo esta cautelosa cantinela anduvo hasta que irrumpió a las tres o cuatro semanas Jeroni Lapuerta, el ingeniero jefe de calidad de productos, un reputado donjuán, o, al menos, de eso se las daba. Y, claro, comenzó a mirar a Paula de otra manera; antes, con las tácitas prescripciones de la compañía en mente y recién salido de su defraudador divorcio, imposible. Y Paula se le antojó una chica atractiva, algo sosa por su convencionalismo en el vestir y por sus respetuosos modales, pero muy apetecible; y acto seguido, le brotaron los celos con su reconcomio. Y cada vez que aquel galán —encima, casado y con varios vástagos— aparecía por su oficina y se entretenía en la mesa exterior para festejar a Paula con sus fruslerías habituales, no digamos ya si por una casualidad coincidían en el *office* o en el restaurante cercano, adonde acostumbraban a acudir todos los ejecutivos de la empresa; entonces, su mirada de Arrate lanzaba flamígeros dardos durante el resto de la tarde. Pero, no; no hubo nada entre Jeroni y Paula porque Agustín le largó una indirecta durante un viaje a Madrid en el AVE.

—*Últimament estàs sent molt simpàtic amb la Paula; no et sembla?*

—*Pobreta, ho està passant tan malament...* —respondió Jeroni.

—*Doncs per això ho dic.*<sup>83</sup>

Y el otro la cazó a la primera y sus saludos a Paula se redujeron a eso, a meros saludos corteses.

Y Agustín volvió a sosegarse y aunque nunca la mirase ya del mismo modo, sino con un mitigado deseo, que Paula, por supuesto, captó en un abrir y cerrar de ojos, aquella cantinela sobre si su estallido en el *office* no ocultaba también una propuesta más el púdico veto de la Schliemann AG levantaron una cauta —a veces, hasta embarazosa para Agustín— distancia entre ellos. Pero un sábado, a las tres y pico de la madrugada, cuando su relación con Mireia pisaba sus primeros y resbaladizos tanteos, al recoger su 318 granate de un *parking* cercano a Vía Layetana, escuchó un:

—¡Jefe!, ¡eh, jefe!

Al volverse, vio aproximársele, con una desenvoltura jovial, a una joven delgadita, con una camiseta rasgada de *punky*, bajo una cazadora de cuero con clavos y sobre unos vaqueros ajustadísimos con sus botas de punta libidinosamente delgada que la alzaban hasta casi su altura; ni aunque se hubiesen cruzado por la acera, Agustín la habría reconocido tras aquel aguerrido maquillaje.

—Vaya, Paula... —y cuando ya pudo encajar a aquella mujer de estridente trazo en su imagen cotidiana tan convencional y despojarse de su asombro, prosiguió—: *Què fas per aquí?*

La pregunta era tan estúpida que arrancó de Paula la siguiente y guasona respuesta:

<sup>83</sup> —Últimamente estás siendo muy simpático con Paula; ¿no te parece?

—Pobrecilla, lo está pasando tan mal [...]

—Pues por eso lo digo.

—*El mateix que tu.*

—*Anar a dormir?*

—*Si em convides a una copa, em quedo una mica més.*

—*Com vulguis, però ja saps que sóc un xafaguitarres.*

—*I jo que no m'ho crec.*

—*Vale, però no em vinguis després protestant.*

—*T'ho juro que no em queixaré.* —y vaciló por un instante y mirándolo como si temiera su reacción, añadió—: *Però, jefe, hauria de ser a Gavà perquè cal que pagui a la canguro.*

—Vale... Ah, y deja de llamarme jefe que no estamos en el despacho.

—*D'acord, Agustín.*<sup>84</sup> —Y su nombre sonó con un retintín irónico.

Aquella copa, aunque se la bebiesen en Gavá, no fue ni mucho menos en un bar de obstinados noctámbulos sacudidos por la triturante música electrónica, sino en el saloncito funcional pero pulcra y agradablemente amueblado del apartamento que le había procurado Inés, y con Vinícius de Moraes y María Bethânia de fondo para, naturalmente, no despertar a Polín. Aclaración de tan escandalosa falsedad que no consiguió sino arrancar una carcajada de Agustín. Paula, claro, lo miró también muerta de la risa.

Lo que vino después, con un peta de maría por medio, fue una de las noches de amor más bellas que ambos vivie-

<sup>84</sup> [...]—¿Qué haces por aquí?

[...]

—Lo mismo que tú.

—¿Ir a dormir?

—Si me invitas a una copa, me quedo un poco más.

—Como quieras, pero ya sabes que soy un aguafiestas.

—Y yo que no me lo creo.

—Vale, pero no me vengas después protestando.

—Te lo juro que no me quejaré [...] Pero, jefe, debería ser en Gavá porque tengo que pagar a la canguro.

[...]

—De acuerdo, Agustín.

ron y sobre la que deberían guardar silencio para siempre; es más, cuando al amanecer Agustín ya se vestía, Paula se le anticipó con:

—*Aquesta nit no ha passat mai; oi, Agustín?*

—*Així és, Paula.*<sup>85</sup>

No obstante; ciertas tardes perdidas, cuando apenas quedaba alguien en la planta, se entrecruzaron algunas miradas que la revivían con una sinceridad emocionada, pero ninguno de los dos se atrevió a ir más allá de dirigirse una evocadora sonrisa.

Por esa razón y por cómo Mireia fue ocupando su mundo, Agustín raramente recordaba todo aquello, pero esta mañana, quizá porque Paula se presentase algo más desenvuelta y atractiva de lo habitual, con aquel vestido desmangado y el nuevo tinte de su pelo de un castaño irisado, se le vino aquella noche mientras encendía el ordenador para comprobar si había noticias de Zaragoza. En efecto; las había, pero se reducían a un escueto mensaje donde le comunicaban que estaban volviendo a sopesar sus consideraciones sobre la resina HAZ-5; el resto de los correos eran asuntos menores o las consabidas estupideces que fluyen por la red y que uno o dos de la promoción distribuían a todos los compañeros considerándolas chistosas genialidades. Y, claro, en ese instante, se le iluminó el Domènec. De inmediato llamó a Nuria a ver cuál era el estado de su amigo. No respondió en ninguno de ambos teléfonos; ni en el de Domènec ni en el suyo. Y aguardando que acabasen las señales de llamada y sonase el contestador automático para dejar su mensaje de preocupación, ojeó en su reloj que debía de salir para El Prat de inmediato.

Y acababa de ponerse la americana, cuando entró en su despacho Espinete Sergi.

<sup>85</sup> —Esta noche nunca ha pasado; ¿verdad, Agustín?

—Así es, Paula.

—*Com va acabar la nit amb el col·lega?*<sup>86</sup>

Agustín lo tomó del brazo y lo arrastró fuera de su oficina, se despidió de Paula sin detenerse, y mientras caminaba hacia el ascensor le fue diciendo a Espinete que el descubrimiento anunciado por Manolito superó cuanto se pudiese imaginar y que ya se lo detallaría en todos sus pormenores pero que, en ese momento, debía de recoger a su madre que aterrizaba en apenas una hora desde Almería, porque su padre, que agonizaba en el Teknon, quería despedirse de ella.

—*No fotis!*

—Como lo oyes... —Y mientras entraba en el ascensor, le ordenó—: Ah, y tenme informado de cualquier novedad sobre el Domènec que la Nuria no me ha podido coger el teléfono.

—Tú mandas. —Le escuchó a su amigo mientras se cerraban las puertas metálicas.

La verdad, le costó muy poco encontrar la puerta por donde saldría su madre porque le bastó con divisar entre el trasiego anónimo a su tío Guillem, con aquella americana de un rojo bandera de España, una camisa negra de seda con un paisaje de chinitos con sombreros de bambú bateando sus canoas por delicados ríos dorados, sobre sus antiguos pantalones de campana *beige* de cuando aún existía el Zeleste para saber que era allí adonde debía dirigirse. Desde luego, su tío Guillem era el único que podía transitar por el mundo de aquella manera, salvo The Rolling Stones, sin que a nadie le llamase la atención; es más, ante su metro ochenta y siete, flaco y melenudo, era imposible imaginárselo de otro modo sino así: recortado de una fotografía de los años setenta y puesto a caminar entre la multitud. Lo demás era ese ajeteo de gran almacén, pero del que todos ansían huir, que presentan los más señalados aeropuertos del mundo, al contrario que esos mínimos, perdidos en lugares recónditos

<sup>86</sup> —¿Cómo acabó la noche con el colega?



y destartalados en su olvido que fueron antes bases aéreas y que en su provisional adustez castrense conservan algo de aventurero y de juvenil, que estos otros, por más dotados de megafonía en varios idiomas y de enormes cristaleras, y por más surcados de acuciosas pasajeras tirando de sus maletas con ruedas y de japositos en grupo, nunca podrán exhibir. Más o menos, algo así pensó Agustín, al recordar, mientras volvía al *parking* del Prat, un amanecer cuando aterrizó en un bimotor sobre un cañaveral en Naxos, donde la torre de control era un tipo con dos banderolas de señales, que se las recogió bajo el brazo, como los viejos jefes de estación, mientras contemplaba con displicencia cómo bajaba el reducido pasaje los tres peldaños de la escalerilla. Pero de eso hacía tantos años que el Domènec solo presentaba barriguilla y una pelambre sarmentosa como barba y él era todavía un tirillas deseando seducir a alemanas a destajo; el único que permanecía igual a través del tiempo era Julio: tan pendiente de cómo llegar a la pensión que apenas reparó en nada más. Después, escuchó el chasquido de su cinturón de seguridad. Su madre, a su lado, se había quitado ya la mascarilla y volvió a darle dos besos. Se la notaba bulliciosa por la novedad del viaje en avión. Cuando ya tomaron la autovía hacia Barcelona, por fin protestó:

—Hijo, con el dinero que ganas, ¿por qué no te compras un coche decente con cuatro puertas? No tendríamos que andar en este cuchitril.

—Querrá dejarle una herencia *com cal* al Guille. —Mentó la cabeza con su melena cenicienta entre ambos Guillem Arrate i Genís desde el asiento de atrás.

Agustín, parapetado tras sus gafas de sol, ni siquiera se dignó a responder, miró solo por el retrovisor porque iniciaba un adelantamiento, como si con aquella maniobra quisiera escapar también de las pullas de su familia.

De momento, iban a su apartamento para dejar el equipaje y para que su madre se vistiese con la ropa adecuada con aquel expectante y, a la vez, luctuoso encuentro, y de

inmediato, se acercarían para comer a un restaurante más bien encopetado de la calle Aribau, que regentaba un amigo del tío Guillem y donde hasta quizá hubiese invertido algún capital, porque su mecenazgo era tan discreto como extenso. Naturalmente, una estrella Michelin ya le había caído, pero Guillem no la exhibió porque nunca presumía de nada que no procurase la ironía o el sarcasmo.

Y mientras su madre colgaba su ropa en el armario de invitados y se cambiaba, le sirvió una cerveza sin que se la pidiese. Y cuando su tío se encontró con aquella bebida en la mano que ni le apetecía, Agustín ya se había sentado a su lado en el sofá y le secreteó con el rostro desbordado de malicia:

—He de contarte algo que ni te imaginas y que te va a cambiar la imagen de tu padre.

Su tío se le quedó mirando con aquella copa recibida de sopetón entre sus dedos y absolutamente desconcertado; sobre todo, porque él era el guardián de todas las confidencias familiares. Por supuesto, comenzó a barajar con rapidez alguna ingeniosidad venenosa; pero antes de que despegase los labios, Agustín ya le había preguntado si había oído hablar de Débora Flynn.

—Sí; ¿por qué?

—Fue la amante del abuelo.

—¡Qué dices, Agustinet! —y soltó una estruendosa carcajada. De pronto, calló, frunció el ceño en una meditación rápida y le inquirió—: ¿Tú estás seguro de eso?

—Por supuesto, y te voy a llevar a Castelldefels para que compruebes las pruebas con tus ojitos y escuches al único testigo viviente.

—Desde luego que sí; eso no me lo puedo perder por nada del mundo...

Y cuando Agustín ya comenzaba a desmenuzarle algunos detalles y Guillem lo seguía con los ojos destellantes de entusiasmo, entró su madre diciendo que ya estaba dispuesta. Callaron de súbito y se dedicaron a admirar y piropear lo acertado de la combinación de Agustina Cañizares para

lo que se preludiaba como uno de los momentos más emocionantes de su vida. Era un vestido liso, de un gris casi como el conocido por marengo, con un levísimo corte como escote y bajo una chaqueta de un pistacho crudo; se había puesto además un gran medallón africano de bronce dorado que le daba el toque vivaz a aquellos tonos apagados; realmente, ni por lo más lejano, alguien hubiese dicho que Agustina un día sirvió como limpiadora del Mar Brava, y no solo por aquella ropa de juveniles hechuras y caída, sino por su primer moreno marino, su reciente delgadez y el porte que adquirió al ver cómo la admiraban el tío Guillem y su hijo. Enseguida, tomó su bolsito de cuero repujado, se sacudió festiva la melena para que le viesen sus pendientes a juego con el medallón y los tres salieron hacia el restaurante.

La comida, aparte de su exquisitez en el salmón, el arroz que lo siguió y los postres, la ocupó el tío Guillem primero con un breve resumen de la rápida y terminal recaída de su hermano desde hacía dos semanas, y que había obligado a ingresarlo con aquel fallo múltiple del corazón y de los riñones, para de inmediato cambiar el tercio y entrar en su parcela preferida: las mundanidades, donde se entretuvo, con un ácido desparpajo, en el pomposo montaje que había preparado para aquella misma tarde el Emili Guillola en la galería de Valèria Comella, y al que no podía faltar nadie de la aristocracia indepe, y de la otra, tampoco; «qué remedio les queda... Ah; ¿os gustaría acompañarme?».

Madre e hijo no se atrevieron a responder antes de saber cómo saldrían de su visita al Teknon, que Guillem Arrate i Genís había dispuesto sobre las cinco, despejando con astucia la congregación de Arrates que se apiñaba ante el lecho del timonel del imperio; «sí, les comenté que vendrías para que se buscasen todos una excusa con la que desaparecer de la antesala... En fin, espero que así sea, de lo contrario, preparaos para desfilar ante el museo de cera... La verdad, están todos atemorizados porque no se han puesto de acuerdo aún sobre quién dirigirá el negocio...».

—Y tú, ¿quién crees que será?

—Ah, pues, Pàmies, la mano derecha de mi hermano; ¿quién mejor que él? ¿Mi sobrino, el gran *conseller*? Ese tiene la cabeza ya en otro mundo, y a los maridos de mis sobrinas les queda demasiado grande; estos solo sirven para jugar al golf y para presumir a cuenta de su suegro por Córcega y por esos sitios que frecuentan ahora; solo que se les está muriendo el gran mantenedor del festival; ¡menudo disgusto, con lo bien que marchaban! —Y soltó una de sus carcajadas. Y ya, tras una copa para entonarse, poco les quedaba por hacer sino presentarse en el Teknon.

Y se levantó un silencio entre versallesco e incómodo cuando las hermanas Elisenda y Mònica Arrate i Bussot alzaron sus miradas sobre Agustina Cañizares; tras ella, Agustín y el tío Guillem, todos enmascarillados. Rápidamente, la mayor, Elisenda, avanzó hacia la madre de Agustín para darle un beso, pero fue más que eso, porque los ojos soberbios de aquella Arrate se enturbiaron; su hermana la siguió un tanto azorada, y sin mediar palabra se hicieron a un lado para que Agustina avanzase hacia el fondo, donde se entreveía parte de la cama en la que descansaba Gerard Arrate i Genís padeciendo aquella definitiva espera.

Su madre, de pronto, notó cómo se le escapaban las fuerzas y giró la cabeza buscando a Agustín para que la acompañase. Él asintió y ambos, quedamente, prosiguieron hasta la vera de la cama.

Allí se tendía con ese libor de la muerte en su rostro por más respiradores y goteros que ensartasen su cuerpo. Sus ojos, en cambio, cuando los descubrió, chispearon, y estiró un brazo hacia Agustina.

—*Ab* —suspiró Gerard Arrate i Genís—... *Agustina, el meu amor.*<sup>87</sup>

<sup>87</sup> —Ah [...] Agustina, mi amor.

Su madre comenzó a llorar unas lágrimas lentas apretando su mano con las suyas y musitando un «tonto, tonto, tonto...», como si no hubiese más palabra en el mundo. En tanto, Agustín había visto, en la mesa, sobre la gran fotografía familiar, una Kodak prendida en el marco del cristal; era él, de niño, con aquel uniforme del Barça y el balón entre sus manecitas. Las piernas le temblaron y la piel se le estremeció.

Con su otra mano le pidió Gerard Arrate i Genís que se acercase y, con un movimiento de sus dedos, que se quitase la mascarilla para verle la cara; entonces, Gerard Arrate i Genís sonrió. Y una lágrima, una sola, discurrió por aquella cara consumida cuando balbució:

—*Fill meu.*

Y el mundo se le enturbió. Del resto apenas pudo recordar nada, salvo que su tío Guillem los volvió a acompañar hasta el coche y se encaminaron hacia el apartamento de Sants. Conducía Guillem Arrate i Genís, porque Agustín permanecía envuelto por un vacío blanco y nebuloso desde que escuchase aquel «hijo mío»; su madre lloraba, pero con una egregia serenidad, sin sollozos ni el menor aspaviento; incluso, con el mentón un poco alzado; Guillem, contra su costumbre, callaba, pero exhalaba una bondadosa satisfacción ante lo sucedido. Y así se aposentaron en la sala, mirando la cristalera del balcón, mientras Agustín sirvió unos *whiskies* sin hielo para digerir la inflamada conmoción por aquellas tan aguardadas revelaciones.

Pasó un tiempo solo medido por el declinar de la luz, donde apenas si hubo alguna frase suelta, hasta que Agustina, con un movimiento, exclamó abandonando aquel ocaso: «ay, voy a cambiarme». Guillem, mientras la miraba salir, creyó que era el momento adecuado para recordarles su invitación al *happening* del Emili Guillola.

Agustín se negó con un giro del cuello, se levantó, dio un beso a su madre que entraba y los dejó allí con un vago «luego os llamo» al que siguió un portazo.

Cuando Mireia lo vio entrar en la farmacia sin que lo hubiese telefonado, en aquella hora tan inusual y con aquel rostro pálido y estragado, supo que algo estremecedor había sucedido; *«potser el Domènec hagi mort»*.<sup>88</sup>

Traspasó el mostrador y, con un beso, lo tomó de la mano y lo condujo hasta la rebotica para que se acomodase en el sofá. Y mientras buscaba una Coca-Cola, a falta de algo más reconfortante, le escuchó con un timbre abatido:

—Me ha llamado hijo.

Mireia dio un respingo y se volvió con una sonrisa enternecida; se sentó a su lado entregándole el bote de refresco. Agustín le dio un levísimo trago mientras sus ojos permanecían aún al lado de su padre. Ella no pudo sino observar cómo Agustín, de hito en hito, abandonaba aquella imagen y le enviaba una mirada que deseaba ser alegre pero carecía aún de todo aliento. Entonces y sin saber por qué; tal vez por la flaqueza de Agustín, o por aquel emocionante reconocimiento de Gerard Arrate i Genís, o por su inesperada aparición para desahogarse o, simplemente, por un impulso, Mireia se atrevió a preguntarle algo que llevaba varios días apremiándola y que una y otra vez había demorado al cruzársele siempre el pretexto oportuno.

—Agustín, ¿y si nos casásemos?

Agustín emergió de su zozobra y le respondió:

—*Tu ho has pensat bé?*<sup>89</sup>

—Eres un imbécil.

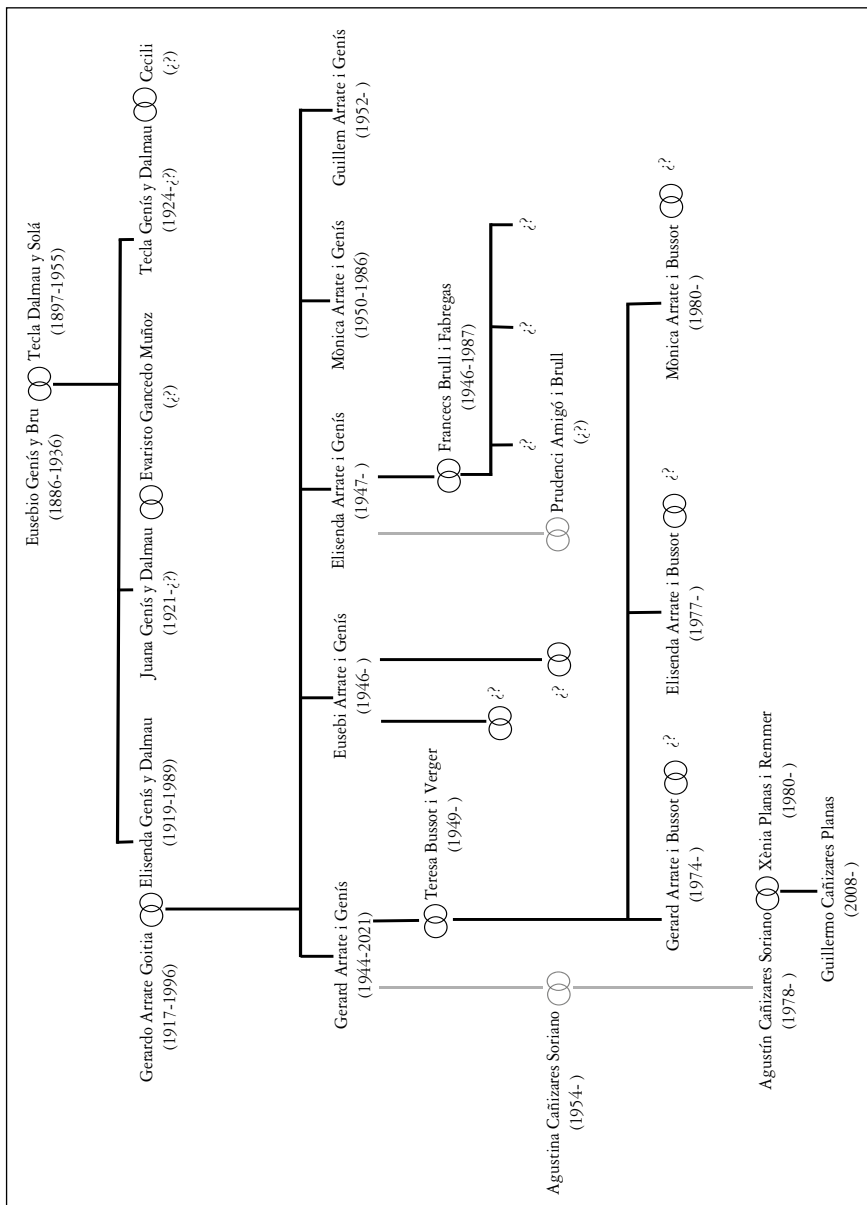
Y lo besó.

En Madrid, del 27 de junio al 6 de septiembre de 2022.

<sup>88</sup> «quizás el Domènec haya muerto».

<sup>89</sup> —¿Tú lo has pensado bien?

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LOS ARRATE



# Índice

Una pregunta en el fútbol	9
Por los recuerdos ajenos	25
Una confesión en el ocaso	41
Algunos parientes cercanos	59
Personajes de un tiempo	77
Aquel amor desdichado	93
La hermosa oveja negra	109
El amargo pan cotidiano	129
Tres llamadas de teléfono durante la cena	147
Una silenciada tragedia y otros amores de ayer	163
Viejas y comprometedoras amistades	179
El deseado reconocimiento	199
Árbol genealógico de los Arrate	215